

UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
FUNDADA EN 1826
QUITO

william shakespeare

macbeth y el mercader de venecia

mac
20

SIB-UCE LABORATORIO DE DIGITALIZACIÓN
Campus Central, calle Jerónimo Leyton y Gatto Sobral
+593 2230757 ext: 808 biblioteca.general@uce.edu.ec
©2022-2024

BASE LEGAL PARA DIGITALIZACIÓN DE LIBROS CON DERECHOS DE AUTOR

El Sistema Integrado de Bibliotecas de la Universidad Central del Ecuador, digitalizará su acervo bibliográfico siempre y cuando sea para fines educativos y de investigación. No se permite la reproducción y distribución para la comercialización directa e indirecta de este.

La digitalización del material bibliográfico se lo realiza de acuerdo al Código Orgánico De La Economía Social de los Conocimientos, Creatividad e Innovación **Art. 212 numeral 9, Literal ii** "(…) Una biblioteca o archivo podrá, además, realizar los siguientes actos (…) La reproducción electrónica y comunicación pública de obras de su colección para ser consultadas gratuita y simultáneamente hasta por un número razonable de usuarios, sólo en terminales de redes de la respectiva institución o para usuarios de esa institución bajo su control, en condiciones que garanticen que no se puedan hacer copias electrónicas de esas reproducciones" y **literal vii** "La reproducción, adaptación, traducción, transformación, arreglo, distribución y comunicación de una obra protegida por derechos de autor o una prestación protegida por derechos conexos, en uno o más formatos accesibles para el uso exclusivo de personas con discapacidad".

Este material se considera un producto intelectual a favor de su autor; por tanto, la titularidad de sus derechos se encuentra protegida por el Código Orgánico De La Economía Social de los Conocimientos, Creatividad e Innovación. La violación a dichos derechos constituye un delito que será responsabilidad del usuario.

Este libro está disponible físicamente en

Biblioteca:

Facultad de Artes

Piso:	**Estante:**	**Bandeja:**
PB	04	06

Convenio interinstitucional:

Enlace al catálogo:

UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
POTENTIOR EST
OMNIUM SAPIENTIA
FUNDADA EN 1620
QUITO

WILLIAM
SHAKESPEARE

UNIVERSIDAD CENTRAL
CONTROL DE BIENES
5020986

822
S527mac

MACBETH
Y EL MERCADER DE VENECIA

BIBLIOTECA "LUZ"
MANABI 508 ENTRE VARGAS Y VENEZUELA
TELEFONO 218-682

EDITORIAL CAMPOS
1969

UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
POTENTIOR EST
OMNIUM SAPIENTIA
FUNDADA EN 1620
QUITO

Depósito Legal: B. 31.779-1969

Printed in Spain
Impreso en España

Imprime: TIPOGRAFÍA MIGUZA - Ciudad, 13 - Barcelona-2

EXPLICACION

La obra que presentamos hoy al público lector, es la más representativa de la ambición. MÁCBETH va desarrollando su tragedia hasta proporcionar un verdadero sentido épico en esta realización literaria. Su calidad es algo más baja que el *Rey Lear* y que el mismo *Hamlet;* estas dos tienen por realidad el entendimiento y la pasión y están mejor expuestas estas pasiones que la mencionada ambición que es el fondo sobre el que se basa MÁCBETH; en cambio ésta les supera en nervio dramático, de la que podríamos intuir que es la mejor realización de William Shakespeare.

Podríamos asegurar que es MÁCBETH una de las más perfectas tragedias del teatro universal, sobrepasando en mucho a las más famosas que nos pueda proporcionar el teatro griego, incluyendo a Esquilo, Sófocles y Eurípides. Los personajes de esta tragedia están tan perfectamente acoplados a sus caracteres, a su acción así como a su idiosincrasia que convierten a cada uno de los tipos en una perfección teatral inigualable.

El interés de esta tragedia no estriba en la fuerza que los aconteceres van imprimiendo sobre el sino del país que Mácbeth ha de reinar; tampoco cuenta que este mismo personaje haya sido real y que sea un hecho concreto en la historia de Escocia. Tampoco tiene demasiada importancia que William Shakespeare perfeccionara los elementos que encontró en la *Crónica* de Holinshed, quien a su vez los tomó de Héctor Boethius, no cuenta tampoco que en la época contemporánea

del príncipe de los poetas, muchos de los personajes de MÁCBETH, estuvieran presentes en los tronos de Ingleterra y Escocia, caso de los Estuardo, Banquo, y otros muchos que se relacionan en el rol de esta tragedia. Repetimos, todo esto es pura coincidencia, insignificancia e indudablemente, casi ajeno al fondo verdadero de la acción de la obra. Lo importante, lo verdaderamente trascendental en esta obra de Shakespeare, es que sublimiza con brotes de destellos cegadores, una leyenda historiada y la convierte, con su pluma sin par, en la más inmortal de todas las tragedias que pueden haberse escrito.

Solamente la genialidad del más grande poeta de todos los tiempos, puede convertir este milagro en la más pura realidad.

MÁCBETH no figura entre las diecisiete obras que se publicaron en Londres, mientras William Shakespeare vivía. La primera edición de esta tragedia es del año 1632, en una impresión que realizaron los actores Heminge y Condell, amigos íntimos del autor y que en una colección *in folio* publicaron muchas de sus obras teatrales, entre las que destacan *Julio César*, *Hamlet*, y otras. Esta colección era conocida con el sobrenombre de «The player's edition», y que en la generalidad se la conoce con el nombre de *folio primero*.

Heminge y Condell manifestaron, en diversas ocasiones, que se sentían agotados por el ímprobo trabajo que tuvieron que realizar para poder coleccionar todas las obras después de muerto el maestro y compañero, para poderlas editar e imprimir tal y como el más genial de todos los dramaturgos, las escribía; y procuraron por todos los medios realizar con honestidad estas ediciones en las que tuvieron en cuenta evitar caer en las mismas malas artes que en ediciones anteriores, que según se decía eran: *robadas y subrepticias, deformadas y mutiladas por los hurtos y fraudes de dañinos impostores.*

De todas maneras y a pesar de los buenos deseos de estos dos antologistas de las obras de Shakespeare, y de manifes-

tar que obraban en su poder los manuscritos de las mismas, estas ediciones fueron publicadas con incorrecciones, deformaciones y vicios, más bien como si fueran expuestas con el clásico «morcilleo» de actores que como verdaderos editores, responsables y poseedores de los originales, ello hace suponer que quizá no todos estaban en su poder.

También presentamos a nuestros lectores en esta edición la comedia EL MERCADER DE VENECIA que se supone fue escrita por el año 1595, cuando el dramaturgo inglés contaba alrededor de los treinta años y con una producción de obras representadas de alrededor de veinte entre las que destacan: *El Rey Juan*, *Enrique IV* y destacando en especial *Ricardo III*.

Esta obra, EL MERCADER DE VENECIA, no fue impresa hasta en el año 1600, en el cual se tuvieron que realizar dos ediciones; más tarde, en 1623, también fue incluida en la edición *in folio* que publicaron Heminge y Condell.

Se ha especulado mucho para encontrar parangón a esta comedia de EL MERCADER DE VENECIA, pues sabido es que William Shakespeare entresacaba los argumentos de sus producciones de otras piezas ya representadas; pero ni críticos, ni antologistas, ni traductores especializados en la producción shakesperiana han podido localizar similitud alguna, y por lo tanto se supone que esta es una de las piezas de mayor originalidad en la producción del vate inglés.

Con ello nos demuestra Shakespeare que es conocedor de la forma de vida y de las más clásicas costumbres, que especulan en aquella época en la región veneciana.

Estaríamos hablando de este autor folios y más folios, pero preferimos que el lector entre de lleno en las piezas que se editan en este tomo, MÁCBETH y EL MERCADER DE VENECIA, para que sea él quien bucee y se entregue a su manera de ser, de explicarse y de conmover.

LOS EDITORES


UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
POTENTIOR EST
OMNIUM SAPIENTIA
FUNDADA EN 1620
QUITO

UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
POTENTIOR EST
OMNIUM SAPIENTIA
FUNDADA EN 1620
QUITO

MACBETH


UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
POTENTIOR EST
OMNIUM
SAPIENTIA
FUNDADA EN 1620
QUITO

PERSONAJES

DUNCAN, *rey de Escocia.*
MÁLCOLM *y* DONALBAIN, *sus hijos.*
MÁCBETH *y* BANQUO, *generales del ejército del rey.*
MÁCDUFF, LÉNNOX, ROSS, MENTEITH, ANGUS *y* CAITHNESS, *nobles de Escocia.*
FLÉANCE, *hijo de Banquo.*
SIWARD, *conde de Northumberland, general de las tropas inglesas.*
EL JOVEN SIWARD, *su hijo.*
SÉYTON, *oficial al servicio de Mácbeth.*
UN NIÑO, *hijo de Mácduff.*
UN MÉDICO INGLÉS.
UN MÉDICO ESCOCÉS.
UN SARGENTO.
UN PORTERO.
UN ANCIANO.
LADY MÁCBETH.
LADY MÁCDUFF.
DAMA AL SERVICIO DE LADY MÁCBETH.
HÉCATE Y TRES BRUJAS.

Nobles, señores oficiales, soldados, asesinos, criados y mensajeros. El espectro de Banquo y otras apariciones.

ESCENA: *Escocia, Inglaterra.*

UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
POTENTIOR EST SAPIENTIA
FUNDADA EL 1620
QUITO
FACULTAD DE ARTES
SIB - UCE


UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
POTENTIOR EST
OMNIUM SAPIENTIA
FUNDADA EN 1620
QUITO

ACTO PRIMERO

ESCENA PRIMERA

UNA LLANURA DESIERTA (1). TRUENOS Y RELÁMPAGOS

Entran tres BRUJAS (2)

BRUJA PRIMERA. — ¿Cuándo volveremos a encontrarnos las tres en el trueno, los relámpagos o la lluvia?

BRUJA SEGUNDA. — Cuando finalice el estruendo, cuando la batalla esté ganada y perdida.

BRUJA TERCERA. — Eso será antes de ponerse el sol.

BRUJA PRIMERA. — ¿En qué sitio?

BRUJA SEGUNDA. — Sobre el páramo.

BRUJA TERCERA. — Allí nos encontraremos con Mácbeth.

BRUJA PRIMERA. — ¡Voy, Mari-Gris! (3).

BRUJA SEGUNDA. — ¡Paddock (4) me llama!

---

(1) En el texto primitivo faltan las indicaciones del lugar.

(2) La traducción en prosa de las escenas en que intervienen las brujas, aun siendo fidelísima, no da sino una idea muy pálida de lo que son el original. Para este diálogo Shakespeare ha elegido el verso de cuatro pies, mezclado de yambos y quebrados, ritmo conveniente a los seres sobrenaturales, de que se ven otros ejemplos en *The Tempest* y en *A Midsummernigh's dream*. El exceso de sílabas que poseen las palabras castellanas con relación a las inglesas nos impide reproducir el expresado ritmo.

(3) *Gray-malkin* —un gato gris— es el nombre de cierto espíritu a cuya llamada responde la bruja. *Malkin* es diminutivo de *Mary*.

(4) *Paddock* —nombre de otro espíritu— es un sapo.

BRUJA TERCERA. — ¡En seguida!

TODAS. — Lo hermoso es feo, y lo feo es hermoso. ¡Revoloteemos por entre la niebla y el aire impuro! *(Salen.)*

ESCENA II (1)

UN CAMPO CERCA DE FORRES (2). ALARMA DENTRO

Entran el rey DUNCAN, MÁLCOLM, DONALBAIN, LÉNNOX, *con la comitiva, hallando a un* SARGENTO *ensangrentado*

DUNCAN. — ¿Quién es ese hombre cubierto de sangre? A juzgar por sus trazas, podrá darnos noticias recientes de la rebelión.

MÁLCOLM. — Es el sargento, que como un intrépido y valiente soldado ha combatido por salvarme de la cautividad. ¡Salud, valeroso amigo! Cuéntale al rey lo que sepas de la batalla, tal como la dejaste.

SARGENTO. — Hallábase indecisa, como dos nadadores rendidos que se abrazan uno al otro y paralizan sus esfuerzos. El implacable Macdonwald —digno de ser rebelde, pues para esto las multiplicadas villanías de la naturaleza se amontonaron en él— había recibido de las islas del Oeste un refuerzo de *kernes* y *gallowglasses* (3), y la fortuna, sonriendo a su maldita causa, parecía prostituirse al traidor. Mas todo fue inútil; porque el bravo Mácbeth —que bien merece este nombre—, despreciando la suerte, con su acero blandido, humeante de ejecuciones sangrientas, cual predilecto del valor, se abrió paso hasta la presencia del miserable. Ni le tendió la mano ni le dijo adiós, mientras no le hubo abierto desde el

---

(1) La mayoría de los anotadores suponen que esta escena no es de Shakespeare. En efecto: está llena de anacronismos y repetida más adelante, de donde se ha colegido que si la escribió el célebre dramaturgo, debió ser un borrador olvidado que aprovecharon equivocadamente los editores del primer Folio: Heminge y Condell.

(2) También falta esta indicación de lugar en las primeras ediciones.

(3) *Kernes* y *gallowglasses o gallowgloses*, como dice el Folio: tropas mercenarias irlandesas. Las primeras estaban armadas a la ligera; las segundas se escogían, y eran soldados de dureza de sentimientos.

ombligo a las quijadas, y clavó su cabeza sobre nuestras almenas...

DUNCAN. — ¡Oh valeroso primo! ¡Digno caballero!

SARGENTO. — Así como del punto donde el sol comienza su carrera se levantan a veces las tempestades que hunden los navíos y los siniestros rayos, así de los acontecimientos que parecían prometernos la paz nacieron las alarmas. Escuchad, rey de Escocia, escuchad: no bien la justicia, apoyada en el valor, había obligado a los saltarines (1) *kernes* a pelear a los talones, cuando el monarca noruego, previendo una ventaja, con armas aún limpias y refuerzos de tropas frescas, renovó el ataque.

DUNCAN. — ¿Y no se intimidaron entonces nuestros capitanes Mácbeth y Banquo?

SARGENTO. — Sí, como el jilguero intimida al águila o como la liebre al león. A decir verdad, debo confesar que eran semejantes a los cañones de doble carga, tan repetidos mandobles repartían sobre el enemigo. Querían bañarse en el vapor de las heridas o rememorar otro Gólgota (2), no sabré expresarlo... Pero desfallezco; mis llagas gritan socorro.

DUNCAN. — Tus palabras te ennoblecen tanto como tus heridas; unas y otras son la ejecutoria del honor. ¡Pronto, llevadle a los cirujanos! *(Sale el* SARGENTO, *acompañado.)*

Entra Ross

¿Quién viene aquí?

MÁLCOLM. — El digno thane (3) de Ross

LÉNNOX. — ¡Qué entusiasmo en sus ojos! ¡Dijérase que viene a anunciar cosas extraordinarias!

ROSS. — ¡Dios salve al rey!

DUNCAN. — ¿De dónde vienes, digno thane?

ROSS. — De Fife, gran rey, donde los pendones noruegos

---

(1) *Skipping*, de pies ágiles, término de desprecio que se toma a mala parte; especie de *bondissant* francés.

(2) No se toma bien lo que el Gólgota pueda tener de común con las hazañas de Mácbeth y Banquo; pero es un soldado quien habla...

(3) *Thane*, título de los señores feudales de Escocia, correspondiente al nuestro de barón.

ondean el cielo y enfrían a nuestras gentes con el viento de sus pliegues. El propio rey de Noruega, al frente de un terrible ejército y auxiliado por el más desleal de los traidores, el thane de Cáwdor, planteaba un pavoroso conflicto cuando el amante de Belona (1), acorazado para la prueba, le reta a singular combate, acero contra acero rebelde, brazo contra brazo, domeñando su espíritu arrogante; y para acabar, que la victoria nos pertenece.

DUNCAN. — ¡Dicha inmensa!

ROSS. — Entre tanto, Sweno, el rey de Noruega, solicita capitulación. No le hemos autorizado a enterrar sus muertos hasta que ha hecho entrega en la isla de San Colombán (2) de diez mil dólares para nuestras necesidades generales.

DUNCAN. — Ese thane de Cáwdor no traicionará más nuestro íntimo afecto. Ve allá, pronuncia su sentencia de muerte y saluda a Mácbeth con el mismo título que él ostentaba.

ROSS. — Ejecutaré vuestras órdenes.

DUNCAN. — Gane el noble Mácbeth lo que él ha perdido. *(Salen.)*

ESCENA III

UN PÁRAMO. TRUENOS

Entran las tres BRUJAS

BRUJA PRIMERA. — ¿Dónde estuviste, hermana?

BRUJA SEGUNDA. — Matando puercos.

BRUJA TERCERA. — Hermana, ¿y tú, dónde?

BRUJA PRIMERA. — Tenía la mujer de un marinero castañas en su delantal, y ronchaba, ronchaba, ronchaba... «¡Da-

(1) Mácbeth.

(2) *Saint Colmes Inch. Colmes* es abreviatura de *Columba*, e *inch*, una palabra gálica sinónimo de *Island*. Esta isla se halla situada en el golfo de Forth, en la costa de Fife. Alejandro I de Escocia naufragó en estos lugares y fue acogido por un ermitaño, en memoria del cual fundó un monasterio, que fue durante largo tiempo objeto de veneración, y cuyas ruinas se conservan todavía. El santo defendió en muchas ocasiones —según

me!», le dije yo. «¡Arredro vayas (1), bruja!» gritó la roñosa, harta de bandullos. Su marido ha partido para Alepo, como patrón del *Tigre;* pero le voy a seguir, navegando en un cedazo, y como un ratón sin cola obraré, obraré, obraré...

BRUJA SEGUNDA. — Yo te daré un viento.

BRUJA PRIMERA. — ¿Qué buena eres!

BRUJA TERCERA. — Y yo, otro.

BRUJA PRIMERA. — Pues como tengo los restantes a mis órdenes, sé los puntos de donde soplan y conozco los rumbos que les marcan en el mapa los marinos, le dejaré seco como el heno. Ni de día ni de noche colgará el sueño de la cubierta de sus párpados. Vivirá como un proscrito. Nueve veces nueve semanas de fatiga le dejarán flaco y débil, y aunque su barco no zozobre, le azotarán al menos las tempestades. Mirad qué tengo.

---

se dice— su monasterio contra los piratas. De la especie de culto que se escogiera para concertar tratados, parece que la palabra que aquí se empeñaba adquiría algo de sagrado e inviolable.

1) *Aroint thee,* arredro vayas, fórmula de exorcización a la cual en ningún idioma le han hallado exacta correspondencia los traductores. Los franceses la vierten malamente por *arrière* y *hors d'ici.* Nos complacemos en manifestar la incomparable pujanza del castellano, única lengua en que el abundantísimo léxico de Shakespeare encuentra las voces y giros equivalentes, como en este propio MACBETH veremos en otras ocasiones. *Aroint* no es ni más ni menos que nuestro *arredro,* tan frecuentemente empleado por los escritores de la dorada centuria. De nosotros, sin duda, como otros vocablos, lo tomó el gran dramaturgo. Y la prueba es que nadie ha explicado suficientemente su etimología, quizá por no querer apelar al español... Algunos críticos hacen venir al *a r o i n t* del latín *averruncet (Dii),* "¡que los dioses alejen!"; otros le derivan de la unión de dos antiguas palabras: *ar,* sinónimo de *to go* e *hynt,* como *hind, behind* (afuera). El expresado término sólo ha sido usado dos veces por Shakespeare, en el presente lugar y en el acto tercero, escena cuarta, de *The King Lear,* cuando dice Edgardo, fingiéndose loco:

Swithold footed thrice the old;
He met the night-mare and her nine-fold;
Bid her ailght,
And her troth plight
And AROINT *thee, witch,* AROINT *thee!*

En fin: dicha palabra, que en los glosarios modernos ingleses se traduce por *avaunt, stad off* y *begone,* no consta absolutamente en ningún antiguo diccionario.

BRUJA SEGUNDA. — ¡A ver, a ver!

BRUJA PRIMERA. — Es el pulgar de un piloto que naufragó al regresar a su país.

(Tambor dentro)

BRUJA TERCERA. — ¡Un tambor, un tambor! ¡Mácbeth que viene!

TODAS. — ¡Hermanas fatídicas (1), enlacemos las manos! ¡Mensajeras de la tierra y del mar, giremos, giremos...! Tres vueltas por ti, y tres por mí, y otras tres para que sean nueve. ¡Silencio...! Acabó el conjuro.

Entran MÁCBETH *y* BANQUO

MÁCBETH. — En mi vida he visto un día tan feo y hermoso a la par.

BANQUO. — ¿A qué distancia nos hallamos de Forres? ¿Quiénes son ésas, tan escuálidas y andrajosamente vestidas, que no parecen habitantes de la tierra, y, sin embargo, sobre ella se hallan? ¿Vivís, o sois algo a que un hombre puede interrogar? Se diría que me entendéis, al ver a cada una de vosotras llevarse un dedo rígido a los labios apergaminados. Debéis ser mujeres, y, no obstante, vuestras barbas me impiden creerlo...

BRUJA PRIMERA. — ¡Salve, Mácbeth! ¡Salve a ti, thane de Glamis!

MÁCBETH. — Hablad si podéis. ¿Qué sois vosotras?

BRUJA SEGUNDA. — ¡Salve, Mácbeth! ¡Salve a ti, thane de Cáwdor!

---

(1) Las primeras ediciones dicen *Wey Ward*, en vez de *Weird*, aquí y en la primera escena del segundo acto, así como en la primera del tercero. La voz, que tiene dos sílabas, se deriva del anglosajón *wyrd*, destino, oráculo, profecía, y significa en la forma adoptada por Shakespeare —*Weird sisters*—, hermanas fatídicas. En el mismo sentido la usa Holinshed, de quien el célebre dramaturgo la tomó: *The weird sisters, That is —as ye would say— the goddesses of destinie.* El escocés Douglas, en su traducción de Virgilio, ha hecho de *Weird sisters* el sinónimo de *Parcae*, las parcas.

BRUJA TERCERA. — ¡Salve, Mácbeth, que más tarde serás rey! (1).

BANQUO. — Mi buen señor, ¿por qué os sobrecogéis y parecéis temer a cosas que suenan tan gratamente? *(A las brujas.)* En nombre de la verdad, ¿sois fantasmas, o sois, en efecto, lo que aparentáis ser? Saludáis a mi noble compañero con sus títulos presentes y la alta promesa de un lisonjero porvenir y de una esperanza real que le sume en el éxtasis. Y a mí no me decís nada... Si podéis penetrar en los gérmenes del tiempo y predecir qué semilla cuajará y qué semilla ha de agostarse, habladme también a mí, que ni solicito vuestros favores ni temo vuestro odio.

BRUJA PRIMERA. — ¡Salve!

BRUJA SEGUNDA. — ¡Salve!

BRUJA TERCERA. — ¡Salve!

BRUJA PRIMERA. — ¡Menos grande que Mácbeth, y más grande!

BRUJA SEGUNDA. — ¡No tan feliz, y más feliz!

BRUJA TERCERA. — Serás tronco de reyes; pero no serás rey... ¡Salve, pues, Mácbeth y Banquo!

BRUJA PRIMERA. — ¡Banquo y Mácbeth, salve!

MÁCBETH. — ¡Deteneos, enigmáticos oráculos: decidme más! Por la muerte de Sinel (2), sé que soy thane de Glamis, pero ¿cómo de Cáwdor? El thane de Cáwdor vive: un hidalgo próspero; y en cuanto a rey, eso está tan distante del horizonte de mi creencia como ser thane de Cáwdor. ¡Decidme de dónde tenéis esa extraña inteligencia! ¿O por qué sobre este brezo, batido por los huracanes, vienen a barrernos el camino vuestras salutaciones proféticas? ¡Hablad! ¡Yo os lo mando!

(Las brujas se desvanecen)

BANQUO. — La tierra, como el agua, tiene burbujas, y ellas lo son. ¿Dónde se desvanecieron?

---

(1) Como muy bien advierte Maeterlink, las palabras de las brujas, grotescas al hablar entre ellas, adquieren un tono grave, misterioso y profundo cuando un extraño las interroga.

(2) Sinel, thane de Glamis, era el padre de Mácbeth, a quien había sucedido recientemente en su dignidad y título, según cuenta Holinshed.

MÁCBETH. — En el aire, y lo que parecía corporal se disipó como la respiración en el viento... ¡Ojalá se hubiese quedado!

BANQUO. — Pero esos seres con quienes hablamos, ¿existían en realidad, o hemos comido la raíz de cicuta, que trastorna la razón?

MÁCBETH. — ¡Vuestros hijos serán reyes!

BANQUO. — ¡Y vos seréis rey!

MÁCBETH. — ¡Y thane de Cáwdor también! ¿No lo dijeron así?

BANQUO. — En ese tono y con esas mismas palabras. ¿Quién se acerca?

Entran ROSS *y* ANGUS

ROSS. — Mácbeth, el rey ha recibido con satisfacción la noticia de tu victoria, y al apreciar tu comportamiento personal en el combate contra los rebeldes, luchaba entre la admiración y los elogios. Abismado por ello y considerando lo que habías realizado en el resto de la misma jornada, te veía en las filas del intrépido noruego, impasible ante las extrañas imágenes de muerte que tú mismo sembrabas. Más pronto que se cuenta, los mensajeros se sucedían a los mensajeros, y cada uno de los mismos aportaba tus elogios en esta grandiosa defensa de su reino y los deponía a sus pies.

ANGUS. — Venimos a darte las gracias en nombre de nuestro augusto soberano y a servirte de heraldos ante su presencia, no a recompensarte.

ROSS. — Sólo como adelanto de una más alta merced, me ha encargado de su parte que te apellide thane de Cáwdor. ¡Salud, por tanto, digno thane, bajo este nuevo título, pues te pertenece!

BANQUO. — *(Aparte)* (1). ¿Cómo? ¿El diablo puede decir verdades?

MÁCBETH. — El thane de Cáwdor vive. ¿Por qué me vestís con ropas prestadas?

ROSS. — El que era thane de Cáwdor vive todavía; pero

(1) Estas indicaciones que facilitan la inteligencia del texto no aparecen en el Folio. Las acotaciones son muy raras en Shakespeare.

un terrible fallo pesa sobre esa vida, que merecía perder. Si estaba en connivencia con los de Noruega o secundaba al rebelde con secretos auxilios, intentando aprovecharse de una ocasión favorable, o trabajaba a la vez con ambos para arruinar a su país, yo no lo sé; pero traiciones declaradas, seguidas de confesión y prueba, le han perdido.

MÁCBETH. — *(Aparte.)* ¡Glamis y thane de Cáwdor! Y lo más grande por venir... Gracias por vuestra molestia... *(A* BANQUO.*)* ¿No tenéis la esperanza de que vuestros hijos serán reyes, toda vez que las que me dieron el título de Cáwdor no les prometieron menos que a mí?

BANQUO. — De aferrárseos al alma esa creencia, bien podrían elevarse vuestros deseos hasta la corona, que vale más que el título de thane de Cáwdor... Pero esto es extraño; y frecuentemente, para atraernos a nuestra perdición los agentes de las tinieblas nos profetizan verdades y nos seducen con inocentes bagatelas para arrastrarnos pérfidamente a las consecuencias más terribles... Camaradas, una palabra os ruego.

MÁCBETH. — ¡Dos predicciones van cumplidas, como prólogos faustos del borrascoso drama de argumento imperial...! Gracias, señores... *(Aparte.)* Esta solicitación sobrenatural puede no ser mala, y puede no ser buena... Si mala, ¿por qué me ha dado una garantía de éxito comenzando por una verdad? Soy thane de Cáwdor... Y si buena, ¿por qué ceder a una sugestión cuya espantable imagen eriza de horror mis cabellos y hace que mi corazón inmóvil palpite violentamente en pugna con la leyes de la naturaleza? ¡Los temores reales son menos horribles que los que inspira la imaginación! ¡Mi pensamiento, donde el asesinato no es aún más que vana sombra, conmueve hasta tal punto el pobre reino de mi alma que toda facultad de obrar se ahoga en inquietudes y nada existe para mí sino lo que no existe todavía!

BANQUO. — Mirad qué absorto está nuestro compañero.

MÁCBETH. — *(Aparte.)* Si el destino ha decretado que sea rey, ¡bien!, que se me corone, sin que tenga yo parte en ello!

BANQUO. — Los nuevos honores le sientan como vestidos recién hechos; sólo le caerán bien con el uso.

MÁCBETH. — *(Aparte.)* ¡Suceda lo que quiera! El tiempo y

UNIVERSIDAD CENTRAL
CONTROL DE BIENES
5020986
SIB - UCE

la ocasión seguirán su marcha a través de los días más difíciles.

BANQUO. — Digno Mácbeth, estamos pendientes de vuestro deseo.

MÁCBETH. — ¡Perdonadme...! Mi rebelde cerebro se ocupaba en recuerdos lejanos. Nobles caballeros, vuestros servicios quedan apuntados en un registro, cuyas hojas repasaré todos los días... Vamos al rey... *(A* BANQUO.*)* Meditad en lo sucedido, y más tarde, cuando hayamos reflexionado bien, hablaremos mutuamente a corazón abierto.

BANQUO. — Con sumo gusto.

MÁCBETH. — ¡Hasta entonces, silencio...! Vamos, amigos. *(Salen.)*

ESCENA IV

FORRES (1). — UN SALÓN EN EL PALACIO. TROMPETERÍA

Entran DUNCAN, MÁLCOLM, DONALBAIN, LÉNNOX *y acompañamiento*

DUNCAN. — ¿Ha sido ejecutado Cáwdor? ¿Los encargados de esa comisión no han regresado todavía?

MÁLCOLM. — Mi soberano, no han vuelto aún; pero he hablado con uno que le ha visto morir. Según me ha dicho, confesó francamente sus traiciones e imploró el perdón de vuestra grandeza, mostrando un sincero arrepentimiento. Nada en su vida le enalteció tanto como esa manera de haberla perdido. Ha sucumbido al modo de quien estudiara en su muerte a renunciar de su más precioso bien como una fútil bagatela.

DUNCAN. — ¡No existe arte que pueda descifrar el sentido del alma en las líneas del rostro! Era un caballero en quien

(1) Forres es una villa antiquísima, en cuya extremidad occidental se alza un alto o peñón que domina toda la llanura hasta el golfo de Moray. Al decir de miss Martineau, se encuentra aquí un vetusto castillo con murallas, de estilo anglosajón, construido sobre el emplazamiento de un fuerte que parece haber sido la residencia de Duncan y de Mácbeth. La imaginación de los lectores de Shakespeare ha localizado en este punto la presente escena.

yo deposité una absoluta confianza... ¡Oh mi dignísimo primo...!

Entran MÁCBETH, BANQUO, ROSS *y* ANGUS

¡El pecado de mi ingratitud me parecía ya pesado...! Tan lejos vas de la victoria, que el ala más rápida de las recompensas es demasiado lenta para llegar hasta ti. ¡Ojalá fueran menos tus méritos, a fin de que la balanza de la gratitud y el galardón se inclinaran a favor mío! Nada me resta por decirte, sino que te debo más de lo que podía pagarte con todo lo que existe sobre la tierra.

MÁCBETH.— El servicio y la lealtad debida tienen en sí propios su pago. La parte de vuestra grandeza es aceptar nuestros deberes, y nuetros deberes mismos son a vuestro trono y al Estado hijos y servidores, que no hacen sino lo que deben, salvo al hacer cuanto pueden por vuestra gloria.

DUNCAN. — ¡Bienvenido seas! He comenzado a plantarte, y me esforzaré hasta que alcances tu pleno crecimiento (1). (*A* BANQUO.) Noble Banquo, tus méritos no han sido menores y deben ser igualmente proclamados. Permíteme que te abrace y estreche contra mi corazón.

BANQUO. — Si en él germinó, vuestra será la cosecha.

DUNCAN. — Mis alegrías desbordantes, ebrias de plenitud, buscan disimularse bajo lágrimas de tristeza... Hijos míos, deudos, nobles, y vosotros, los más allegados a mí después de ellos, sabed que hemos decidido transmitir nuestra corona a nuestro primogénito Málcolm, que nombramos desde hoy príncipe de Cumberland (2). Este honor no irá solo, sino acompañado, y, como las estrellas, títulos de nobleza brillarán

---

(1) *Full of growing*, exuberante, pleno de savia, perfecto y completo en crescencia, figura usada también en la comedia *All's well that ends well* (acto I, escena III).

(2) Cuenta la *Crónica* de Holinshed que el rey, Duncan, habiendo logrado dos hijos de su mujer, que era hija de Siward, conde de Northumberland, hizo al primogénito, llamado Málcolm, príncipe de Cumberland, queriendo con ello designarle por sucesor en el reino. Hasta entonces no fue hereditaria la corona de Escocia, cuyo rey poseía el Cumberland como feudo independiente del cetro de Inglaterra. El título, pues, de príncipe de aquel nombre era exactamente lo que entre los españoles el de Asturias.

sobre cuantos los tengan merecidos... Ahora partamos para Inverness (1), a fin de aumentar todavía mis obligaciones cerca de vosotros.

MÁCBETH. — El reposo que no empleamos en serviros nos causa fatiga... Quiero ser yo mismo vuestro mensajero, y regocijar, por vuestra próxima llegada, los oídos de mi esposa. Así, pues, os pido humildemente permiso para partir.

DUNCAN. — ¡Mi digno Cáwdor!

MÁCBETH. — *(Aparte.)* ¡Príncipe de Cumberland...! ¡Barrera es ésta que debo saltar, o tropezaré, pues corta mi camino...! ¡Estrellas, apáguense vuestros fulgores...! ¡Que no alumbre vuestra luz mis negros y terribles deseos...! ¡Que los ojos se cierren ante la mano...! Pero cúmplase, mientras, lo que los ojos se espantarían de ver cuando llegue el momento de realizarse...! *(Sale.)*

DUNCAN. — Es cierto, noble Banquo; tiene la valentía de que me hablas. Me nutro de los elogios que le conciernen; son para mí un festín. Sigámosle, en tanto su celo se adelanta para prepararnos la bienvenida. ¡Es un pariente sin igual!

(Clarines y trompetas (2). *Salen)*

ESCENA V

INVERNESS. — SALÓN EN EL CASTILLO DE MACBETH

Entra LADY MÁCBETH *leyendo una carta*

«Saliéronme al encuentro el día de la victoria, y tengo la »seguridad absoluta de que saben más que los mortales. Cuan»to ardía en deseos de hacerles más preguntas, se evaporaron

---

(1) Inverness era la residencia de Mácbeth. Observa Johnson, en su *Viaje a las islas occidentales de Escocia*, que todavía pueden verse los muros del castillo de Mácbeth en aquel lugar.

(2) *Flourish* en el original, agrupación de instrumentos de metal, especie de la *fanfare* francesa, con que Shakespeare anuncia la entrada y salida de los reyes en sus piezas dramáticas. Para las grandes solemnidades, como más adelante se verá, emplea la voz *senet*, que puede traducirse por charanga o música militar.

»en el aire y desaparecieron. Mientras permanecía absorto »de estupor, llegaron los mensajeros del rey, que me pro- »clamaron thane de Cáwdor, título con que me habían salu- »dado las hermanas fatídicas, añadiendo para el porvenir: »"¡Salve a ti, que serás rey!" Me ha parecido bien confiarte »lo ocurrido, querida compañera de mi grandeza, para que »no pierdas tu parte de regocijo ignorando cuán grande es »el destino que te pronostican. Guarda esto en tu corazón, »y adiós.» ¡Eres Glamis y Cáwdor, y serás cuanto te han prometido...! Pero desconfío de tu naturaleza. Está demasiado cargada del bálsamo de las ternuras humanas para elegir el camino más corto. Te agradaría ser grande, pues no careces de ambición; pero te falta el instinto del mal, que debe secundarla. Lo que apeteces ardientemente, lo apeteces santamente. No quisieras hacer trampas; pero aceptarías una ganancia ilegítima. ¡Quisieras, gran Glamis, poseer lo que te grita (1): «¡Haz esto para tenerme!» y esto sientes más miedo de hacerlo que deseo de poderlo hacer! (2). ¡Ven aquí, que lo verteré mi coraje en tus oídos y barreré con el brío de mis palabras todos los obstáculos del círculo de oro con que parecen coronarte el destino y las potestades ultraterrenas...! (3). ¿Qué noticias hay?

Entra un MENSAJERO

MENSAJERO. — El rey llega aquí esta noche.

LADY MÁCBETH. — ¡Estás loco! ¿No viene con él tu señor? Me hubiera avisado para los preparativos...

MENSAJERO. — Perdonadme; pero es cierto. Nuestro thane se aproxima. Uno de mis camaradas se ha adelantado, quien acaba de llegar sin más que la respiración necesaria para cumplir su mensaje.

LADY MÁCBETH. — ¡Que se le atienda; es portador de grandes noticias...!

---

(1) La corona.

(2) La muerte de Duncan.

(3) *Metaphisical*, sinónimo de supernatural, según Warburton. En el *English Dictionary* de H. C. (1665), *metaphisics* es artes sobrenaturales.

Sale el MENSAJERO

¡Hasta el cuervo enronquece, anunciando con sus graznidos la entrada fatal de Duncan bajo mis almenas...! ¡Corred a mí, espíritus propulsores de pensamientos asesinos...! ¡Cambiadme de sexo, y desde los pies a la cabeza llenadme, haced que me desborde de la más implacable crueldad...! ¡Espesad mi sangre; cerrad en mí todo acceso, todo paso a la piedad, para que ningún escrúpulo compatible con la naturaleza turbe mi propósito siniestro, interponiéndose entre el deseo y el golpe! ¡Venid a mis senos maternales y convertid mi leche en hiel, vosotros, genios del crimen, de allí de donde presidáis bajo invisibles formas la hora de hacer mal! ¡Baja, horrenda noche, y envuelve tu palio en la espesa humareda del infierno! Que mi agudo puñal oculte la herida que va a abrir y que el cielo, espiándome a través de la cobertura de las tinieblas (1), no pueda gritarme: «¡Basta, basta...!»

Entra MÁCBETH

¡Gran Glamis, digno Cáwdor, más grande que ellos dos por el salve futuro! Tu carta me ha transportado más allá del oscuro presente, y estaba haciéndome gozar del porvenir.

MÁCBETH. — Mi caro amor, Duncan llega esta noche.

LADY MÁCBETH. — ¿Y cuándo parte?

MÁCBETH. — Mañana... Tal se lo propone.

LADY MÁCBETH. — ¡Oh, jamás verá el sol esa mañana...! Vuestro rostro, thane mío, es un libro donde se pueden leer extrañas cosas... Para engañar al mundo, parecer como el mundo. Llevad la bienvenida en los ojos, en la lengua, en las manos, y presentaos como una flor de inocencia; pero sed la ser-

(1) *Peep though the blanket of the dark*, apercibir a través del velo de las tinieblas, pasaje que ha dado lugar a infinitas interpretaciones e hipótesis más o menos absurdas. Malone cree que Shakespeare alude a las cortinas de su teatro, y Whiter confirma esta suposición añadiendo que *heaven* —*nor heaven*, que completa el verso— hace también referencia a las partes superiores del teatro, que ahora llamamos paraíso. Carlota Porter, en cambio, da a *blanket* —cobertura de cama— una interpretación sumamente ingeniosa, hallando en la expresada voz la visión súbita de lady Mácbeth: el asesinato del rey metido en el lecho, coberturas y tinieblas con el cielo y la tierra.

piente que se esconde bajo esa flor... Ocupémonos del que viene; y el gran negocio de esta noche, a todas nuestras noches, a todos nuestros días futuros dará pujanza y dominación soberana; dejadme a mí el encargo...

MÁCBETH. — Ya hablaremos luego.

LADY MÁCBETH. — ¡Que la mirada sea franca! ¡La alteración de las facciones es espejo del miedo! ¡Lo restante dejadlo a mi cuidado! *(Salen.)*

ESCENA VI

EL MISMO LUGAR. — DELANTE DEL CASTILLO. OBOES Y ANTORCHAS. CRIADOS DE MÁCBETH AL SERVICIO

Entran DUNCAN, MÁLCOLM, DONALBAN, BANQUO, LÉNNOX, MÁCDUFF, ROSS, ANGUS *y acompañamiento*

DUNCAN. — La situación de este castillo es pintoresca. El aire, suave y apacible, por su sola presencia halaga los sentidos.

BANQUO. — Ese huésped del verano, la golondrina familiar de los templos, prueba por sus adorados albergues que el hálito de los cielos embalsama aquí el ambiente. No hay cornisa, friso, arbotante ni rincón favorable donde esta avecilla no haya suspendido su lecho y procreante cuna. He observado que donde habita y multiplica su preferencia, el aire es delicado.

Entra LADY MÁCBETH

DUNCAN. — ¡Ved, ved! ¡Nuestra honorable hospedadora! El amor, que nos persigue, es con frecuencia tormento para nosotros; y, sin embargo, le damos las gracias, porque es el amor. Quiero significaros con esto que roguéis a Dios para que nos recompense por las molestias que os causamos, y a la par que nos agradezcáis los sinsabores que os vamos a proporcionar.

LADY MÁCBETH. — Doblados y redoblados nuestros servicios, sería una pobre y simple ofrenda en compensación de los

honda ambición, que salta en demanda y me arroja del otro lado... ¡Hola! ¿Qué hay de nuevo?

Entra LADY MÁCBETH

LADY MÁCBETH. — Están acabando de cenar... ¿Por qué os retirasteis de la sala?

MÁCBETH. — ¿Ha preguntado por mí?

LADY MÁCBETH. — ¿No lo sabéis?

MÁCBETH. — No debemos ir más lejos en este asunto. Acaba de colmarme de honores, y he adquirido una reputación de oro para toda clase de gentes, que quisiera conservar en su esplendor, reciente como es todavía en vez de encenagarla tan pronto.

LADY MÁCBETH. — ¿Estaba ebria, entonces, la esperanza de que alardeabais? ¿Se ha dormido después y se despierta ahora para contemplar, pálida y verde, lo que supo mirar tan arrogante? Desde este momento creeré tan frágil tu amor. ¿Has podido ser el mismo en ánimo y en obras que en deseos? ¿Quisieras poseer lo que estimas el ornamento de la vida y vivir como un cobarde en tu propia estima, dejando que un «No me atrevo» vaya en pos del «Yo quisiera», como el pobre gato del cuento? (1).

MÁCBETH. — ¡Silencio por piedad! Me atrevo a lo que se atreva un hombre; quien se atreve a más no lo es.

LADY MÁCBETH. — ¿Qué bestia, entonces, os impulsó a revelarme este proyecto? Cuando os atreveíais a ello, entonces erais un hombre, y más que hombre seríais si a más os atrevieseis. Ni ocasión ni lugar se presentaban; y, sin embargo, una y otro queríais crear. ¡Ahora son ellos mismos los que se crean, y vuestra buena voluntad os abate! He amamantado a un niño y sé lo grato que es para una madre amar al tierno ser que se alimenta de su seno. Bien; pues en el instante en que sonriese ante mi cara, le hubiera arrancado el pezón de mi pecho de entre sus encías sin hueso, y estre-

(1) Este adagio es *Catus amat pisces, sed non wult tingere plantas*, citado en los *Proverbios de Heywood:* El gato querría comer pescado y no mojarse los pies, versión un poco libre. Dicho Heywood era contemporáneo de Shakespeare.

lládole el cerebro, de haberlo jurado, como vos lo jurasteis así.

MÁCBETH. — ¡Y si fracasáramos...!

LADY MÁCBETH. — ¡Nosotros fracasar...! Llevad vuestro valor hasta su punto heroico, y no fracasaremos. Cuando Duncan esté dormido —y el rudo viaje de hoy le sumirá en un sueño profundo— embriagaré con el vino y la orgía a sus dos chambelanes, de tal modo, que la memoria, esa centinela del cerebro, no será en ellos más que humo, y el receptáculo de su razón un alambique. Cuando, saturados de bebida, caigan en un sueño de puercos, semejante a la muerte, ¿qué no podremos llevar a cabo vos y yo con el indefenso Duncan? ¿Qué no imputaremos a sus esponjosos oficiales? ¿Y quién cargará con la culpa de este gran asesinato...?

MÁCBETH. — ¡No des al mundo más que hijos varones, pues de tu temple indomable no pueden salir más que machos! Cuando hayamos manchado de sangre a los dos dormidos chambelanes, y empleado sus propias dagas, ¿quién no se persuadirá de que ellos dieron el golpe?

LADY MÁCBETH. — ¿Y osará nadie suponer lo contrario cuando prorrumpamos en ayes y clamores ante su cadáver?

MÁCBETH. — ¡Estoy resuelto! Voy a tender todos los resortes de mi ser para esta terrible hazaña. ¡Vamos! Y que se trasluzcan los más risueños semblantes a los ojos del mundo... ¡Un rostro falso debe ocultar lo que sabe un falso corazón! (1). *(Salen.)*

---

(1) "Hasta este momento —escribe Steevens—, el espíritu de Mácbeth ha estado en pugna con la incertidumbre y la irresolución. No se había mostrado al presente ni resueltamente bueno ni resueltamente malo. Aunque una idea criminal surgiese en su alma, al entender la predicción de las brujas, abandonó voluntariamente al azar la realización. En seguida de su entrevista con Duncan, se inclina a precipitar los proyectos del destino y sale de la escena con la resolución aparente de matar a su soberano. Pero mientras el rey permanece bajo su seguridad, reflexiona en las particularidades de su situación; no puede decidirse a violar, a romper las leyes del vasallaje, del parentesco y del agradecimiento... Estas fluctuaciones han sido apreciadas por determinados críticos como naturales y como estableciendo contradicciones en su carácter. No se han abordado de que *nemo repente fit turpissimus*." Steevens concluye diciendo, con razón, que estas fluctuaciones son precisamente, lo que presta a Mácbeth un carácter verdaderamente humano.


UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
POTENTIOR EST
OMNIUM SAPIENTIA
FUNDADA EN 1620
QUITO

ACTO SEGUNDO

ESCENA PRIMERA

EL MISMO LUGAR. — PATIO EN EL INTERIOR DEL CASTILLO (1)

Entran BANQUO *y* FLÉANCE, *llevando una antorcha*

BANQUO. — ¿Va muy adelantada la noche, muchacho?

FLÉANCE. — Se ha ocultado la luna, y no he oído el reloj (2).

BANQUO. — Se pone a las doce.

FLÉANCE. — Creo que es más tarde, señor.

BANQUO. — Ten, toma mi espada... El cielo está económico esta noche. Todas sus candelas se han apagado. Toma también esto (3). Una somnolencia, pesada como el plomo, cae sobre mí, y, sin embargo, no quisiera dormir... ¡Potestades misericordiosas, refrenad en mí los malos pensamientos por que se deja arrastrar la naturaleza durante el reposo...! ¡Dame mi espada!

---

(1) Aunque en el Folio no se indica el lugar de la escena, es imposible que sea en el *hall*, como escriben algunos editores, pues Banquo ve el cielo.

(2) No es probable que hubiera relojes en Escocia el año de gracia de 1037; pero se sabe que Shakespeare concede poca importancia a los anacronismos. Ya vimos páginas atrás, en boca del sargento, el anacronismo de los cañones cargados de metralla en el año de 1040 de nuestra era...

(3) Alguna otra pieza de su armadura.

UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
POTENTIOR ESTO SCIENTIA
FUNDADA EN 1620
FACULTAD DE ARTES
SIB - UCE

Entran MÁCBETH *y un* CRIADO, *con una antorcha*

¿Quién va?

MÁCBETH. — Un amigo.

BANQUO. — ¡Cómo, señor! ¿Sin acostaros todavía? El rey descansa ya. Ha estado de un buen humor desacostumbrado, y ha hecho espléndidos obsequios a vuestra servidumbre. Saluda a vuestra esposa, ofreciéndole este diamante, en calidad de amabilísima hospedadora. Se ha retirado muy satisfecho de la jornada.

MÁCBETH. — Cogidos de improviso, nuestro buen deseo ha sido insuficiente; de otro modo habría tomado libre curso.

BANQUO. — Todo ha ido bien... Anoche soñé con las tres hermanas fatídicas. Con vos se han mostrado bastante veraces.

MÁCBETH. — No he vuelto a pensar en ellas... Sin embargo, cuando dispongamos de una hora favorable podremos cambiar, si os parece, unas palabras a este respecto.

BANQUO. — Cuando gustéis.

MÁCBETH. — Si sustentáis mis puntos de vista... (1) llegado el momento, ganaréis en honor.

BANQUO. — Siempre que no le pierda al tender a aumentarle y que conserve mi pecho libre de cargas y clara mi lealtad, dejaré aconsejarme...

MÁCBETH. — Descansad, entretanto.

BANQUO. — Gracias, señor; igual os deseo.

Salen BANQUO *y* FLÉANCE

MÁCBETH. — *(Al criado.)* Ve a decir a tu señora que cuando esté dispuesta mi bebida toque una campanada... Marcha a acostarte.

Sale el CRIADO

¿Es un puñal eso que veo ante mí, con el mango hacia mi mano...? (2). ¡Ven que te coja! ¡No te tiento, y, sin

(1) *If you shall cleave to my consent*, pasaje confuso. Tieck observa que la oscuridad con que Mácbeth emite su proposición es premeditada y adrede.

(2) Este famoso monólogo, una de las escenas más características del drama, dio pie a Taine para asegurar que Mácbeth no era más que un loco,

embargo, te veo siempre...! ¿No eres tú, visión fatal, perceptible al tacto como a la vista? ¿O no eres sino un puñal del pensamiento, falsa creación de un cerebro delirante...? Todavía te veo, bajo una forma tan palpable como éste que ahora desenvaino... ¡Tú me marcas la dirección que he de seguir y el arma misma que debo usar...! ¡O mis ojos son juguete de los demás sentidos o valen por sí solos como todos ellos juntos! ¡Aún te veo, y en tu mango y tu cuchilla gotas de sangre que antes no encontraba...! Pero ¡no hay tal caso...! ¡Es mi proyecto sanguinario, que toma cuerpo ante mis ojos...! ¡He aquí la hora en que sobre la mitad del mundo la naturaleza parece amortecida y los malos sueños dejan caer sus sombras! Los hechiceros celebran el culto de la pálida Hécate, y el asesino descarnado, avisado por su centinela, el lobo, cuyo aullido le sirve de alerta, al paso furtivo y raptador de un Tarquino (1) avanza cauteloso hacia su víctima, semejante a un fantasma... ¡Tú, tierra sólida y firme, apaga mis pasos, cualquiera que sea su camino, de miedo que hasta tus piedras proclamen dónde voy y no disipen el horror silencioso exigido por la hora...! Pero yo amenazo...; él vive. ¡El hálito de las palabras enfría la cálida acción! *(Suena una campana.)* ¡Voy; está hecho; la campana me invita! ¡No lo oigas, Duncan, porque es el tañido que te abre el cielo o el infierno! *(Sale.)*

ESCENA II

EL MISMO LUGAR

Entra LADY MÁCBETH

LADY MÁCBETH. — Lo que los ha embriagado, me presta a mí valor. Lo que los ha apagado, me ha encendido más... ¡Escuchemos...! ¡Silencio...! Es el búho que chilla, fatídico

---

un alucinado; pero, como se notará por las palabras finales del discurso, él declara que no ve el puñal, que es su crimen el que toma cuerpo a su vista. ¿Cómo, pues, puede sostenerse su locura?

(1) Refiérese Shakespeare al atentado cometido por Tarquino en la persona de Lucrecia. El texto decía en la edición original: *With Taquin's ravishing sides*, y Pope modificó muy juiciosamente la palabra última escribiendo *strides*.

centinela que da las siniestras buenas noches... Debe haberlo hecho... Las puertas están abiertas, y los chambelanes, hartos de vino, roncan, burlándose de sus deberes. He mezclado en su poción una droga tan activa que la vida y la muerte luchan a quién vencerá.

MÁCBETH. — *(Dentro)* (1). ¡Quién va...! ¿Qué...? ¡Hola...!

LADY MÁCBETH. — ¡Ah...! ¡Temo que se hayan despertado y fracasemos...! Una tentativa y no el golpe sería lo que nos perdiera... Escuchemos... Dejé dispuestos sus puñales; ha tenido que verlos. ¡Yo misma lo habría hecho de no haberme recordado de mi padre dormido...! ¡Mi hombre...!

Entra MÁCBETH

MÁCBETH. — ¡Ya está! ¿No oíste ruido...?

LADY MÁCBETH. — El lamento del búho y el canto de los grillos... ¿No hablábais vos?

MÁCBETH. — ¿Cuándo?

LADY MÁCBET. — Hace un instante.

MÁCBETH. — ¿Cuando bajaba?

LADY MÁCBETH. — Sí.

MÁCBETH. — ¡Oye...! ¿Quién duerme en la segunda habitación?

LADY MÁCBETH. — Donalbain.

MÁCBETH. — *(Mirándose las manos)* (2). ¡Qué triste espectáculo...!

LADY MÁCBETH. — ¡Locura hablar de triste espectáculo...!

MÁCBETH. — Ha habido uno que ha reído en sueños, y otro que ha gritado: «¡Asesino!», en voz tan clara, que los dos se despertaron. Me quedé escuchándoles; pero murmuraron sus plegarias y se dispusieron a dormir.

---

(1) Mucho se ha discutido acerca de este juego de escena. El Folio sólo advierte: *Enter Mácbeth.* Parece ser que, en el teatro de Shakespeare, Mácbeth aparecía, en efecto, no precisamente en escena, sino sobre un balcón que conducía al aposento de Duncan, y, pronunciando el "¿Quién va?", penetraba en la habitación, sin salir hasta que lady Mácbeth exclama: "¡Mi hombre!" Por otra parte, Edwin Booth, en su *Prompt Book*, que recoge bastante fielmente las tradiciones inglesas, hace pronunciar el "¿Quién va?" desde dentro por uno de los chambelanes borrachos, cosa que parece algo inverosímil...

(2) Acotación imaginada por Pope.

LADY MÁCBETH. — Los dos ocupan la misma habitación.

MÁCBETH. — Uno gritó: «¡Dios nos bendiga!», y el otro: «¡Amén», como si me hubieran visto con estas manos de verdugo... Escuchando su terror, no pude contestar «¡Amén!» cuando dijeron ellos «¡Dios nos bendiga!»

LADY MÁCBETH. — ¡No hay que pensar en ellos con tanto ahínco!

MÁCBETH. — Pero ¿por qué no pude pronunciar el «Amén»? ¡Yo era quien tenía más necesidad de bendición, y el «Amén» quedó ahogado en mi garganta...!

LADY MÁCBET. — De tomar las cosas tan en consideración, acabaríamos locos.

MÁCBETH. — Me pareció oír una voz que gritaba: «¡No dormirás más...! ¡Mácbeth ha asesinado el sueño!» ¡El inocente sueño, el sueño, que de la enmarañada madeja de los cuidados teje un ovillo de seda...! ¡El sueño, muerte de la vida de cada día, baño reparador del duro trabajo, bálsamo de las almas heridas, segundo servicio de la mesa de la naturaleza, principal alimento del festín de la vida...!

LADY MÁCBETH. — ¿Qué decís?

MÁCBETH. — Y la voz siguió gritando, de aposento en aposento: «¡No dormirás más...!» ¡Glamis ha asesinado el sueño y, por tanto, Cáwdor no dormirá más, Mácbeth no dormirá más...!

LADY MÁCBETH. — ¿Quién era el que gritaba así...? ¡Ah querido thane! ¡Que enervéis vuestro noble valor volviendo a esos pensamientos delirantes...! Andad, corred en busca de agua y limpiad vuestras manos de ese sucio testimonio... ¿Por qué habéis traído esos puñales? Es necesario que queden allí. ¡Andad, llevadlos y manchad de sangre a los dormidos centinelas!

MÁCBETH. — No iré más; me horroriza pensar lo que he hecho. ¡Mirarlo aún! ¡Nunca!

LADY MÁCBETH. — ¡Voluntad débil! ¡Dadme los puñales! Los durmientes y los muertos no son más que imágenes vanas; es el ojo de un niño que tiembla ante una estampa del diablo. Si sangra, teñiré del oro de su sangre la cara de esos hombres, pues es forzoso que sea suyo el crimen... *(Sale. Llaman dentro.)*

MÁCBETH. — ¿Dónde llaman? ¿Qué me pasa, que el ruido

más leve me hiela de espanto...? ¿Qué manos son ésas? ¡Ah...! Me arrancan los ojos... ¿Todo el océano inmenso de Neptuno podría lavar esta sangre de mis manos? ¡No...! ¡Mis manos encarnadarían la multitudinosa mar, volviendo rojo lo verde! (1).

Vuelve a entrar LADY MÁCBETH

LADY MÁCBETH. — ¡Ya están mis manos del color de las vuestras; pero me avergonzaría de tener un corazón tan blanco...! *(Llaman.)* ¡Llaman a la puerta del Sur! (2). Retirémonos a nuestras habitaciones. Un poco de agua nos lavará de esta acción. ¡Ya veis si es fácil...! ¡Vuestro atrevimiento os ha paralizado...! *(Llaman.)* ¡Escuchemos...! ¡Llaman otra vez! ¡Vestíos vuestra ropa de noche, no sea que la ocasión nos llame y muestre que hemos estado en vela! ¡No os de-

(1) *No; this my hand will rather multitudinous seas incarnadine, making the green one red.* Un caso más del poder avasallador de la lengua castellana. A ningún idioma fue posible verter, hasta ahora, la admirable frase anterior. Primeramente, porque en ninguno sino en el nuestro existe la palabra *multitudinoso* —del latín *multitudo, inis*—, exacta traducción del *multitudinous* que Shakespeare forja, tomándolo del español, lengua entonces de moda en las cortes europeas. Este *multitudinous* ha venido siendo la pesadilla de los comentadores. Maeterlink entiende, desde luego, su significado: pero ve que en francés no existe la voz *multitudineuse*, con que se expresaría perfectamente Πολυπολυπολυπ

jéis perder tan miserablemente en vuestros pensamientos...!

MÁCBETH. — ¡Conocer mi acción! ¡Mejor quisiera no conocerme a mí mismo! (1). *(Llaman.)* ¡Despierta a Duncan con tus llamadas...! ¡Si pudieras despertar...! *(Salen.)*

ESCENA III

EL MISMO LUGAR

Entra un PORTERO. *Llaman dentro*

PORTERO (2). — ¡He aquí lo que es llamar de veras! Si un hombre fuera portero del infierno, estaría ducho en el manejo de la llave. *(Llaman.)* ¡Llama, llama, llama...! ¿Quién es, en nombre de Belcebú? Es un granjero, que se ha ahorcado en expectación de una buena coecha. ¡Sé oportuno! Trae bastantes pañuelos, pues vas a sudar. ¡Llama, llama! ¿Quién es, en nombre del otro diablo? (3).

Por mi vida, que es un jesuita, que juraría por cualquier plato de la balanza contra el plato opuesto; que cometería una traición escudado en Dios, pero no podría enjesuitar al cielo. ¡Oh! ¡Entra, pues, jesuita! *(Llaman.)* ¡Llama, llama, llama! ¿Quién es? Por mi vida, ése es un sastre inglés que viene aquí por haber robado unas calzas francesas. ¡Entra, sastre; podrás calentar aquí tus planchas! *(Llaman.)* ¡Llama, llama! ¡Nunca te pares! ¿Quién eres? Decididamente este lugar es demasiado frío para infierno. ¡No quiero ser más portero del diablo! Creía haber dejado entrar a gentes de

---

(1) Mácbeth prefiere perderse en sus pensamientos, como su mujer le reprocha, a considrar cara a cara su crimen. He aquí el sentido de su respuesta.

(2) En los dramas de Shakespeare, las gentes del pueblo hablan en prosa.

(3) El portero no conoce más nombres de diablos que el de Belcebú y otro que no nombra sino por *the other devil*, el otro diablo, lo mismo en Inglaterra que en España. Aquí había los cuatro diablos mayores: Lucifer, Belcebú, Satanás y Barrabás. En 1512 decía Juan de Chaves en una de sus confesiones: "Fiz una raya en la paret encima de donde ardía el fuego... e yo lamé e cridé a satanás y a Amanecidos y a la rreyna Siuilla y algunas veces a los quatro mayores del Infierno es a saber Lucifer, belcebuc, satanas y barrabás..." Archivo Histórico Nacional Inquisición de Valencia.

todas las profesiones, que marchan al buen fuego eterno por un camino de primaveras. *(Llaman.)* ¡En seguida, en seguida...! ¡Pero acordaos del portero! *(Abre la puerta.)*

Entran MÁCDUFF *y* LÉNNOX

MÁCDUFF. — ¿Tan tarde te has acostado, amigo, que tan tarde te levantas?

PORTERO. — Por mi fe, señor, estuvimos de jarana hasta el segundo canto del gallo, y el beber es un gran provocador de tres cosas.

MÁCDUFF. — ¿Qué tres cosas provoca especialmente el beber?

PORTERO. — Caray, señor: enrojecimiento de la nariz, modorra y orina. En cuanto a los apetitos amorosos, los provoca y los desprovoca; provoca el deseo, pero impide la ejecución. Por eso, el mucho beber puede decirse que es el jesuitismo de los apetitos amorosos. Los crea y los destruye, los excita y los paraliza, los persuade y los desanima, los endereza y los arruga. En conclusión: los enjesuita en un sueño, y, dándole un mentís, los abandona.

MÁCDUFF. — Me parece que el beber te dio a ti un mentís la noche pasada.

PORTERO. — En efecto, señor; lo ha sido en mi misma gola; pero ha pagado caro su mentís, y creo que soy más fuerte que él, pues aunque me ha tenido algún tiempo por las piernas, al fin le he echado la zancadilla.

MÁCDUFF. — ¿Se ha levantado tu amo...? Nuestras llamadas le han despertado; aquí viene (1).

Entra MÁCBETH

LÉNNOX. — ¡Buenos días, noble señor!

MÁCBETH. — ¡Buenos días a los dos!

MÁCDUFF. — ¿Se ha levantado el rey, digno thane?

---

(1) No nos imaginamos cómo Samuel Taylor Coleridge, uno de los más grandes pensadores de Inglaterra, haya podido tener por apócrifa esta admirable escena desde la salida del portero borracho. Guizot le contestará por nosotros: "Sin este empleo de lo cómico —escribe—, sin esta intervención de las clases inferiores, serían imposibles los contrastes dramáticos que contribuyen al efecto general."

MÁCBETH. — Todavía no.

MÁCDUFF. — Me ordenó que le llamara antes del día, y temo que haya pasado la hora.

MÁCBETH. — Os conduciré ante él.

MÁCDUFF. — Sé que es para vos una grata molestia, pero molestia al cabo...

MÁCBETH. — El trabajo en que hallamos placer cura la pena que causa. ¡Esa es la puerta!

MÁCDUFF. — Me tomaré la libertad de entrar; es el servicio que me está encomendado.

Sale MÁCDUFF

LÉNNOX. — ¿Parte hoy el rey?

MÁCBETH. — Parece ser...; así lo ha dispuesto.

LÉNNOX. — ¡La noche ha sido terrible! Donde dormíamos, el viento ha derribado nuestras chimeneas; y dicen que se han oído lamentos en el aire (1), extraños gritos de muerte, voces que profetizaban con acentos terribles grandes conmociones y confusos sucesos, para reproducirse de nuevo como en los tiempos de dolor. ¡El ave de las tinieblas (2) ha gemido toda la noche! ¡Algunos aseguran que la tierra ha tenido fiebre y ha temblado...! (3).

MÁCBETH. — ¡Ha sido una noche tremenda!

LÉNNOX. — ¡Mi tierna memoria no halla paralelo con otra semejante!

---

(1) Como en el primer libro de las *Geórgicas* de Virgilio:

Vox quoque per lucos vulgo exaudita silentes.

(2) *The obscure bird*, el pájaro nocturno: el búho. Nuevamente como en Virgilio:

Importunaeque volucres — Signa dabant.

(3) El temblor de tierra era considerado como síntoma de fiebre universal. Shakespeare ha escrito, en otra ocasión, en *Coriolano* —acto I, escena IV—: *Thou mad'st thine enemies shake, as if the woorld — Were feverous and did tremble.* Y aún en Virgilio:

... Insolitis tremuerunt montibus Alpes.

Vuelve a entrar MÁCDUFF

MÁCDUFF. — ¡Oh horror! ¡Horror! ¡Horror...! ¡Ni la lengua ni el corazón pueden concebirte ni nombrarte...!

MÁCBETH, LÉNNOX. — ¿Qué sucede?

MÁCBETH. — ¡La destrucción acaba de consumar su obra maestra! ¡El asesino más sacrílego ha profanado el templo del ungido del Señor (1) y robado la vida del santuario!

MÁCBETH. — ¿Qué es lo que decís? ¿La vida...?

LÉNNOX. — ¿Habláis de su majestad...?

MÁCDUFF. — ¡Acercaos a la cámara y quedaréis ciegos ante la nueva Gorgona! ¡No me digáis que hable! ¡Id y hablad después vosotros mismos...! *(Salen* MÁCBETH *y* LÉNNOX.) ¡Alerta...! ¡Alerta...! ¡Tocad la campana de alarma...! ¡Asesinato y traición...! ¡Banquo y Donalbain...! ¡Málcolm...! ¡Alerta...! ¡Sacudid ese sueño engañoso, imagen de la muerte (2), y mirad la muerte misma...! ¡Levantaos...! ¡Levantaos y ved la anticipación del juicio final...! ¡Málcolm! ¡Banquo! ¡Salid como de vuestras tumbas y corred lo mismo que espectros para contemplar este horror...! ¡Tocad la campana...! *(Suena la campana.)*

Entra LADY MÁCBETH

LADY MÁCBETH. — ¿Qué ocurre, que esa espantable trompeta (3) llama a conferencia a los durmientes de esta casa? ¡Decid, decid...!

---

(1) *The Lord's anointed temple.* Duncan es el ungido y el templo, según la frase de Mácduff, algo confusa en el original, sin duda adrede para hacer resaltar la precipitación con que habla.

(2) *Death' counterfeit.* Según Steevens, el vocablo *counterfeit*, que al presente se usa únicamente en mal sentido, significaba antiguamente "semejanza". Dicha voz se halla empleada del mismo modo en *El mercader de Venecia* —acto tercero, escena II—: *What find I here? Fair Portia's counterfeit!* —¿Qué veo? ¡El retrato de la bella Porcia!—. En el presente caso, la traducción de *counterfeit* es *imagen*. De igual símil, calificando al sueño de imagen de la muerte, se sirvió nuestro Lupercio Leonardo de Argensola —un año más viejo que Shakespeare— en su famoso soneto que empieza:

Imagen espantosa de la muerte,
sueño cruel: no turbes más mi pecho...

(3) *Hideous trumpet*, la campana de alarma, imagen tomada del lenguaje campestre.

MÁCDUFF. — ¡Oh gentil dama! ¡No conviene que entendáis lo que debo deciros! La repetición de mis palabras no podría resistirla oído de mujer... *(Entra* BANQUO.) ¡Oh Banquo! ¡Banquo! ¡Ha sido asesinado nuestro real soberano!

LADY MÁCBETH. — ¡Desdicha! ¡Ay! ¡Y en nuestra casa!

BANQUO. — ¡Demasiado cruel, no importa dónde! ¡Querido Duff (1), contradícete, por favor, y di que no es cierto...!

Vuelven a entrar MÁCBETH *y* LÉNNOX

MÁCBETH. — ¡He debido morir una hora antes de este suceso, y hubiera terminado una vida dichosa...! Mas desde este instante no hay nada en el destino humano: todo es juguete; gloria y renombre han muerto. ¡El vino de la vida se ha esparcido, y en la bodega sólo quedan las heces...!

Entran MÁLCOLM *y* DONALBAIN

DONALBAIN. — ¿Qué, una desgracia?

MÁCBETH. — ¡Para vosotros, que la ignoráis! ¡El principio, el origen, la fuente de vuestra vida se ha acabado; el manantial mismo se secó!

MÁCDUFF. — Vuestro real padre ha sido asesinado.

MÁLCOLM. — ¡Oh! ¿Por quién?

LÉNNOX. — Por sus chambelanes, a lo que parece. Sus manos y caras llevan la librea (2) de la sangre, así como sus puñales, que, sin limpiar, hallamos sobre sus cabeceras. Miraban fijamente y parecían atónitos. ¡Ninguna vida humana hubiera estado segura bajo su custodia!

MÁCBETH. — ¡Oh, me arrepiento de haberles dado muerte en mi furor...!

MÁCDUFF. — ¿Por qué lo habéis hecho?

MÁCBETH. — ¿Quién puede ser al mismo tiempo sabio e

---

(1) *Duff*, abreviación familiar del nombre de Mácduff Shakespeare crea algunas veces esta clase de diminutivos. En *Otelo*, la hoja de Brabancio es llamada en varias ocasiones Desdemon.

(2) *Badg'd*, en el original. En tiempos de Shakespeare, los criados de las casas nobles llevaban sobre sus libreas placas de plata, donde aparecían grabadas las armas de sus dueños. La metáfora cuadra admirablemente con los dos chambelanes.

idiota, templado y furioso, leal e indiferente? ¡Nadie! El ímpetu de mi amor violento dejó atrás a la lenta razón. Aquí Duncan, tendido; su piel de plata galoneada con su sangre de oro, y sus anchas heridas abiertas, como una brecha natural para la entrada devastadora de la ruina. Allí, los asesinos, manchados en los colores de su profesión, con sus puñales groseramente emporcados de sangre coagulada... ¿Quién, dotado de un corazón para amar, y en ese corazón el coraje necesario para probar cómo se ama, se hubiera podido contener?

LADY MÁCBETH. — ¡Ayudadme a salir de aquí! ¡Oh...!

MÁCDUFF. — ¡Atended a la señora!

MÁLCOLM. — *(Aparte, a* DONALBAIN.) ¿Por qué guardamos silencio cuando esta desgracia nos concierne más que a ninguno?

DONALBAIN. — *(Aparte, a* MÁLCOLM.) ¿Qué podríamos hablar aquí, donde nuestro destino, caído en una emboscada, nos sería fatal a los dos? (1). ¡Huyamos! ¡Nuestras lágrimas no han fermentado aún!

MÁLCOLM. — *(Aparte, a* DONALBAIN.) ¡Ni nuestra desesperación puede obrar con toda su fuerza!

BANQUO. — ¡Cuidad de la señora! *(Se llevan a* LADY MÁCBETH.) Y cuando hayamos cubierto nuestros desnudos, expuestos al frío, reunámonos y examinemos ésta muy sangrienta obra de sangre para conocerla mejor. ¡Temores y recelos nos asaltan! Confío en la mano poderosa de Dios, y, por otro lado, estoy dispuesto a combatir los secretos designios de la traición criminal.

MÁCDUFF. — ¡Y yo también!

TODOS. — ¡Y todos nosotros!

MÁCBETH. — Vayamos en seguida a vestirnos y reunámonos en el salón principal.

TODOS. — De acuerdo.

---

(1) *Were our fate, hid in an auger-hole, may rush, and seize us?* Las imágenes pierden frecuentemente al trasladarlas de una lengua a otra. Por eso nos ha parecido necesario castellanizar la metáfora. No obstante, he aquí la versión literal: *"¿Por qué hablar aquí, donde nuestro destino oculto en el agujero de un taladro, puede precipitarnos y cogernos?"* Es decir, que la muerte, que ha derribado a nuestro padre, puede derribarnos a nosotros sin que nos sea posible preverlo.

Salen todos, excepto MÁLCOLM *y* DONALBAIN

MÁLCOLM. — ¿Qué decís? ¡Nada de asociarnos con ellos! ¡Al hombre falso le es fácil afectar un dolor que no siente! ¡Parto para Inglaterra!

DONALBAIN. — ¡Y yo para Irlanda! Separadas nuestras suertes, nos protegerán mejor. ¡Aquí hay puñales en las miradas! El más cercano a nuestra sangre es el más cercano a verterla.

MÁLCOLM. — ¡La flecha lanzada por el asesino flota aún en el aire, y lo más seguro es evitar su puntería! ¡A caballo, pues! Y dejémonos de escrúpulos por esquivar el adiós. ¡Es lícito substraerse como un ladrón cuando no puede esperarse ninguna misericordia! (1). *(Salen.)*

ESCENA IV

EL MISMO LUGAR. — DENTRO DEL CASTILLO

Entran ROSS *y un* ANCIANO

ANCIANO. — A setenta años se remontan mis recuerdos durante los cuales he presenciado horas terribles y extraños sucesos; pero esta tremenda noche reduce a nada cuanto he conocido.

ROSS. — ¡Ah buen anciano, tú lo ves! Agitados los cielos por la acción de un hombre, amenazan su sangriento tea-

(1) "A pesar de los precedentes apartes —dice Maeterlink—, en donde Shakespeare ha evitado mostrar su dolor filial ahogado por el miedo, no puede impedirse que se halle bastante extraña y desenvuelta la conducta de Málcolm y Donalbain. Se enteran de que su padre, el bueno, el dulce Duncan, está allí, en la habitación inmediata, cubierto de sangre, quizá respirando todavía —¿qué saben ellos?—, y ni por un instante tienen el pensamiento de pasar a verle, de llevarle un posible socorro, de darse cuenta de las circunstancias de su muerte, de, al menos, echar sobre la víctima la última mirada, que tenemos el deber, que no podemos dejarnos de acordar de aquellos a quienes hemos amado. Sin que ningún peligro inminente los excuse, huyen, como los ladrones de que habla finalmente Málcolm. Todo ello es aún más chocante en la representación que en la lectura. ¿Es necesario creer que se ha olvidado un juego de escena en el Folio?"

tro. Según el reloj, es de día y, sin embargo, la sombría noche apaga la lámpara viajera. ¿Es que reina la noche, o siente vergüenza el día, que las tinieblas cubren la casa de la difunta tierra, que un vivo resplandor debía acariciar?

ANCIANO. — Eso es sobrenatural, como lo que ha sucedido. El martes pasado, un halcón, que se remontaba orgulloso a lo más alto de las nubes, fue estrangulado por un búho, que sólo come ratones.

ROSS. — ¡Y los caballos de Duncan —cosa muy extraña, pero cierta—, tan hermosos y dóciles que eran las perlas de su raza, han cambiado de naturaleza, han roto sus pesebres, cocean y luchan con el freno, como si quisieran negarle obediencia al hombre!

ANCIANO. — ¡Se dice que se devoran unos a otros!

De ninguna manera compartimos la opinión del excelente comentarista de que son víctimas también quienes la consienten. Nadie negará que éste es el pensamiento del célebre dramático. En MACBETH no podía haber personajes de arraigado afecto; la misma ambición, que corre por toda la tragedia —y que es otra forma humana de la falta de afecto entre unos y otros—, lo impediría. El país se halla corrompido, y todos los personajes son, en mayor o menor medida, ambiciosos. Duncan es igualmente ambicioso —de la posesión que se le escapa—, y su dulzura no es más que signo de debilidad; carece de condiciones de mando como lo prueban las constantes rebeliones que tienen que sofocarle sus generales. Lady Mácbeth no siente afecto por Mácbeth, ni lady Mácduff por Mácduff: una se burla de su esposo, y la otra desprecia a su marido. Banquo es otro ambicioso —del bien que espera de las circunstancias—, y Mácduff, de la conservación de su seguridad, por la que no vacila en abandonar a su mujer y a sus hijos. El rey de Inglaterra, los nobles, los criados, todos son tipo ambiciosos, que van al sol que más calienta, tornadizos, traidores, concupiscentes.

Así Málcolm y Donalbain, educados en una corte corrompida. Su afecto al rey, su padre, es el afecto frío de los vástagos de los monarcas medievales, de quienes sus hijos antes parecían vasallos, y que hasta en la intimidad les guardaban todos los honores y títulos. Basta hojear cualquier historia para ver cuán poco o ningún afecto existía en la Edad Media —y aun hoy diríamos— entre los reyes y sus hijos, y cómo se trataban.

¿Y es posible que pueda extrañar a hombre de inteligencia tan privilegiada como Maeterlink, que, conociendo Málcom y Donalbain, por los relatos de Lénnox y Mácbeth, la absoluta muerte de Duncan, previendo la traición de su pariente y en un castillo hostil, huyan, sin detenerse ante la cámara real?

Y cuando vuelve Málcolm a conquistar Escocia, ¿lo hace más por venganza y afecto al padre que para apoderarse del trono? Adviértase que no le acompaña Donalbain...

Ross. — Así lo han hecho, con la estupefacción de mis ojos que lo presenciaron. He aquí al buen Mácduff.

Entra MÁCDUFF

¿Cómo va ahora el mundo, señor?

MÁCDUFF. — ¿Qué, no lo veis?

Ross. — ¿Se sabe quién ha cometido ese crimen más que sangriento?

MÁCDUFF. — Los mató Mácbeth.

Ross. — ¡Maldito día...! ¿Qué esperaban?

MÁCDUFF. — Fueron sobornados. Málcolm y Donalbain, los dos hijos del rey, han esquivado su presencia y huido, lo que les expone a sospechas.

Ross. — Otra cosa contranatural! ¡La ambición insensata, que devora así sus propios medios de vida! ¿Entonces es muy probable que la corona vaya a recaer en Mácbeth?

MÁCDUFF. — Ya ha sido proclamado, y ha partido para Scone (1) a investirse.

Ross. — ¿Dónde está el cuerpo de Duncan?

MÁCDUFF. — Ha sido transportado a Colmes-Kill (2), el sagrado sepulcro de sus antecesores y guardián de sus restos.

Ross. — ¿Iréis a Scone?

MÁCDUFF. — ¡No primo; me marcho a Fife! (3).

Ross. — Bien; iré yo allá.

MÁCDUFF. — Perfectamente. Disponed las cosas para pasarlo

---

(1) Scone, pueblo de Escocia, situado a dos millas de Pesth. En la iglesia de este pueblo estaba el famoso altar que sirvió durante mucho tiempo para la coronación de los reyes de Escocia, y que Eduardo I trasladó a la Abadía de Westminster. Todavía se ve incrustada en el altar la piedra que, según se dice, tuvo por cabecera Jacob cuando en Bethel soñó con la escala de ángeles, piedra sobre la que derramó aceite, alzóla por título e hizo casa de Dios, como se cuenta en el Génesis, al cap. 28.

(2) La pequeña isla de San Colombán, antigua Iona, habitada en lo antiguo por los druidas, fue lugar de sepultura de gran número de reyes de Escocia, y, según la tradición, de algunos de Noruega y de Irlanda. Duncan, al decir de Holinshed, fue primero trasladado a Elgine, para exhumarle más tarde en San Colombán.

(3) Mácduff era thane de Fife, y, retirándose a su castillo, en vez de asistir como Ross al coronamiento de Mácbeth, echaba sobre sí las primeras sospechas del nuevo rey.

bien. ¡Adiós! Y que nos sean nuestros vestidos nuevos menos incómodos que los viejos...

ROSS. — ¡Adiós, abuelo!

ANCIANO. — Que la bendición de Dios os acompañe y a todos los que deseen trocar en bien el mal y en amigos los enemigos (1). *(Salen.)*

UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
POTENTIOR EST
OMNIUM SAPIENTIA
FUNDADA EN 1620
QUITO

(1) Aparte de que Shakespeare no era nada afectista ni capaz de sacrificar la naturalidad y sencillez a un final de acto para halagar a los indoctos, debemos advertir que la división por escenas y actos, más que a él, pertenece a sus amigos los editores del primer Folio.

ACTO TERCERO

ESCENA PRIMERA

FORRES. — SALÓN EN EL PALACIO

Entra BANQUO

BANQUO. — ¡Ya lo eres, rey, Cáwdor, Glamis, todo, como te prometieron las mujeres fatídicas; pero sospecho que representaste el papel de traidor! Sin embargo, ellas dijeron que el título no quedaría en tu prosperidad y que tan sólo yo sería tronco y padre de una estirpe de reyes. Si la verdad salió de su boca, como lo prueba lo que te predijeron, ¿por qué, verídicas contigo, no podrían ser oráculos para conmigo y autorizar mis esperanzas? (1). ¡Pero silencio; basta!

Música. Entran MÁCBETH, *en traje de rey;* LADY MÁCBETH, *vestida de reina;* LÉNNOX, ROSS, SEÑORES, DAMAS *y acompañamiento*

MÁCBETH. — Aquí está nuestro principal invitado.

LADY MÁCBETH. — Si le hubiéramos olvidado, nuestro festín carecería de todo su esplendor.

---

(1) Estas son la realeza para la raza de Banquo; es decir, para los Estuardos, como aconteció. Los reyes del expresado tronco no fueron sólo los cuatro Estuardos de Inglaterra, a saber: Jacobo I, Carlos I, Carlos II y Jacobo II, sino también los Estuardos que reinaron en Escocia desde 1370 hasta 1688. No hay que olvidar por otro lado, que María, la mujer de Guillermo II y la reina Ana, ambas hijas de Jacobo II, reinaron también como Estuardos.

MÁCBETH. — Esta noche damos un solemne banquete, señor, y requerimos vuestra presencia.

BANQUO. — ¡Ordene vuestra alteza! (1). Mi obediencia está unida con vos por un lazo indisoluble.

MÁCBETH. — ¿Montáis a caballo esta tarde?

BANQUO. — Sí, buen señor.

MÁCBETH. — Hubiéramos deseado vuestro parecer en el consejo de hoy, pues siempre es atinado; pero le aplazaremos para mañana. ¿Iréis muy lejos?

BANQUO. — Bastante lejos, señor, para hacer tiempo hasta la hora de cenar. Si mi caballo fuera remolón, pediría prestadas una o dos horas a la oscura noche.

MÁCBETH. — No faltéis a nuestra fiesta.

BANQUO. — Señor, no faltaré.

MÁCBETH. — Hemos sabido que nuestros sanguinarios primos se han refugiado el uno en Inglaterra y el otro en Irlanda. No confiesan su cruel parricidio, pero llenan los corazones de los que les escuchan (2) de extrañas historias... Mañana hablaremos de eso (3), al tiempo que de otro asuntos de Estado que reclaman la presencia de todos. ¡Vaya, a caballo! Adiós, hasta vuestro retorno esta noche. ¿Os acompaña Fléance?

BANQUO. — Sí, buen señor; nos urge el tiempo.

MÁCBETH. — Os deseo caballos ligeros y seguros y os recomiendo a sus grupas. ¡Adiós! (4).

Sale BANQUO

Que cada uno sea dueño de su tiempo hasta las siete. Para que la reunión nos resulte luego más agradable, nos quedamos solos hasta la cena. Hasta entonces, ¡Dios os guarde!

---

(1) *Your higheness*, no sólo título oficial, sino reconocimiento por Banquo de su reciente elevación a la corona.

(2) *Filling their hearers*, construcción elíptica familiar en Shakespeare por *filling the ears of their hearers*.

(3) *Of that to-morrow* otra elipsis, que es necesario suplir con *we shall speak*.

(4) Todos estos cumplimientos son puramente irónicos, por supuesto.

Salen LADY MÁCBETH, DAMAS, SEÑORES, *etc.*

(A un criado.) ¡Pícaro, una palabra! ¿Están ahí ésos?
CRIADO. — Ahí están, mi señor, a la puerta del palacio.
MÁCBETH. — Condúcelos ante nuestra presencia.

Sale el CRIADO

¡Serlo así no es nada; hay que serlo, con tranquilidad! Nuestros temores sobre Banquo son profundos, y en su aspecto de soberanía veo justos motivos de miedo. Su audacia no reconoce límites, y al temple indomable de su alma aúna la prudencia, que guía a su valor para obrar con éxito. No existe nadie a quien yo tema, excepto él; y mi genio se intimida ante el suyo (1) como, según se dice, se intimidaba Marco Antonio ante César (2). El increpó primero a las brujas cuando me dieron el título de rey, y las obligó a hablar. Entonces, proféticamente, le saludaron como a padre de una línea de reyes. Sobre mi cabeza han ceñido ellas una corona infructífera y me han dado a empuñar un cetro estéril, que me arrancará una mano extraña, pues no tengo nadie que me suceda. Si ello es así, para la posteridad de Banquo mancillé mi alma (3), para ella asesiné al bondadoso Duncan, para ella sola vertí el odio en el cáliz de mi paz; y he entregado la joya de mi vida eterna al enemigo común del género humano, por hacerlos reyes, ¡por hacer reyes a los hijos de Banquo...! ¡Antes que eso, ven, Destino, desciende al palenque y luchemos tú y yo hasta morir...! ¿Quién va...?

Vuelve a entrar el CRIADO, *con dos* ASESINOS

(Al criado.) ¡Quédate, mientras, en la puerta hasta que avisemos!

---

(1) *Under him*, ante él, ante su valor. Igual hace decir Racine a uno de sus héroes: *Mon génie étonné tremble devant le sien.*

(2) Lo cuenta Plutarco, autor que conocía muy bien Shakespeare.

(3) *Have I fil'd my mind. Fil'd* por *defield*, por contracción y elisión de la primera sílaba, como se ve también en Marlowe, Fletcher, Ben Jonson y otros contemporáneos de Shakespeare.

Sale el CRIADO

¿No fue ayer mismo cuando hablamos?

ASESINO PRIMERO. — Ayer fue, si place a vuestra alteza (1).

MÁCBETH. — ¡Muy bien! ¿Habéis considerado mis razones? Sabed que fue él y no mi inocente persona, como creisteis, quien os tuvo oprimidos en otro tiempo. Ya os lo demostré en nuestra pasada entrevista. Os probé punto por punto cómo fuisteis engañados, cómo os persiguió, los instrumentos de que se había valido y mil cosas más que harían exclamar a quien no fuera idiota o tuviera la cabeza trastornada: «He aquí la obra de Banquo.»

ASESINO PRIMERO. — Nos lo habéis hecho conocer.

MÁCBETH. — Os lo hice y os lo haré más, pues vamos ahora al objeto de nuestra segunda entrevista. ¿Predomina de tal modo en vosotros la paciencia que toleraréis estas cosas? ¿Sois de una mansedumbre tan evangélica (2) que rogaréis por ese hombre de bien y por su raza (3), cuando con mano dura os ha empujado hacia el sepulcro y reducido a la más extremada mendicidad? (4).

ASESINO PRIMERO. — ¡Somos hombres, monseñor! (5).

MÁCBETH. — Sí, en el catálogo pasáis por hombres, igual que los galgos, podencos, lebreles, mastines, perdigueros de agua y de presa, llevan el nombre de perros: un tanto alzado distingue, no obstante, al perro ágil, al perezoso, al sutil, al cazador, al guardador de la casa, cada uno según las cualidades que la bienhechora naturaleza les ha departido, y que les hace recibir un título particular en la lista donde todos son comúnmente inscritos. Ahora, si figuráis en un puesto que no es el último en la clasificación humana, de-

(1) Es posible que Schiller, al escribir *La muerte de Wallenstein*, tuviera presente esta escena para trazar aquella famosa en que el general Buttler incita a los asesinos a matar al generalísimo de las tropas del emperador.

(2) *Are you so gospell'd.* Dice Samuel Johnson que la voz *Gospeller* era un nombre despectivo dado por los católicos a los *Lollards*, los antiguos puritanos precursores de la Reforma.

(3) La raza de Banquo es lo que trae fuera de tino a Mácbeth.

(4) Según la *Crónica* de Holinshed, al principio de su reinado, Mácbeth persiguió a los malhechores con gran severidad, política que ahora atribuye a Banquo.

(5) *My liege*, término de la lengua feudal de Escocia.

cidlo, y yo os confiaré un proyecto cuya ejecución suprime vuestro enemigo y os asegura nuestro afecto y agradecimiento, pues consolidaréis mi salud, que peligra con su vida y no será completa hasta su muerte.

ASESINO SEGUNDO. — Soy un individuo, monseñor, tan irritado por las cobardías y vilezas del mundo, que haría cualquier cosa por vengarme de él.

ASESINO PRIMERO. — Y yo otro, tan aniquilado por las desgracias y perseguido por la mala suerte, que jugaría mi vida a tal o cual azar para mejorarla o sucumbir.

MÁCBETH. — Los dos lo sabéis: Banquo ha sido vuestro enemigo...

ASESINO SEGUNDO. — ¡Cierto, mi señor!

MÁCBETH. — ¡También el mío y en tal distancia sangrienta que cada minuto de su ser es un golpe de puñal al corazón mismo de mi vida! Y aunque con mi autoridad pudiera a cara descubierta barrerle de mi vista, sin otra excusa que mi voluntad soberana, no me conviene hacerlo, por consideración a ciertos amigos suyos, que también lo son míos, cuyo afecto no quiero perder y ante los que debo llorar la caída del que derribo. Por eso he recurrido a vuestra ayuda, para disimular el asunto ante la opinión pública por varias razones de peso.

ASESINO SEGUNDO. — ¡Ejecutaremos, señor, cuanto nos mandéis!

ASESINO PRIMERO. — ¡Aunque nuestras vidas...!

MÁCBETH. — ¡Veo iluminarse vuestro ardor! Dentro de una hora, a lo sumo, os indicaré el lugar donde debéis apostaros y os informaré del momento preciso de obrar. Es necesario que quede hecho esta noche y a cierta distancia del palacio, advirtiéndoos bien que yo debo aparecer puro de toda sospecha. Y os encargo igualmente que —sin dejar señal ni rastro en la obra— Fleance, su hijo, que le acompaña, y cuya desaparición me es tan esencial como la de su padre, comparta la suerte de esta hora fatal. Consultaos aparte entre los dos. Yo seré con vosotros en seguida.

ASESINO SEGUNDO. — ¡Estamos decididos, mi señor!

MÁCBETH. — Os llamaré muy pronto. Permaneced dentro... Esto está arreglado. ¡Banquo, si tu alma ha de hallar el cielo, lo hallará esta noche! *(Salen.)*

ESCENA II

EL MISMO LUGAR. — OTRO SALÓN

Entran LADY MÁCBETH *y un* CRIADO

LADY MÁCBETH. — ¿Ha salido Banquo del palacio?

CRIADO. — Sí, señora; pero volverá esta noche.

LADY MÁCBETH. — Ve a decirle al rey que deseo hablarle unas palabras.

CRIADO. — Voy, señora.

Sale el CRIADO

LADY MÁCBETH. — Nada se gana; al contrario, todo se pierde cuando nuestro deseo se realiza sin satisfacernos. ¡Vale más ser la víctima que vivir con el crimen en una alegría preñada de inquietudes!

Entra MÁCBETH

¿Qué hay, mi señor? ¿Por qué siempre solo, acompañándoos de tristes pensamientos y acosado por ideas que debieron morir con los que las engendraron? Debe darse al olvido lo que no tiene remedio. Lo hecho, hecho está.

MÁCBETH. — Es que dimos un corte (1) a la serpiente; pero no la hemos matado; cerrará y volverá a ser la misma, amenazando nuestra mísera maldad con su diente venenoso. Pero ¡desbarátase la máquina del universo, desquíciense ambos mundos, antes que seguir comiendo con temor y dormir en la aflicción de esos terribles sueños que nos agitan de noche! ¡Más vale yacer con el difunto, a quien por ganar la paz enviamos a la paz, que vivir así, sobre el potro de tortura del espíritu, en una angustia sin tregua! Duncan está en su fosa, y tras las convulsiones febriles de la vida, duerme profundamente. La traición fue para él lo peor (2). ¡Ni el

(1) *Scotch'd* en el original. La corrección de Theobald, que sustituye dicha palabra por *scorch'd*, no nos convence.

(2) *Treason has done his worst.* Maeterlink traduce incorrectamente la frase por *La trahison a epuisé son œuvre.* Sin duda, ha confundido *worst* (peor) con *work* (trabajo), trastornando el sentido.

acero, ni el veneno, ni los temores internos, ni la invasión extranjera, nada puede alcanzarle ya!

LADY MÁCBETH. — Dulce dueño mío, desarrugad vuestra tersa frente; apareced esta noche radiante y jovial ante nuestros convidados.

MÁCBETH. — Lo haré, amor mío, y hacedlo vos también. Que vuestras atenciones se dirijan a Banquo. Conferidle la preferencia con vuestras palabras y miradas. ¡Triste necesidad que debamos por prudencia lavar nuestros honores en los torrentes de la adulación y hacer de nuestras caras, máscaras (1) de nuestros corazones para ocultar lo que son...!

LADY MÁCBETH. — ¡Dad eso al olvido!

MÁCBETH. — ¡Oh, mi alma está llena de escorpiones, esposa querida! (2). Tú sabes que Banquo y Fléance viven...

LADY MÁCBETH. — Pero no serán copias eternas de la naturaleza.

MÁCBETH. — Eso me conforta, que son vulnerables. Por tanto, ¡alégrate!... Antes que el murciélago haya cumplido su vuelo claustral; antes que al llamamiento de la negra Hécate los élitros del escarabajo den con su zumbido soporífero la señal de los bostezos de la noche, se habrá cumplido aquí una acción de siniestra memoria.

LADY MÁCBETH. — ¿De qué se trata?

MÁCBETH. — Que tu inocencia lo ignore, queridísima paloma (3), hasta el momento de aplaudirlo... ¡Ven, noche ojeadora...! ¡Venda los tiernos ojos del lastimero día, y con tu sangrienta e invisible mano desgarra y reduce a jirones ese último vínculo que sostiene mi palidez...! ¡La luz agoniza, y el cuervo vuela hacia el bosque, donde tiene su nido...! ¡Las bellezas del día desfallecen, mientras los negros agentes de la noche se abalanzan sobre su presa...! ¡Te asombran mis

---

(1) *Vizard*, máscara, palabra rarísima, que no ha sido empleada después de Shakespeare sino por Milton y Walter Scott.

(2) *Dear wife*, voces saltadas por Maeterlink en su versión.

(3) *Dearest chuck*, que el citado Maeterlink traduce, despojando al texto de su emocionante sentido literal, por *mon aimée*. Estas ternuras de "Esposa querida" antes y "Queridísima paloma" ahora, son puestas intencionadamente por Shakespeare en boca de Mácbeth para hacer más repugnante todavía esta pareja de tigres.

palabras...! ¡Calla...! ¡Es que las obras del mal sólo se afianzan con el mal! ¡Ven, ven conmigo! (1). *(Salen.)*

ESCENA III

EL MISMO LUGAR. — PARQUE CON UNA PUERTA QUE CONDUCE AL PALACIO

Entran tres ASESINOS

ASESINO PRIMERO. — Pero ¿quién te ha mandado que vengas con nosotros? (2).

ASESINO TERCERO. — Mácbeth.

ASESINO SEGUNDO. — No tenía motivos para desconfiar despues de habernos encargado nuestro oficio, que cumpliremos con una precisión perfecta.

ASESINO PRIMERO. — Está bien, quédate con nosotros. Todavía se distinguen algunos arreboles al Occidente. El viajero rezagado espolea ya su cabalgadura para ganar la oportuna posada, y andará cerca el que esperamos...

ASESINO TERCERO. — ¡Escuchemos! Oigo caballos...

BANQUO. — *(Dentro.)* ¡Una luz aquí! (3). ¡Hola!

ASESINO SEGUNDO. — ¡El es, sin duda! Todos los demás invitados están ya dentro del palacio.

ASESINO PRIMERO. — Sus caballos vuelven atrás.

ASESINO TERCERO. — Casi una milla; pero es la costumbre; como todos los otros, desde aquí marcharán a pie hasta la puerta de palacio.

---

(1) Delius entiende que estas palabras no son únicamente una invitación dirigida a la reina para que le acompañe y sacarla de escena, sino un ruego para ponerse de acuerdo con él y dejarle cumplir sus propósitos.

(2) Claro indicio de la desconfianza de los dos asesinos es esta pregunta al tercero. Se ve que no viene a servirlos de guía, sino a ayudarlos para asegurar el éxito.

(3) Banquo pide una antorcha a uno de los servidores que le acompañan a caballo.

Entran BANQUO *y* FLÉANCE, *con una antorcha*

ASESINO SEGUNDO. — ¡Una luz! ¡Una luz!
ASESINO TERCERO. — ¡El es!
ASESINO PRIMERO. — ¡Atención!
BANQUO. — Habrá lluvia esta noche.
ASESINO PRIMERO. — ¡Que caiga!

Asaltan a BANQUO

BANQUO. — ¡Oh traición...! (1). ¡Huye, buen Fléance, huye, huye, huye! ¡Tú me podrás vengar...! ¡Oh miserable...!

Muere. FLÉANCE *se escapa*

ASESINO TERCERO. — ¿Quién apagó la luz?
ASESINO PRIMERO. — ¿No era el mejor camino?
ASESINO TERCERO. — ¡No ha caído más que uno! El hijo huyó.
ASESINO SEGUNDO. — ¡Hemos perdido la mejor mitad del negocio!
ASESINO PRIMERO. — Bien; marchémonos y demos cuenta de lo hecho. *(Salen.)*

ESCENA IV

GRAN SALA EN EL PALACIO, UN BANQUETE PREPARADO

Entran MÁCBETH, LADY MÁCBETH, LÉNNOX, SEÑORES *y acompañamiento*

MÁCBETH. — Sebéis vuestros rangos; tomad asiento. Desde el primero al último, mi cordial bienvenida.
SEÑORES. — ¡Gracias a vuestra majestad!
MÁCBETH. — Nos mezclaremos entre la reunión, haciendo el papel de simple invitado. Nuestra huéspeda ocupará su

(1) Alusión a Mácbeth, cuya traición comprende Banquo, aunque tarde.

sitio de honor; pero en momento oportuno le pediremos su bienvenida (1).

LADY MÁCBETH. — Dádsela por mí, señor, a todos nuestros amigos, pues mi corazón declara que ellos son los bienvenidos (2).

MÁCBETH. — Mira, las gracias de su corazón van a tu encuentro... Los dos lados son iguales. Tomaré asiento en medio. Regocijaos libremente. En seguida echaremos un trago a tabla redonda.

Entra el ASESINO PRIMERO, *quedando a la puerta*

Tienes sangre en tu cara.

ASESINO. — Es de Banquo.

MÁCBETH. — Entonces mejor está en tu cara que en sus venas. ¿Fue despachado?

ASESINO. — Señor, le corté el pescuezo. Esto hice por él.

MÁCBETH. — Eres el mejor cortapescuezos; sin embargo, es bueno el que se lo haya cortado a Fléance. Si fuiste tú, eres el ideal.

ASESINO. — Real señor, Fléance se escapó.

MÁCBETH. — ¡He aquí mis fiebres que vuelven! Hubiera quedado tranquilo, compacto como el mármol, firme como las rocas, sin trabas, tan libre como el aire ambiente. Pero así, me veo oprimido, encadenado y agarrotado a mis medios y dudas insolentes... Pero ¿Banquo está seguro?

ASESINO. — Sí, buen señor; seguro en el fondo de una zanja, con veinte heridas en la cabeza, la menor de las cuales le hubiera quitado la vida.

MÁCBETH. — Gracias por eso. La víbora queda aplastada; el viborezno (3), que ha huido, vendrá más tarde; pero por ahora carece de dientes. Vete. Volveremos a hablar mañana.

---

(1) Era costumbre en Escocia que, al comenzar un festín, el anfitrión diera la bienvenida a todos sus invitados. Shakespeare insiste en este detalle para contrastar mejor entre los cumplimientos hipócritas que se cambian y la escena terrible que va a seguir.

(2) A esta bienvenida los invitados responden con una inclinación o gesto.

(3) *The worm*, diminuto de *grown serpent*, aunque en el lenguaje corriente se traduzca por gusano.

Sale el ASESINO

LADY MÁCBETH. — Mi real señor, no dais un ejemplo de alegría. Toda fiesta se agua si el que la ofrece no muestra a cada instante que la ofrece con gusto. Si no, el invitado prefiere quedarse en su casa. De otra parte, los agasajos son el mejor condimento, y toda reunión sin ellos parece desierta.

MÁCBETH. — ¡Dulce consejera...! Vamos, que una amena digestión secunde el apetito, y salud a los dos.

LÉNNOX. — ¿Tiene la bondad de sentarse vuestra alteza?

Entra el ESPECTRO DE BANQUO *y se sienta en el sitio de* MÁCBETH

MÁCBETH. — ¡La honra de nuestro país se hallaría aquí completa si estuviera presente la graciosa persona de nuestro Banquo, a quien más quiero culpar de negligente que deplorar por una desgracia!

ROSS. — Su ausencia, señor, inflige un vituperio a su promesa... ¿Se digna honrarnos vuestra alteza con su real compañía?

MÁCBETH. — Toda la mesa está ocupada (1).

LÉNNOX. — Aquí tenéis reservado un sitio, señor.

MÁCBETH. — ¿Dónde?

LÉNNOX. — Aquí, buen señor... ¿Qué es lo que turba a vuestra alteza?

MÁCBETH. — ¿Quién de vosotros ha hecho esto?

SEÑORES. — ¿Qué, buen señor?

MÁCBETH. — ¡Tú no puedes decirme que yo he sido...! ¡No agites contra mí tu ensangrentada cabellera...!

ROSS. — ¡Señores, levantaos; su alteza está indispuesto!

LADY MÁCBETH. — ¡Quietos, dignos amigos! Mi señor padece eso a menudo desde su juventud. ¡Os ruego que os sentéis! El trance es momentáneo; un instante y vuelve en sí.

---

(1) Mácbeth habla así porque todavía no ha distinguido el espectro.

Si reparáis mucho en él, le ofenderéis y aumentaréis su mal. Comed, y no hagáis caso... ¡Y sois hombre...!

MÁCBETH. — ¡Sí, y tan atrevido, que osa mirar cara a cara lo que espantaría al diablo...!

LADY MÁCBETH. — ¡Oh vana jactancia! Esa es una visión creada por vuestro miedo. Es el puñal aéreo que, según me dijisteis, os guiaba hacia Duncan. ¡Oh, esos sobresaltos y estremecimientos —parodia de un terror verdad— cuadrarían muy bien en un cuento de comadres citado junto al hogar, en invierno, con la aprobación de la abuela...! ¡La vergüenza misma...! ¿Por qué hacéis tales gestos? ¡Después de todo, no miráis más que a una silla...!

MÁCBETH. — ¡Por favor, ve allí! ¡Anda! ¡Mira, mira! ¿Qué dices ahora? ¡Qué! ¿Me importa? ¡Si puedes mover la cabeza, habla también...! ¡Si los cementerios y sus tumbas nos devuelven a los que enterramos, nuestros sepulcros serán los vientres de los buitres...! (1). *(Desaparece el espectro.)*

LADY MÁCBETH. — Qué, ¿la locura te ha exhombrado? (2).

MÁCBETH. — ¡Como estoy aquí, que le he visto!

LADY MÁCBETH. — ¡Quita allá! ¡Qué vergüenza...!

MÁCBETH. — ¡No es de ahora el derramar sangre! Se vertió en antiguos tiempos, cuando las leyes humanas no habían dulcificado las costumbres. Y aun después se cometieron asesinatos, cuyo relato aterra los oídos... Hubo un tiempo en que, saltados los sesos, el hombre moría y allí daba fin todo. Pero ahora los muertos resucitan con veinte heridas mortales en la cabeza y nos arrojan de nuestros asientos... ¡Y esto es más extraño que el crimen mismo!

LADY MÁCBETH. — Mi digno señor, vuestros nobles amigos os reclaman...

MÁCBETH. — Lo había olvidado... No reparéis en mí, mis

---

(1) *The naws of kites*, los estómagos de los milanos. Shakespeare ofrece un parecido en este pasaje con otro de la *Cornelia*, de su predecesor Kyd:

... The vultures and the crows.
Lyons and beares, are their best sepulchres.

(2) *Unmann'd in folly*, expresión poco menos que intraducible a una lengua que carezca de la elacticidad de la castellana. *Unman* significa privar de la calidad de hombre, y lady Mácbeth quiere decir que la locura no ha dejado nada de hombre en su marido.

muy dignos amigos. Padezco una extraña dolencia, sin importancia para los que me conocen (1). ¡Vamos, salud y amistad a todos! ¡Voy a sentarme servidme vino! ¡Llenad hasta los bordes...! (*Aparece el* ESPECTRO.) ¡Brindo por la alegría general de toda la mesa y por nuestro querido amigo Banquo, que nos falta! ¡Pluguiera a Dios que llegase...! ¡Por vosotros, por él! ¡Brindo por todos y para todos...!

SEÑORES. — ¡Saludamos, rendidos!

MÁCBETH. — ¡Atrás y apártate de mi presencia...! ¡Que la tierra te esconda! ¡Tus huesos son huesos! ¡Helada está tu sangre! ¡No tienes mirada en esos ojos que deslumbran...!

LADY MÁCBETH. — No veáis en esto, nobles pares, sino una cosa habitual; no es nada más. Sólo que enturbia el placer del momento.

MÁCBETH. — ¡Me atrevo a cuanto se atreva un hombre! ¡Acércate bajo la forma de un oso de Rusia (2), del rinoceronte armado o del tigre de Hircania (3). ¡Toma cualquier forma menos ésa, y no temblarán mis firmes nervios, o recobra la vida y desafíame en el desierto con tu espada, y si entonces me quedo en casa temblando, proclámame la muñeca de una muchacha...! ¡Fuera de aquí, sombra horrible...! (*Desaparece el* ESPECTRO.) ¡Vano fantasma, fuera...! Bien; así... Se fue... Vuelvo a ser hombre. Sentaos, os lo ruego.

LADY MÁCBETH. — Habéis nublado el contento, destruyendo la plácida reunión con unos extravíos que asombran a todos.

MÁCBETH. — ¿Pueden caer tales prodigios sobre nuestras cabezas, como nube de verano, sin provocar la estupefacción? Me hacéis dudar de mi propio valor cuando veo que podéis contemplar semejantes espectáculos y conservar el carmín

---

(1) He aquí lo que refuta completamente la opinión de los que han querido hacer de Mácbeth un alucinado o un loco, pues sabido que los locos no reconocen jamás su locura.

(2) En el *Enrique V* también presenta Shakespeare el oso de Rusia como objeto de terror.

(3) El tigre de Hircania está igualmente mencionado bajo el nombre de *Hyrcanian beast*, en *Hamlet* y en el *Enrique VI*. La forma *Hircan*, adoptada aquí por Shakespeare en vez de *Hyrcanian*, la autorizaban ya en su tiempo muchos escritores.

natural de vuestras mejillas, mientras las mías emblanquecen de miedo.

ROSS. — ¿Qué espectáculos, señor?

LADY MÁCBETH. — ¡Os suplico que no le habléis! Va de mal en peor. Toda pregunta le exaspera. Por consiguiente, ¡buenas noches! No os preocupéis por vuestros rangos y salid en seguida...

LÉNNOX. — ¡Buenas noches y mejórese vuestra majestad!

LADY MÁCBETH. — ¡Buenas noches a todos! *(Salen los señores y la comitiva.)*

MÁCBETH. — ¡Lo quiere la sangre, dicen! ¡La sangre llama a la sangre! (1). ¡Se ha visto moverse a las piedras y a los árboles hablar! Augures han revelado secretos, y por la voz de los cuervos, urracas y cornejas han denunciado al asesino más oculto... ¿Cómo va la noche?

LADY MÁCBETH. — En lucha con la mañana, mitad por mitad.

MÁCBETH. — ¿Qué piensas de Mácduff, que rehúsa rendirse a nuestra solemne invitación?

LADY MÁCBETH. — ¿Le mandasteis llamar, señor?

MÁCBETH. — Sé que se niega a venir; pero enviaré a alguno. No hay casa suya donde no tenga yo un espía. Mañana —y ha de ser temprano— iré a visitar a las hermanas fatídicas. Necesito que me digan más, porque ahora estoy resuelto a saber lo peor por los peores medios. ¡Es preciso que todo ceda ante mí! He ido tan lejos en el lago de la sangre, que si no avanzara más, el retroceder sería tan difícil como el ganar la otra orilla. Siento en la cabeza extrañas cosas que quieren pasar a mi mano y que hay que cumplir antes que se mediten.

LADY MÁCBETH. — Tenéis necesidad de lo que condimenta la naturaleza humana: el sueño.

MÁCBETH. — ¡Ven, vámonos a dormir! ¡La extraña ilusión que me he forjado es un miedo novel que desaparecerá con la práctica! ¡Somos todavía novicios en la acción...! (2). *(Salen.)*

---

(1) Proverbio citado frecuentemente por los contemporáneos de Shakespeare, en particular por Peele, que lo aprovecha en su drama *La batalla de Alcázar: blood will have blood.*

(2) En todo el teatro universal no existe escena tan difícil de interpretar

ESCENA V

LA LLANURA. TRUENOS (1)

Entra HÉCATE, *hallando a las tres* BRUJAS

BRUJA PRIMERA. — ¡Bien! ¿Qué hay, Hécate? ¿Estáis irritada?

HÉCATE. — ¿No tengo razón, brujas como sois, insolentes y audaces? ¿Cómo habéis osado comerciar y traficar con Mácbeth en enigmas y asuntos de muerte, y yo, la dueña de vuestros encantamientos, el agente secreto de todos los males, nunca he sido llamada a participar o manifestar la gloria de nuestro arte? Y lo que es peor: cuanto habéis hecho no ha sido sino en favor de un hijo caprichoso, despechado e iracundo, que, como los otros, no os ama por vosotras mismas, sino por sus propios fines. Reparad, pues, vuestras faltas, retiraos, y esperadme mañana en las cavernas de Aqueronte (2), donde él acudirá para conocer su destino. Preparad filtros, vuestros sortilegios, vuestros encantos y todas las demás cosas. Me remontaré en los aires y emplearé esta noche en la realización de un designio fatal. Antes de las doce se ha de consumar un gran acontecimiento. De la punta del cuerno de la Luna pende una gota de vapor (3) de misteriosa virtud. Yo la recogeré antes de que caiga sobre la tierra, y, destilada por artificios mágicos, hará surgir artificiales espíritus que, por la fuerza de su ilusión le precipitarán a su ruina. Despreciará el hado, se mofará de

---

como ésta, ni en que —contando con las más sombrías creaciones de la tragedia antigua— llegue a tal intensidad el horror.

Como observa Werder, para apreciarla hay que *entenderla*, hay que verla: en la lectura no es nada comparada con el vuelo sin igual que adquiere en la representación.

(1) En Shakespeare las reuniones de seres sobrenaturales como las brujas, se verifican siempre en tiempos tempestuosos y agitados.

(2) Así como la persona de Hécate se ha tomado a espaldas de la mitología griega en el mundo de las hadas de Occidente, así Aqueronte no es aquí el de la barca del infierno de los antiguos griegos, sino una cueva donde se dan cita las brujas.

(3) Esta gota de vapor parece jugar aquí el mismo papel que el *virus lunare* de los antiguos.

la muerte y llevará sus esperanzas por encima de la sabiduría, la piedad y el temor. Y vosotras lo sabéis: la confianza es el mayor enemigo de los mortales. *(Canción dentro:* «Venid, venid», etc.) (1). ¡Escuchad! Me llaman. Ved: mi pequeño duende cabalga en una brumosa nube y me reclama. *(Sale.)*

BRUJA PRIMERA. — Venid, vayámonos pronto. No tardará en volver. *(Sale.)*

ESCENA VI

FORRES. — SALÓN EN EL PALACIO

Entran LÉNNOX *y otro* SEÑOR

LÉNNOX. — Mis precedentes palabras no han hecho más que corroborar vuestros pensamientos, que pueden ir más lejos de la interpretación. Añadiré tan sólo que las cosas se han conducido de un modo extraño. El gracioso Duncan ha sido lamentado por Mácbeth... ¡Pardiez (2), estaba muerto...! En cuanto al valiente Banquo, paseó demasiado tarde... Podéis decir, si os place, que lo asesinó Fléance, pues Fléance ha

---

(1) Conviene advertir que el Folio no lleva más indicación escénica que estas simples palabras: *Sons, music* —canción, música—. Las que figuran después entre comillas no vienen sino al final del discurso de Hécate. Este canto de las brujas, *Come away, come away,* se halla en una pieza casi contemporánea de *Macbeth* titulada *La bruja —The Witch—*, de Middleton. Es muy probable que de aquí tomara Shakespeare la idea. Como dice A. Menzières, el gran trágico no se picaba de invención; cogía las cosas donde las hallaba, a semejanza de lo que más tarde había de hacer Molière. Por ello introdujo aquí las primeras palabras del canto de Middleton, que debía ser muy conocido de los actores, y que, sin duda, se cantaba íntegro hasta el fin de la escena. En cuanto a ésta, sospéchase que tampoco sea de Shakespeare, y los argumentos son serios. Los versos carecen de la manera shakespeariana, recuerdan el estilo de Middleton, y por si esto fuera poco, adolecen de extremadamente débiles. Darmesteter, por otra parte, ha probado la inutilidad de esta escena con razones de peso. Sin embargo, nosotros no nos atrevemos a ser tan severos. ¿Por qué no pudo Shakespeare haber hecho aquí una concesión al gusto del bajo público de sus teatros?

(2) *Marry,* interjección correspondiente a nuestro *¡pardiez!* Algunos dramáticos la hacen derivar de *Mary,* María, Madre de Dios, o como corrupción de *per Mariam.*

huido... No es conveniente pasearse demasiado tarde... ¿Quién no puede tener el pensamiento de que Málcolm y Donalbain, matando a su excelente padre, cometieron una acción monstruosa? ¡Crimen execrable...! ¡Qué aflige a Mácbeth...! ¿No traspasó en su piadosa rabia a los dos delincuentes, esclavos de la borrachera y cautivos del sueño? ¿No fue una noble acción? Sí, y prudente también; pues de haber negado estos hombres el hecho, nadie hubiera podido contenerse. En resumen: quiero decir que él ha dispuesto bien las cosas, y pienso que si tuviera bajo su llave a los hijos de Duncan —lo que no permitirá el cielo—, sabrían lo que es matar a un padre, y Fléance también. Pero ¡silencio!... Pues a causa de palabras imprudentes y por olvidarse de asistir a la fiesta del tirano, sé que Mácduff ha caído en desgracia. Señor, ¿podéis decirme dónde se ha refugiado?

SEÑOR. — El hijo de Duncan —cuyo tirano detenta su legítimo derecho— vive en la corte de Inglaterra, donde el muy piadoso Eduardo (1) le recibió tan favorablemente que la malevolencia de la fortuna no le ha privado de la alta distinción que merece. Allí ha ido Mácduff a suplicar al santo rey que le presten ayuda Northumberland y el belicoso Siward (2), a fin de que gracias a su socorro —y al del Altísimo, que ratificará la obra—, podamos restituir el alimento a nuestras mesas, el sueño a nuestras noches, liberar nuestras fiestas y banquetes de puñales sangrientos, rendir legítimos homenajes y recibir libremente honores, todas aquellas cosas por que suspiramos hoy día. Esta noticia ha exasperado de tal modo al rey, que está haciendo preparativos de guerra.

LÉNNOX. — ¿Y ha mandado a Mácduff que se presente?

SEÑOR. — Sí, y con un absoluto «señor, no», el siniestro

---

(1) Eduardo *el Confesor*. Todos estos detalles constan en la *Crónica* de Holinshed.

(2) Northumberland y Siward, que se designan aquí como dos personajes diferentes, no son en la referida *Crónica* más que uno solo. Shakespeare lo sabía; tanto que en el índice o *dramatis personæ*, escribe: "Siward, conde de Northumberland." Indudablemente, sufrió aquí una inadvertencia. Preferimos dejarla a poner nuestras manos en el texto. Basta con señalar el error.

mensajero volvió la espalda, como si dijera: «Os pesará el momento en que me embarace esta contestación.»

LÉNNOX. — Y cuyo aviso le habrá sido prudente para guardar la distancia que la previsión pondrá a su alcance. ¡Que algún santo ángel vuele a la corte de Inglaterra y emplee su misión (1) antes de que él llegue, con objeto de que una pronta bendición recaiga sobre nuestro país, que sufre bajo una mano maldita!

SEÑOR. — ¡Mis plegarias le acompañen! *(Salen.)*

UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
POTENTIOR EST
OMNIUM SAPIENTIA
FUNDADA EN 1620
QUITO

(1) *Hiss message* en el original. Parece que alude a la demanda de auxilio de Mácduff contra Mácbeth, porque el texto es más claro que la versión.

ACTO CUARTO

ESCENA PRIMERA

UNA CAVERNA OSCURA. EN EL CENTRO, UNA CALDERA EN EBULLICIÓN. TRUENOS

Entran las tres BRUJAS

BRUJA PRIMERA (1). — Tres veces el gato listado maulló.
BRUJA SEGUNDA. — Tres y una el erizo a lamentos implora.
BRUJA TERCERA. — La arpía ha gritado: «¡Ya es hora, ya es hora!»

BRUJA PRIMERA

Giremos en torno de la ancha caldera,
y cuaje los filtros de la roja lumbrera.
Oculto alacrán que en las peñas sombrías
sudaste veneno por treinta y un días,
sé tú quien se cueza de todos primero
al fuego del bodrio que dora el caldero.

(1) No hemos podido substraernos al deseo de dar al lector el ritmo y rima del original, más que el pálido sentido de la versión en prosa. Hela a continuación:

BRUJA 1.ª Tres veces el gato atigrado ha maullado.
BRUJA 2.ª Tres y una el erizo ha gemido.

TODAS

¡No cese, no cese el trabajo, aunque pese!
¡Que hierva el caldero y la mezcla se espese!

BRUJA SEGUNDA

Echemos el lomo de astuta culebra;
su unión con el caldo el infierno celebra;
garguero de buitre y de vil renacuajo;
alas de murciélago, pies de escarabajo,
ojos de lagarto, lengua de mastín,
plumas de lechuza y piel de puercoespín.
Así nuestro hechizo, y al hado le pese,
desgracias y horrores igual contrapese.

TODAS

¡No cese, no cese el trabajo, aunque pese!
¡Que hierva el caldero y la mezcla se espese!

BRUJA 3.ª La arpía grita: "¡Es tiempo, es tiempo!"

BRUJA 1.ª Giremos alrededor de la caldera y echemos entrañas emponzoñadas. Alacrán, que bajo la fría piedra, durante treinta y un días y noches has formado, durmiendo, el veneno que exudas, sé el primero en el bodrio encantado.

LAS TRES. ¡Redoblen, redoblen, fatiga y turbación!
¡Fuego, quema; y caldero hierve!

BRUJA 2.ª Lomo de culebra pantanosa, en el caldero cuece y hierve. Ojos de lagartija y dedos de rana, pelos de murciélago y lengua de perro. Dientes de víbora y dardos de escorpión, garras de gavilán y alas de lechuza, para hacer un encantamiento de turbación potente, coced revueltos como un filtro de infierno.

LAS TRES. ¡Redoblen, redoblen, fatiga y turbación!
¡Fuego, quema; y caldero hierve!

BRUJA 3.ª Escamas de dragón, dientes de lobo, humor de momia, garguero y fauces de voraz tiburón, raíz de cicuta arrancada en las tinieblas, hígado de judío blasfemo, hiel de macho cabrío y ramas de abeto cortadas en noche de eclipse lunar, nariz de turco y labios de tártaro, dedos de un niño lanzado por su madre a un foso y estrangulado al nacer, haced la masa espesa y viscosa y añadid al caldero, entrañas de tigre como ingrediente.

LAS TRES. ¡Redoblen, redoblen, fatiga y turbación!
¡Fuego, quema; y caldero hierve!

BRUJA 2.ª Podéis enfriarlo con sangre de mono y el hechizo estará bien.

BRUJA TERCERA

Colmillos de lobo, fauces de dragón,
humores de momia, hiel de tiburón,
sacrílegas manos de infame judío,
infectas entrañas de macho cabrío,
raíz de cicuta de noche cogida
—que en la extraña mezcla será bienvenida—;
abeto tronchado con luna eclipsada;
de tártaro, labios; de turco, quijada;
los dedos de un niño ahogado al nacer
y echado en un pozo por mala mujer.
Con todo esto el caldo comience a cocer.
Y para pujanza del filtro hechicero,
añádanse tripas de tigre al caldero.

TODAS

¡No cese, no cese el trabajo, aunque pese!
¡Que hierva el caldero y la mezcla se espese!

BRUJA SEGUNDA

Con sangre de mono enfriará el caldo impuro;
lanzadla en el bodrio y acabó el conjuro.

Entran HÉCATE *y las otras tres* BRUJAS

HÉCATE (1)

¡Muy bien! Agradezco el trabajo emprendido.
La reina ha de daros el premio ofrecido.
Y ahora, todas juntas, al son del hervor,
como hadas y silfos cantad en redor,
y tenga este filtro su poder mayor.

Música y canto: «*Espíritus negros*» (2), etc.

---

(1) En prosa: "Muy bien; aplaudo vuestro trabajo. Cada una de vosotras llevará una parte en la ganancia. Ahora cantad alrededor de la caldera como los silfos y hadas para hechizar lo que hay dentro."

(2) Como dijimos en otra ocasión, este principio de cántico *Black spirits* son las primeras palabras de unos versos de *La bruja*, de Middleton, que desde la primera edición se interpolan aquí.

Sale HÉCATE

BRUJA SEGUNDA

Por el picor de mis dedos
noto que llega el infame.
¡Cerrojos, puertas, abríos,
llame quien llame! (1).

Entra MÁCBETH

MÁCBETH

Siniestras torvas, misteriosas brujas,
negros fantasmas de la medianoche,
¿qué estáis haciendo? (2).

TODAS. — ¡Una obra sin nombre...!

MÁCBETH. — Pues ¡por ese poder de que os jactáis, y cuya procedencia ignoro, os conjuro a que me contestéis! Aunque tengáis que desatar los huracanes y lanzarlos contra las iglesias; aunque las espumosas olas confundan y traguen las embarcaciones; aunque se marchiten los trigos en cierne y se arranquen de cuajo los árboles; aunque los castillos se desplomen sobre sus dueños; aunque los palacios y las pirámides junten su base con su cumbre; aunque rueden revueltos el Sol y la Luna y los gérmenes todos de la naturaleza, hasta agotar la misma destrucción, respondedme.

BRUJA PRIMERA. — Habla.

BRUJA SEGUNDA. — Pregunta.

BRUJA TERCERA. — Contestaremos.

BRUJA PRIMERA. — Di, ¿prefieres oírlo de nuestros labios o de nuestros superiores?

MÁCBETH. — ¡Evocadlos, que los vea!

BRUJA PRIMERA. — Mezclemos sangre de cerda que haya de-

(1) En prosa: "Conozco por la picazón de mis pulgares que se dirige hacia aquí un maldito. ¡Cerrojos, abríos, llame quien sea!"

(2) La versión en prosa no difiere nada.

vorado sus nueve lechoncillos con grasa exudada por la cuerda de un ahorcado y vertámoslo todo en el fuego.

TODAS. — ¡Muéstrate, espíritu, muéstrate en tu ser! ¡Muéstrate, espíritu, muestra tu poder! (1).

Truenos. Aparición de una cabeza cubierta con casco (2)

MÁCBETH. — ¡Dime, poder desconocido...!

BRUJA PRIMERA. — Sabe lo que piensas. Escucha y calla.

APARICIÓN. — ¡Mácbeth! ¡Mácbeth! ¡Mácbeth! ¡Guárdate de Mácduff! ¡Guárdate del thane de Fife! ¡Dejadme...! ¡Basta! *(Desciende.)*

MÁCBETH. — Quienquiera que seas, gracias por tu buen consejo. Heriste las cuerdas de mi temor. Pero ¡una palabra todavía!...

BRUJA PRIMERA. — No admite mandatos... He aquí otro más poderoso que el primero.

Truenos. Aparición de un niño ensangrentado (3)

APARICIÓN. — ¡Mácbeth! ¡Mácbeth! ¡Mácbeth...!

MÁCBETH. — ¡Tres oídos que tuviera, con los tres te escucharía...!

APARICIÓN. — ¡Sé sanguinario, valiente y atrevido! ¡Búrlate del poder del hombre, pues ninguno dado a luz por mujer puede dañar a Mácbeth! *(Desciende.)*

MÁCBETH. — ¡Vive entonces, Mácduff! ¿Qué puedo temer de ti? Pero me aseguraré y será la mejor garantía del Destino. ¡No vivirás, para decirle al temor de corazón pálido que mintió y dormir a despecho del trueno!

Truenos. Aparición de un niño coronado, con una rama en su diestra (4)

---

(1) En prosa, literalmente: "Ven, superior o inferior, y muestra tu poder en ti mismo con destreza."

(2) Como observan Upton y Steevens, la primera aaprición representa la cabeza de Mácbeth cortada y ofrecida por Mácduff a Málcoim.

(3) Esta aparición simboliza a Mácduff saliendo sangrante del vientre de su madre.

(4) Steevens explica también esta aparición con un símbolo: el real Mál-

¿Quién es ése que se eleva, parecido al descendiente de un rey, y que ciñe sobre sus sienes de niño la corona y emblema de la soberanía?

TODAS. — Escucha y no hables.

APARICIÓN. — Sé como el león; ten arrogancia, y no te cuides de lo que proteste, se agite o conspire contra ti. Mácbeth no será nunca vencido hasta que el gran bosque de Birnam (1) suba marchando para combatirle a la alta colina de Dusinane. *(Desciende.)*

MÁCBETH. — ¡Jamás eso será! ¿Quién puede movilizar un bosque ni mandar al árbol que arranque su raíz del seno de la tierra? ¡Gratas predicciones! ¡Bien! ¡No alces la cabeza, rebelión, hasta que ande el bosque de Birnam, y nuestro gran Mácbeth vivirá en todo su esplendor al plazo de naturaleza, pagando su tributo y costumbre mortal...! Pero mi corazón ansía saber otra cosa. Decidme —si vuestro arte alcanza a tanto—: la estirpe de Banquo ¿reinará en este país?

TODAS. — No pretendas saber más.

MÁCBETH. — ¡Quiero estar satisfecho! ¡Negádmelo y una eterna maldición caiga sobre vosotras! ¡Que lo sepa...! ¿Por qué se hunde esa caldera y qué música (2) es ésa? *(Oboes.)*

BRUJA PRIMERA. — ¡Mostraos!

BRUJA SEGUNDA. — ¡Mostraos!

BRUJA TERCERA. — ¡Mostraos!

TODAS. — ¡Mostrad a sus ojos (3) y su alma entristeced! ¡Venid y, cual sombras, desapareced!

Aparecen ocho REYES (4), *que cruzan la escena en orden; el último con un espejo en la mano.* BANQUO *los sigue*

---

colm dando orden a sus soldados para que se cubran con las ramas de los árboles de Birnam.

(1) El bosque de Birnam se halla a unas doce millas inglesas del castillo fuerte que habitaba Mácbeth sobre la colina de Dunsinane.

(2) *Noise, ruido,* que en los antiguos poetas era sinónimo de música.

(3) *Show his eyes.* Los pareados que escribimos significan exactamente lo que los ingleses, de que vertemos.

(4) Estos ocho reyes de la raza de Banquo no son otros que los ocho Estuardos que reinaron en Escocia desde 1370 a 1625; esto es: Roberto II, Roberto III, Jacobo I, Jacobo II, Jacobo III, Jacobo IV, Jacobo V y Ja-

MÁCBETH. — Eres muy parecido al espectro de Banquo. ¡Aléjate! ¡Tu corona calcina mis pupilas...! ¡Y tu cabellera, ceñida de otro círculo de oro, es como la del primero...! ¡Un tercero como el anterior...! ¡Infames brujas! ¿Por qué me mostráis esto...? ¡Un cuarto...! ¡Saltad, ojos! ¡Qué! ¿La línea se extiende hasta el estallido del juicio final...? ¡Otro todavía...! ¡Un séptimo...! ¡No quiero ver más...! ¡Y aún aparece el octavo, que lleva un espejo donde me muestra muchos más! ¡Y algunos miro que llevan dobles coronas y triples cetros...! (1). ¡Horrible visión...! Ahora lo comprendo; es verdad, pues el ensangrentado Banquo me sonríe señalándomelos como su linaje... Qué, ¿eso es así?

BRUJA PRIMERA. — Sí, señor; todo es así; pero ¿por qué Mácbeth se queda tan estupefacto? Venid, hermanas; alegremos su espíritu y mostrémosle el mejor de nuestros divertimientos. Voy a hechizar el aire para que surja una música mientras formáis vuestro antiguo corro. Que este gran rey pueda decir amablemente que nuestros homenajes han festejado su vida.

Música. Las BRUJAS *danzan y se desvanecen*

MÁCBETH. — ¿Dónde están...? ¿Desaparecieron? ¡Que esta hora funesta quede maldita en el calendario...! ¡Venid aquí dentro!

Entra LÉNNOX

LÉNNOX. — ¿Qué desea vuestra gracia?
MÁCBETH. — ¿Visteis a las hermanas fatídicas?
LÉNNOX. — No, señor.

---

cobo VI. Se advertirá que Shakespeare no hace mención alguna de María Estuardo, que no fue reconocida por los ingleses. Y no hay que decir que, falleciendo el gran poeta en 1616, era imposible que hablara de los Estuardos que siguieron: Carlos I, Carlos II y Jacobo II de Inglaterra. Shakespeare, a juzgar por las palabras de Mácbeth, creyó que la línea de los Estuardos no se extinguiría tan pronto.

(1) Evidente alusión a Jacobo VI de Escocia, más tarde Jacobo I de Inglaterra, que ya era portador, en efecto, de dos coronas: la de su madre, María Estuardo, y la de su parienta la reina Isabel. El tercer cetro es el de Irlanda, independiente en tiempos del dramaturgo.

MÁCBETH. — ¿No pasaron por vuestro lado? (1).

LÉNNOX. — De veras que no, señor.

MÁCBETH. — ¡Que se corrompa el aire donde cabalgan, y maldito quien crea en ellas...! Me ha parecido oír galopar de caballos. ¿Llegó alguien?

LÉNNOX. — Dos o tres, señor, con la noticia de que Mácduff ha huido a Inglaterra.

MÁCBETH. — ¿Que ha huido a Inglaterra?

LÉNNOX. — Sí, buen señor.

MÁCBETH. — ¡Tiempo, frustras mis terribles empresas! Los proyectos fugitivos nunca se alcanzan, a menos que los acompañe la acción. Desde ese momento las primicias de mi corazón serán las primicias de mi mano. Y, por tanto, para que los actos coronen mi pensamiento de que lo que se diga se haga, sorprenderé el castillo de Mácduff, tomaré Fife y pasaré a filo de espada a su mujer, a sus hijos y a todos los desgraciados que pertenezcan a su raza. ¡Nada de fanfarronadas! ¡El acto se consumará antes de enfriarte la intención! Pero ¡no más visiones!... ¿Dónde están esos caballeros? ¡Venid, llevadme adonde se encuentren!

ESCENA II

FIFE. — SALÓN EN EL CASTILLO DE MÁCDUFF (2)

Entran LADY MÁCDUFF, *su hijo y* ROSS

LADY MÁCDUFF. — ¿Qué había hecho que le obligara a huir de su país?

ROSS. — Tened paciencia, señora.

---

(1) Para comprender este diálogo hay que suponer que Lénnox había acompañado a Mácbeth a la caverna de las brujas y que esperaba su vuelta a, la entrada. Y pues Lénnox no ha visto a las brujas, es que no salieron por la puerta, sino que se desvanecieron en el aire, como lo justifica lo que sigue.

(2) Sobre la costa de Fifeshire, a tres millas de Dysart, se levantan dos torres cuadrangulares, que se supone son las ruinas del castillo de Mácduff. Sin embargo, no son éstas solas las ruinas que reivindican el honor de haber abrigado a la mujer y a los niños de Mácduff cuando fueron sorprendidos y degollados por los asesinos al servicio de Mácbeth.

LADY MÁCDUCF. — No la tuvo él. Su fuga ha sido una locura. Porque ya que no nuestros actos, nuestros temores serían los que nos acusaran de traición.

ROSS. — Ignoráis qué haya sido, si prudencia o temor.

LADY MÁCDUFF. — ¡Prudencia! ¿Abandonar a su mujer, abandonar a sus hijos, su casa, sus títulos, en un lugar de donde él mismo se evade? No, no nos ama; carece de sensibilidad. Pues el pobre reyezuelo, el más diminuto de los pájaros, defenderá en su nido a sus crías contra la lechuza. Sobra de miedo y ningún amor, como poca prudencia, es una fuga tan precipitada contra toda razón.

ROSS. — Mi querida prima, instruíos vos misma. En cuanto a vuestro esposo, es noble, prudente, juicioso y conoce mejor que nosotros la crisis de los tiempos. No me atrevo a decir más; pero éstos son crueles cuando somos traidores sin que lo sepamos nosotros mismos; cuando sabemos que tenemos motivos para temer y no sabemos lo que tememos; cuando nos agitamos aquí y allá, sobre una mar agitada y violenta. Me despido de vos. En seguida estaré de retorno. Las cosas, llegadas a lo peor, descienden o se quedan en donde estaban antes. ¡Mi hermoso primo, la bendicion sobre vos!

LADY MÁCDUFF. — Tiene padre y, sin embargo, está sin padre.

ROSS. — Soy un insensato, ya que, si tardara en partir, me perdería y os comprometería. Os abandono de prisa. *(Sale* Ross.)

LADY MÁCDUFF. — Picarillo, vuestro padre ha muerto. ¿Qué haréis ahora? ¿Cómo os mantendréis?

HIJO. — Como los pájaros, madre.

LADY MÁCDUFF. — Qué, ¿con gusanos y moscas?

HIJO. — Con lo que encuentre; como ellos, quiero deciros.

LADY MÁCDUFF. — ¡Pobre pajarillo! ¿No temerás trampas, lazos, ligas ni redes?

HIJO. — ¿Por qué, madre? Ellas no se colocan para pájaros humildes (1). Mi padre no ha muerto, a pesar de lo que decís.

---

(1) No es preciso advertir que todo esta escena llena de ternura y emoción —que suprimió Schiller por parecerle demasiado terrible cuando vertió e hizo representar *Mácbeth* en el teatro de Weimar—, está forjada con la intención de recalcar aún más la repulsiva conducta de Mácbeth.

LADY MÁCDUFF. — Sí que ha muerto. ¿Qué harás para encontrar un padre?

HIJO. — Y vos, ¿qué haréis para encontrar un marido?

LADY MÁCDUFF. — ¡Bah, puedo comprarme veinte en cualquier mercado!

HIJO. — Entonces, ¿los compraréis para volver a venderlos?

LADY MÁCDUFF. — Hablas con toda tu inteligencia y, por cierto, bastante para tu edad.

HIJO. — ¿Era mi padre un traidor, madre?

LADY MÁCDUFF. — Sí, eso era.

HIJO. — ¿Qué es un traidor?

LADY MÁCDUFF. — Pues uno que jura y miente.

HIJO. — ¿Y son traidores todos los que hacen eso?

LADY MÁCDUFF. — Quienquiera que lo haga, es un traidor, y debe ser ahorcado.

HIJO. — ¿Y debe ahorcarse a cuantos juran y mienten?

LADY MÁCDUFF. — A todos.

HIJO. — ¿Quién debe ahorcarlos?

LADY MÁCDUFF. — Pues los hombres de bien.

HIJO. — Entonces, los juradores y mentirosos son imbéciles, pues hay bastantes juradores y mentirosos para apoderarse de los hombres de bien y ahorcarlos.

LADY MÁCDUFF. — ¡Que Dios te ayude ahora, pobrecito mono! (1). Pero ¿cómo haréis para tener un padre?

HIJO. — Si ha muerto, le lloraréis. Si no lloráis, es señal segura de que pronto tendré un nuevo padre.

LADY MÁCDUFF. — ¡Pobre habladorcillo! ¡Cuánto charlas!

Entra un MENSAJERO

MENSAJERO. — Dios os bendiga, noble dama No me conocéis, aunque yo conozco perfectamente vuestro rango. Sospecho que os amenaza de cerca un peligro. Si queréis aceptar el consejo de un hombre honrado, no permanezcáis aquí; huid con vuestros niños. Al asustaros de ese modo, comprendo que soy demasiado bárbaro; pero peor sería no advertiros

(1) Término de ternura —*poor monkey*— que se traslada sin violencia a nuestra lengua, y que podría verterse también por "¡monín mío!", frase familiar.

de la gran crueldad que tan próxima se halla de vuestra persona. El cielo os guarde. No me atrevo a estar más tiempo.

Sale el MENSAJERO

LADY MÁCDUFF. — ¿Dónde huir? No he hecho ningún daño. Pero recuerdo ahora que estoy en un mundo donde hacer mal es frecuentemente laudable, y hacer bien es algunas veces locura peligrosa. ¿Por qué entonces, ¡ay!, servirme de esta defensa de mujer, que se reduce a decir: «Yo no he hecho mal ninguno»...? ¿Qué figuras son éstas? (1).

Entran ASESINOS (2)

ASESINO. — ¿Dónde está vuestro marido?

LADY MÁCDUFF. — Supongo que no en un lugar tan infame para que un hombre como tú pueda descubrirle.

ASESINO. — ¡Es un traidor!

HIJO. — ¡Mientes, canalla de orejas peludas! (3).

ASESINO. — ¡Qué huevo...! *(Le apuñala.)* ¡Cachorro de traidor!

HIJO. — ¡Me ha matado, madre! ¡Salvaos! *(Muere.)*

(Sale LADY MÁCDUFF *gritando: "¡Asesino!", y perseguida por los* ASESINOS.)

ESCENA III

INGLATERRA. — SALÓN EN EL PALACIO

Entran MÁLCOLM *y* MÁCDUFF

MÁLCOLM. — Busquemos algún paraje solitario, y allí lloremos hasta desahogar nuestros tristes corazones.

MÁCDUFF. — Empuñemos, por el contrario, la espada mortí-

---

(1) Como dice Damesteter, hay todo un drama enorme en estas cuatro palabras.

(2) Se supone que sean los mismos que asesinaron a Banquo.

(3) *Shogge-ear'd villaine,* dice el Folio. Generalmente, se adopta la lección *shag-hair'd* —de cabellos erizados—, y así parece que se representaban

fera y, como unos bravos, protejamos con nuestros cuerpos nuestra patria que sucumbe. Cada día gimen nuevas viudas, gritan nuevos huérfanos, nuevos dolores hieren la cara del cielo, que retumba, como si, sufriendo con Escocia, lanzara con ella un mismo lamento de dolor.

MÁLCOLM. — Lloraré por lo que crea, creeré lo que sepa, y cuando la ocasión se muestre propicia dirigiré lo que pueda ser dirigido. Quizá sea cierto lo que decís...; pero ese tirano, cuyo solo nombre cubre de ampollas nuestra lengua, era tenido por honrado, y vos mismo le amasteis. Aún no os ha ofendido. Soy joven; pero, gracias a mí, podríais obligarle, y quién sabe si sacrificar a un pobre, débil e inocente cordero para aplacar la cólera de un dios.

MÁCDUFF. — No soy traidor.

MÁLCOLM. — Pero lo es Mácbeth. Un alma buena y generosa puede ceder a una orden imperial... Mas os pido perdón. Lo que sois no pueden cambiarlo mis pensamientos. Los ángeles brillan siempre, aunque el más brillante cayera. Si la infamia tomara el mismo rostro de la virtud, la virtud no dejaría por ello de parecerse menos a sí misma.

MÁCDUFF. — Perdí mis esperanzas.

MÁLCOLM. — Quizá donde yo encontré mis dudas. ¿Por qué habéis abandonado tan precipitadamente a vuestra esposa y vuestros niños, estos preciosos móviles de nuestras acciones, estos poderosos nudos de amor, sin un adiós siquiera? Os lo suplico: ved en mis sospechas, no afrentas para vos, sino mi propia seguridad... Podéis ser un hombre sincero, piense yo lo que quiera...

MÁCDUFF. — ¡Sangre, sangre, pobre patria...! ¡Poderosa tiranía, afírmate en tu base, pues la virtud no osa combatirte! ¡Porta tus males, patria, porque el derecho legítimo siente miedo...! Conservaos bien, señor. No quisiera ser el miserable que te imaginas ni por todo el espacio de tierra que se halla en las garras del tirano y las riquezas del Oriente.

MÁLCOLM. — No os ofendáis; no hablo así por desconfianza absoluta de vos. Creo que nuestra patria sucumbe bajo el

---

los asesinos en los teatros de Shakespeare *The Globe y Blackfrirs;* sin embargo, no deja de ser exacto, original e impresionante lo de "orejas peludas", y preferimos, por respeto, el texto original.

yugo; llora, sangra y cada día añade una llaga a sus heridas. Creo también que muchas manos se alzarían para defender mis derechos; y aquí, el gracioso rey de Inglaterra (1) acaba de ofrecerme algunos millares de bravos; pero, a pesar de todo, aun cuando pusiera el pie sobre la cabeza del tirano, o la clavara en la punta de mi espada, mi pobre patria tendría más vicios que antes; sufriría más y por más motivos que nunca bajo lo que le sucedería.

MÁCDUFF. — ¿Qué sería ello?

MÁLCOLM. — Me refiero a mí mismo. A mí mismo, en quien siento tan hondamente arraigados toda clase de vicios que, cuando se declaran abiertos, el negro Mácbeth parecería más puro que la nieve, y la pobre Escocia le miraría como un cordero al compararle con el daño sin freno que yo le causaría.

MÁCDUFF. — En las regiones del horrible infierno no existe un demonio tan maléfico como Mácbeth.

MÁLCOLM. — De acuerdo que es sanguinario, lujurioso, falso, avaro, pérfido, malvado, violento, hediendo a cuantos vicios tienen nombre. Pero no siente, no, el fondo de ninguna de mis voluptuosidades. Vuestras mujeres, vuestras hijas, vuestras matronas y vuestras doncellas no podrían colmar la cisterna de mis apetitos, y mis deseos derribarían todos los obstáculos que se opusieran a mi voluntad. ¡Mejor Mácbeth que semejante rey!

MÁCDUFF. — La intemperancia sin límites es una tiranía de la naturaleza y causa de la prematura caída de los tronos prósperos y de la vida de muchos reyes. Pero no tengáis tanto miedo en tomar lo que os pertenece. Podéis satisfacer vuestros placeres en larga medida y aparecer indiferente, engañando así al mundo. Tenemos bastantes damas voluntariosas. No es posible que el buitre que reside en vos devore tanto como ha de ofrecérsele cuando se percaten de vuestra inclinación...

MÁLCOLM. — Por otra parte, en mi muy perversa constitución se desarrolla una avaricia tan insaciable que, si fuera rey, suprimiría los nobles para apoderarme de sus tierras; codiciaría las alhajas de éste y las casas de aquél; y el

(1) *Gracious England* designa en persona al rey Eduardo *el Confesor.*

crecimiento de mis propiedades sería como un estimulante que redoblaría mi apetito; buscaría injustas contiendas contra los buenos y leales, a fin de destruirlos para agarrar sus bienes.

MÁCDUFF. — Esa avaricia penetra a mayores profundidades y echa raíces más nocivas que la lujuria, flor del estío (1). Ha sido la espada que ha asesinado a nuestros reyes. Pero no temáis: Escocia amontona riquezas que saciarían vuestros deseos, vuestra propia hacienda. Todo eso es soportable, compensado con otras virtudes.

MÁLCOLM. — Pero no tengo ninguna. Las virtudes que tanto esplendor dan a los reyes: la justicia, la verdad, la templanza, la constancia, la bondad, la perseverancia, la merced, la clemencia, la piedad, la paciencia, el valor, la fortaleza no encuentran en mí el menor rastro; pero, en cambio, siento todas y cada una de las malas pasiones, para practicarlas bajo distintas maneras. Sí, de yo alcanzar el poder, vertería en el infierno el dulce bálsamo de la concordia; sublevaría la paz universal, confundirla toda la armonía de la tierra.

MÁCDUFF. — ¡Oh Escocia! ¡Escocia!

MÁLCOLM. — ¡Si tal hombre es digno de reinar, habla! ¡Soy como he dicho!

MÁCDUFF. — ¡Digno de reinar! ¡No, ni de vivir...! ¡Oh nación miserable, bajo un tirano usurpador de cetro ensangrentado! ¿Cuándo brillará para ti el día de la felicidad, pues el más legítimo heredero de tu trono se maldice a sí mismo y reniega de su raza? ¡Tu real padre era un santo rey, y la reina que te acarició en su regazo, más veces genuflexa que levantada, murió cada día que vivió...! ¡Adiós! ¡Los vicios que acumulas sobre ti mismo me han desterrado de Escocia! ¡Oh corazón mío! ¡Aquí dio fin tu esperanza!

MÁLCOLM. — Mácduff, esa noble emoción, hija de la integridad, ha ahuyentado de mi alma las negras sospechas y reconciliado mis pensamientos con tu lealtad y honor. El infernal Mácbeth, por maniobras de este género, ha intentado

---

(1) Casi todas las ediciones dicen *Than summer-seeding lust*. Nosotros adoptamos la del Folio: *Summer-seeming Lust*, pues no creemos que deba corregirse nada en este caso. La lujuria es cálida como el estío. La avaricia, con sus hondas raíces, es fruto otoñal o invernal.

atraerme a su poder, y una prudencia circunspecta (1) me defiende de una credulidad demasiado precipitada. Pero ¡que el Altísimo interceda entre tú y yo! Pues desde este instante me abandono a tu dirección y me retracto del mal que he dicho de mí mismo. Abjuro aquí, como extraños a mi naturaleza, de las acusaciones y baldones que sobre mí mismo lancé. Ignoro todavía lo que es una mujer, jamás he sido perjuro y apenas he codiciado lo que me pertenece. En ningún momento he faltado a mi palabra, ni denunciaría al diablo a otro diablo, y amo la verdad tanto como la vida. Mi primera mentira es la que acabo de proferir contra mí. Lo que soy en realidad está a tu disposición y a la de mi pobre patria. Antes de tu llegada (2), el viejo Siward, con diez mil guerreros dispuestos y equipados, estaba a punto de partir. ¡Ahora iremos juntos, y quizá la suerte de nuestro éxito se halle tan segura como la justicia de nuestra causa...! ¿Por qué guardáis silencio?

MÁCDUFF. — Es difícil conciliar a la par cosas tan agradables y desagradables.

Entra un MÉDICO

MÁLCOLM. — ¡Bien! Hablaremos pronto... ¿Va a salir el rey?

MÉDICO. — Sí, señor; hay allí una turba de infelices que esperan de él su curación. Su enfermedad desafía todos los esfuerzos del arte; mas, en cuanto les toca —tal es la santidad que el cielo ha concedido a su mano—, se restablece inmediatamente. *(Salen.)*

MÁLCOLM. — Gracias, doctor.

MÁCDUFF. — ¿De qué enfermedad se trata?

MÁLCOLM. — La llaman lamparones (3). Es una cura milagrosa de este virtuoso príncipe, que varias veces, desde que vine a Inglaterra, se la he visto hacer. De cómo se entiende

(1) *Modest*, que implica siempre en Shakespeare una idea de moderación o de reserva.

(2) *Here approach*, palabra forjada por Shakespeare, que significa "tu llegada de aquí".

(3) *The evil*, lamparones, escrofulismo, *el mal de rey*. Todo este pasaje está inspirado en lo que cuenta la *Crónica* de Holinshed de Eduardo *el Confesor*.

con el cielo, mejor lo sabe él que nosotros; pero personas atacadas de extrañas dolencias, hinchadas y cubiertas de úlceras que daba lástima verlas, desahuciadas de la medicina las cura colgándoles del cuello una medalla de oro mientras recita piadosas oraciones. Se dice que legará a los reyes que le sucedan este sagrado poder de curar. Con otra rara virtud: que posee el don celeste de la profecía, y las muchas bendiciones que rodean su trono nos hablan de hallarse en estado de gracia. (*Entra* Ross.)

MÁCDUFF. — ¡Ved quién viene aquí...!

MÁLCOLM. — Uno de mis compatriotas; pero no le conozco...

MÁCDUFF. — ¡Mi gentilísimo primo! ¡Bien venido seais...!

MÁLCOLM. — ¡Ahora le conozco...! ¡Dios misericordioso! ¡Aleja pronto las causas que nos convierten en extranjeros...!

ROSS. — ¡Amén, señor!

MÁCDUFF. — ¿Sigue Escocia como estaba?

ROSS. — ¡Ay pobre patria! ¡Apenas se conoce a sí misma! No puede llamarse nuestra madre, sino nuestra tumba; donde nada (1) sonríe sino el que nada sabe; donde los lamentos, los gemidos y los gritos que desgarran los aires pasan inadvertidos; donde los dolores más violentos se tienen por emociones vulgares (2). La campana de difuntos toca sin que se pregunte por quién, y las vidas de los bravos expiran antes que las flores de sus sombreros, que, sin enfermar, mueren.

MÁCDUFF. — ¡Oh relato demasiado minucioso, y, no obstante, demasiado verdadero!

MÁLCOLM. — ¿Cuán es la más reciente desgracia?

ROSS. — La que data de una es ya tan antigua que olvida la que anuncia, pues cada minuto trae una nueva.

MÁCDUFF. — ¿Cómo está mi esposa?

ROSS. — Pues... bien.

MÁCDUFF. — ¿Y mis niños?

ROSS. — Bien, igualmente.

MÁCDUFF. — ¿No ha turbado el tirano su paz?

ROSS. — No; bien en paz estaban cuando los dejé...

---

(1) *Nothing*, nadie se toma aquí por *no one no body*, que hace dar al pensamiento de Shakespeare más energía.

(2) *A modern ecstasy*. Con el mismo sentido se emplea la palabra *modern* en *Romeo y Julieta* (acto III, escena II).

MÁCDUFF. — No seáis avaro (1) de vuestras palabras. ¿Qué ocurre?

ROSS. — Cuando llegué aquí para comunicar las noticias de que yo era, desgraciadamente, portador, corría el rumor de que se habían alistado gran número de valientes para la campaña, lo que he creído al ver agruparse en pie de guerra las tropas del tirano (2). Este es el momento de venir en ayuda. Vuestra presencia en Escocia crearía soldados, armaría hasta a las mujeres para librarse de tantos males.

MÁLCOLM. — Que se consuelen. Iremos allá. El gracioso rey de Inglaterra nos ha prestado diez mil hombres y el bravo Siward. La cristiandad no ofrece más antiguo y mejor soldado...

ROSS. — ¡Plegue al cielo que pueda corresponder a estas noticias consoladoras con otras iguales! Pero ¡tengo palabras que debieran lanzarse en un desierto donde ningún oído las escucharal...

MÁCDUFF. —¿A quién interesan? ¿A la causa general? ¿O no es más que un dolor particular que no debe herir sino a un solo corazón?

ROSS. — No existe alma honrada que no tenga su parte, aunque la principal os concierne a vos solo...

MÁCDUFF. — Si me pertenece, no la retengáis; en seguida que yo la posea...

ROSS. — ¡Que vuestros oídos no desprecien mi lengua, que va a herirles con las más terribles palabras que hayan podido escucharse!

MÁCDUFF. — ¡Hum! Adivino...

ROSS. — Vuestro castillo ha sido sorprendido; vuestra esposa y vuestros niños, bárbaramente asesinados. ¡Contaros cómo, sería agregar vuestra muerte a esa matanza...!

MÁLCOLM. — ¡Cielos piadosos...! ¡Qué, amigo! ¡No hundáis el sombrero sobre vuestros ojos! Dad palabras al dolor. La desgracia que no habla murmura en el fondo del corazón, que no puede más hasta que le quiebra.

MÁCDUFF. — ¿Mis niños también?

---

(1) *Niggard*, sórdido, avaro, término que también se halla en *Hamlet* (acto I, escena III): *wiggard of question.*

(2) *The tyrants's power a-foot*, pasaje discutido y que nos parece que se acomoda exactamente al castellano.

ROSS. — ¡Esposa, hijos, criados, cuanto pudo encontrar!

MÁCDUFF. — ¡Y no estar yo allí! ¡Mi mujer también muerta!

ROSS. — Ya lo dije...

MÁLCOLM. — ¡Valor! Y que una gran venganza sea el remedio que cure este mortal dolor...

MÁCDUFF. — ¡El no tiene niños...! (1). ¿Todos mis preciosos nenes? ¿Habéis dicho todos? ¡Milano del infierno...! ¿Todos? ¡Qué! ¿Todos mis pequeños y su madre arrebatados de un solo golpe?

MÁLCOLM. — ¡Recibidlo como un hombre!

MÁCDUFF. — ¡Lo haré; pero es necesario que lo sienta como un hombre! ¡No puedo olvidar que esos seres vivían, que eran para mí lo más querido...! ¿El cielo lo ha contemplado sin tomar parte? ¡Mácduff pecador! ¡Por tu causa cayeron todos! ¡Miserable...! ¡Por tus faltas, y no por las suyas, el asesino cayó sobre sus almas! ¡Que el cielo les ampare...!

MÁLCOLM. — ¡Sea eso la piedra donde afiléis vuestra espada! ¡Que el dolor se transforme en cólera, y sin abatir el corazón, le llenéis de rabia!

MÁCDUFF. — ¡Lloraré como una mujer, y no seré valiente sino de palabra! ¡Cielos propicios, apresuradlo todo! ¡Ponedme frente a frente de ese demonio de Escocia y yo mismo le alcanzaré con mi espada! ¡Si se escapa, que Dios le perdone entonces...!

MÁLCOLM. — ¡Así debe hablar un hombre! Venid, vamos a ver al rey; nuestros ejércitos están prontos, y sólo nos falta despedirnos de él. Mácbeth se halla al borde del abismo, y las potencias superiores pueden poner en movimiento sus instrumentos. Aceptad cuanto os consuele. ¡No hay noche, por larga que sea, que no encuentre el día! *(Salen.)*

---

(1) A propósito de esta sublime exclamación trágica, uno de los momentos más felices de Shakespeare, Maeterlink acusa a la mayoría de los críticos de no haber entendido el pasaje —*He has no children*—, presumiendo siquiera que *He* no se refiere a Mácbeth. Parece mentira que así lo crean Harry, Rowe, Dalgleish, Hudson, Rolfe, Malone, Meiklejoh, etc. Maeterlink tiene razón en este caso —¡ojalá siempre!—; pero debiera considerar que los comentaristas que cita son precisamente los menos calificados. Por otra parte, Shakespeare vuelve a repetir la frase en otro drama, en la tercera parte de *Henry IV* (acto V, escena V), donde Margarita de Anjou apostrofa así a los asesinos de su hijo:

You have children, butchers! if you had,
The thought, of them would have stird un remorse.

ACTO QUINTO

ESCENA PRIMERA

DUSSINANE. — ANTECÁMARA EN EL CASTILLO

Entran un MÉDICO *y una* DAMA *de servicio*

MÉDICO. — Dos noches hemos velado juntos; pero no he podido confirmar la verdad de nuestro relato. ¿Cuándo fue la última vez que pasó?

DAMA. — Desde que su majestad entró en campaña, la he visto levantarse de su lecho, echar sobre sí su vestido de noche, abrir su pupitre, sacar papel, plegarlo, escribir en él, leerlo luego y en seguida volver al lecho; todo esto, por supuesto, completamente dormida.

MÉDICO. — ¡Grave perturbación de la naturaleza! ¡Gozar a la vez el beneficio del sueño y ejecutar actos que corresponden a la vela! En esa agitación soñolienta, aparte de sus paseos y de otras manifestaciones, en algún instante, ¿qué le habéis oído decir?

DAMA. — Lo que no repetiré, señor, después de ella.

MÉDICO. — Podéis a mí, y aun es conveniente que lo hagáis.

DAMA. — Ni a vos ni a nadie, no teniendo testigos que confirmen mis asertos. *(Entra* LADY MÁCBETH *con una vela encendida.)* ¡Miradla, aquí viene! Ese es su aspecto ordina-

rio, y, por vida mía, que está dormida completamente. Observadla; aproximaos (1).

MÉDICO. — ¿De dónde cogió esa luz?

DAMA. — La tenía a su lado; tiene siempre luz junto a ella; es orden suya.

MÉDICO. — Ved, sus ojos están abiertos.

DAMA. — Sí, pero cerrados a la sensación.

MÉDICO. — ¿Qué es eso que hace ahora? ¡Ved cómo se frota las manos!

DAMA. — Es un acto acostumbrado en ella hacer que se lava las manos. La he visto continuarlo así un cuarto de hora.

MÉDICO. — ¡Oíd! Habla. Voy a anotar todo lo que diga, para fijarlo en mi memoria.

LADY MÁCBETH. — ¡Fuera, mancha maldita...! ¡Fuera, digo...! Una, dos (2); vaya, llegó el instante de ponerlo por obra... ¡El infierno es sombrío...! (3). ¡Qué vergüenza, dueño mío, qué vergüenza! ¿Un soldado, y tener miedo...? ¡Qué importa que llegue a saberse, si nadie puede pedir cuenta a nuestro poder...! Pero ¡quién hubiera imaginado que había de tener aquel viejo tanta sangre...! (4).

MÉDICO. — ¿Advertís eso?

LADY MÁCBETH. — ¡El thane de Fife tenía una esposa! (5). Ahora ¿dónde está?... Pero ¡qué! ¿No he de poder ver limpias estas manos? ¡No más, dueño mío, acaba; todo lo echáis a perder con esos sobresaltos! (6).

---

(1) *Stand close.* Cuantas versiones conozco traducen mal estas palabras, incluso Maeterlink, que las vierte por *dissimulez-vous. Close* tiene aquí el mismo sentido que *near.* Si, como poco después se dice, los ojos de lady Mácbeth están cerrados a toda sensación, no es posible que advierta la dama al médico que disimule, sino que se aproxime para observarla mejor.

(2) Lady Mácbeth recuerda las campanadas siniestras de la noche del asesinato del rey.

(3) *Ilells is murky!* Esa debe ser alguna frase proferida por Mácbeth en momentos de indecisión la noche terrible del asesinato de Duncan.

(4) Refiérese, naturalmente, al rey Duncan.

(5) La muerte de lady Mácduff y sus hijos, que se le representa, aunque en su asesinato no haya tomado parte.

(6) Alusión a los terrores de Mácbeth ante el espectro de Banquo la noche del festín.

MÉDICO. — ¡Vaya, vaya! Sabéis lo que no debíais saber.

DAMA. — Ella es quien ha hablado lo que no debía hablar; segura estoy de ello. El cielo sabrá lo que dice...

LADY MÁCBETH. — ¡Siempre el hedor de la sangre...! ¡Todas las esencias de la Arabia no desinfectarían esta pequeña mano mía...! ¡Oh! ¡Oh! ¡Oh...!

MÉDICO. — ¡Qué suspiro...! El corazón está dolorosamente cargado...

DAMA. — ¡No querría llevar un corazón semejante en mi pecho ni por todas las dignidades que pudiera tener el cuerpo!

MÉDICO. — ¡Bien, bien, bien! (1).

DAMA. — Rogad a Dios que así sea, señor.

MÉDICO. — ¡Esta enfermedad es superior a mi ciencia! Y, sin embargo, personas he conocido que se pasearon durante su sueño y murieron santamente en sus lechos (2).

LADY MÁCBETH. — Lavaos vuestras manos; poneos vuestro vestido de noche; no estéis tan pálido... Os lo repito...; Banquo está enterrado, no puede salir de su tumba... (3).

MÉDICO. — ¿Es posible?

LADY MÁCBETH. — ¡Al lecho, al lecho...! Llaman a la puerta. Venid, venid, venid, venid. Dadme vuestra mano. ¡Lo hecho no se puede deshacer! ¡Al lecho! ¡Al lecho! ¡Al lecho! *(Sale* LADY MÁCBETH.)

MÉDICO. — ¿Se irá ahora a la cama?

DAMA. — Directamente.

MÉDICO. — ¡Insensatos murmullos circulan! Actos contra naturaleza engendran desórdenes contra naturaleza. Las conciencias infectas confían sus secretos a las sordas almohadas.

---

(1) Estas palabras no indican sino una aprobación del médico a lo que acaba de decir la dama de servicio, y no, como han querido ciertos comentaristas, la inacabada expresión de otro pensamiento.

(2) De las palabras del médico se deduce que el sonambulismo no es de por sí solo una prueba absoluta y positiva de una conciencia criminal acosada por los remordimientos. No sería extraño que toda esa escena la consultara Shakespeare con su gran amigo el doctor Forman en la taberna de la Sirena, donde se reunían.

(3) La primera parte de la frase alude a la muerte de Duncan y la segunda, otra vez al momento de la aparición de la sombra de Banquo. Igualmente las palabras que profiere al marcharse son un comentario —¡y qué comentario!— a las proferidas la célebre noche en el instante en que llamaban a la puerta del castillo, Mácduff y Lénnox.

Más necesidad tiene de sacerdote que de médico... ¡Dios, Dios, perdonadnos a todos...! Velad sobre ella. Alejadla de todo objeto con que pueda causarse mal, y no le quitéis ojo de encima... Así, pues, buenas noches. Mi mente ha confundido y asombrado mis ojos. Pienso, pero no me atrevo a hablar.

DAMA. — Buenas noches, buen doctor (1). *(Salen.)*

ESCENA II

CAMPO EN LAS CERCANÍAS DE DUNSINANE

Entran con tambores y banderas MENTEITH, CAITHNESS, ANGUS, LÉNNOX *y* SOLDADOS

MENTEITH. — El ejército inglés avanza mandado por Málcolm, su tío Siward y el bravo Mácduff. La venganza arde en ellos. Causas tan queridas excitarían a un muerto a esta llamada a las armas feroces y asesinas.

ANGUS. — Seguro que los encontraremos cerca del bosque de Birman, pues por aquí es por donde vienen.

CAITHNESS. — ¿Se sabe si Donalbain está con su hermano?

LÉNNOX. — No, por cierto, señor. Tengo una lista de todos los nobles; entre ellos se halla el hijo de Siward y gran nú-

(1) "¿Quién más de una vez —exclama Maeterlink— no ha admirado este diamante, uno de los más puros de la corona del poeta? Shakespeare no pudiendo ser comparado más que con él mismo, no tiene tal vez sino una escena en su obra que iguale a ésta, tan perfecta, tan pura, tan limpia, tan inalterable: es el reconocimiento de Lear y Cordelia. No se hallaría ninguna que en la representación alcance hasta tal grado el milagro de una fuerza suprema. Estamos más allá de la literatura. El instinto del poeta sintió tan bien que rebasa aquí los límites de la poesía, y en el momento principal de su poema abandona la forma poética. ¿No es digno de notarse que la escena más bella, la más profunda y la más significativa del drama esté escrita toda entera en una forma rítmica, pero sencilla y familiar? No cabe duda que el vuelo del verso, por ligero, por alado, por transparente que fuera, se interpondría entre las palabras y los movimientos de un alma que agoniza en manos de la gran justicia invisible."

Inútil advertir la fina sensibilidad y perspicacia del mágico autor de *El pájaro azul*, aunque le combatamos algunas veces.

mero de jóvenes imberbes que se disponen a recibir su bautismo de sangre.

MENTEITH. — ¿Qué hace el tirano?

CAITHNESS. — Fortifica sólidamente el gran castillo de Dunsinane. Unos dicen que está loco. Otros, que le odian menos, hablan de frenesí guerrero. Pero lo indudable es que no puede ceñir su desesperada causa con el cinturón del derecho.

ANGUS. — Ve ahora que sus asesinatos secretos le atan las manos; que las revueltas, que se suceden de minuto a minuto, le reprochan su mala fe, pues los que manda, no obedecen sino a la voz de mando, pero no a la del afecto; ve, en fin, que su dignidad real flota alrededor de él como el manto de un gigante que hubiera robado un enano.

MENTEITH. — ¿Quién censurará sus sentidos exasperados, si retroceden y se rebelan, cuando todo lo que en él existe siente vergüenza de hallarse?

CAITHNESS. — Bien, en marcha; a prestar nuestra obediencia a quien le es debida. Vayamos en busca del médico (1) de este estado enfermo, y derramemos con él hasta la última gota de nuestra sangre para curar a nuestra patria.

LÉNNOX. — Tanta como sea menester para rociar la flor de la soberanía y arrancar las malas hierbas. ¡En marcha hacia Birman! *(Salen militarmente.)*

ESCENA III

DUNSINANE. — DEPARTAMENTO EN EL CASTILLO

Entran MÁCBETH, EL MÉDICO *y* CRIADOS

MÁCBETH. — ¡No me traigáis más noticias! ¡Que deserten todos! (2). ¡Hasta que el bosque de Birman se traslade a Dunsinane, no me contagiará el miedo! ¿Quién es ese mancebo

(1) El Folio dice: *The Med'cine of sickly Weale*, y los críticos discuten si es el médico o la medicina. La cosa no tiene importancia: se refiere a Málcolm, y tanto monta que sea el doctor o el remedio lo que cure a Escocia.

(2) Alusión a la defección de los nobles, de que habló Angus en la escena precedente.

Málcolm? ¿No ha nacido de mujer? Los espíritus que conocen las consecuencias de todo lo mortal se expresaron así. «¡No temas, Mácbeth; ningún hombre nacido de mujer tendrá poder sobre ti...!» ¡Huid, pues, thanes traidores, y marchad a mezclaros con los epicúreos (1) ingleses! ¡Por el alma que me late, no sucumbiré jamás bajo la duda, no me agitaré bajo el temor...! *(Entra un* CRIADO.) El demonio te vuelva negro, felón de cara de crema... ¿De dónde has sacado esa cara de liebre?

CRIADO.— Son diez mil...

MÁCBETH. — ¡Pájaros, imbécil!

CRIADO. — Soldados, señor.

MÁCBETH. — ¡Anda, cúbrete la cara y tiñe de rojo tu miedo, rapazuelo alelado! ¿Qué soldados, idiota? ¡Difunto de tu alma! Tus pálidas mejillas son consejeras del terror. ¿Qué soldados, cara lechosa? (2).

CRIADO. — Tropas inglesas, si os place.

MÁCBETH. — ¡Apártate de mi presencia...! *(Sale el* CRIADO.) ¡Séyton...! El corazón se me subleva cuando veo... (3). ¡Séyton digo...! ¡Este ataque me glorifica para siempre, o me lanza ahora del trono! He vivido bastante; el camino de mi vida declina hacia el otoño de amarillentas hojas; y cuando sirve de escolta a la vejez: el respeto, el amor, la obediencia, el aprecio de los amigos, no debo pretenderlo. En cambio, vendrán maldiciones ahogadas, pero profundas, homenajes de adulación, murmullos que el pobre corazón quisiera reprimir y no puede rehusar... ¡Séyton...!

Entra SÉYTON

SÉYTON. — ¿Qué desea Vuestra Gracia?

MÁCBETH. — ¿Qué más noticias hay?

SÉYTON. — Todo se confirma, señor, según informes.

MÁCBETH. — ¡Combatiré hasta que la carne se desprenda de mis huesos... Dame mi armadura.

---

(1) *Epicure*, epicúreos indolentes. Esta opinión de los escoceses sobre los ingleses está tomada por Shakespeare del tantas veces citado Holinshed.

(2) *Whey-face* en el Folio, cara lechosa, lívida, sin color.

(3) Estos puntos suspensivos hacen el lugar de un complemento como *such faces* —tales caras—, u otro parecido, que se deja entender.

SÉYTON. — Todavía no es necesaria.

MÁCBETH. — ¡Quiero estar preparado! ¡Envía más caballería que bata los contornos...! ¡Que ahorquen a los que hablen de miedo...! ¡Dame mi armadura...! ¿Cómo va vuestra enferma, doctor?

MÉDICO. — No es tan grave su dolencia, señor, como la agitación que sufre por incesantes visiones que la impiden reposar.

MÁCBETH. — ¡Cúrala...! ¿No puedes calmar un espíritu enfermo, arrancar de su memoria los arraigados pesares, borrar las angustias grabadas en el cerebro, y con un dulce antídoto olvidador arrojar de su seno oprimido las peligrosas materias que pesan sobre el corazón?

MÉDICO. — En tales casos el paciente debe ser su mismo médico.

MÁCBETH. — ¡Arroja a los perros la medicina; no la necesito...! Ven, ponme mi armadura. Dame mi bastón de mando... ¡Séyton, una salida...! (1). ¡Doctor, los thanes me abandonan...! ¡Vamos, señor, despachad...! ¡Si pudierais, doctor, analizar la orina de mi reino (2), hallar su enfermedad y restituirle con la purga su prístina y excelente salud, te aplaudiría hasta que todos los ecos repitieran mis aplausos...! ¡Arráncalo, te digo! (3). ¿Qué ruibarbo, sen o droga purgante podría desembarazarnos de esos ingleses...? ¿Sabes de alguno?

MÉDICO. — Sí, buen señor; vuestros reales preparativos dicen de varios.

MÁCBETH. — Llévese eso (2) delante de mí. ¡No debo tener ni a muerte ni a desgracia hasta que el bosque de Birnam venga a Dunsinane! *(Sale.)*

MÉDICO. — Si pudiera salir libremente de Dunsinane ni por cuanto vale el mundo volvería. *(Salen.)*

---

(1) La frase queda inacabada. Mácbeth piensa en la orden anterior de que se envíen más caballos —más fuerza de caballería— que batan los contornos: *send out more horses...*

(2) *Cast the water of my land* en el texto original.

(3) Delius conjetura que estas palabras se dirigen a Séyton, y que, en su impaciencia, Mácbeth, que se está poniendo la armadura, le ordena que arranque violentamente algún accesorio de la misma.

(4) Otro mandato a Séyton, ordenándole que se lleve algo de la armadura u otro objeto.

ESCENA IV

CAMPO CERCA DE DUNSINANE. — UN BOSQUE A LA VISTA

Entran con tambores y banderas MÁLCOLM, *el viejo* SIWARD *y su* HIJO, MÁCDUFF, MENTEITH, CAITHNESS, ANGUS, LÉNNOX, ROSS *y* SOLDADOS *en marcha*

MÁLCOLM. — Deudos, confío que llegarán los días en que nuestros albergues estén seguros...

MENTEITH. — No lo dudamos.

SIWARD. — ¿Qué bosque es éste que tenemos delante?

MENTEITH. — El bosque de Birnam.

MÁLCOLM. — Que cada soldado corte una rama y la lleve delante de él. Ocultaremos así el número de nuestros combatientes, e induciremos a error las informaciones de los espías enemigos (1).

SOLDADOS. — Se hará.

SIWARD. — No sabemos más sino que el tirano, lleno de confianza, espera en Dunsinane y sostendrá nuestro asedio.

MÁLCOLM. — Ese es su principal recurso; que no bien hallan ocasión, pequeños y grandes se rebelan contra él. No le sirven sino los puramente obligados, cuyos corazones están también ausentes.

MÁCDUFF. — Dejemos las justas censuras, atendiendo a nuestra verdadera causa, y usemos de la ciencia militar.

SIWARD. — Se aproxima la hora en que sabremos decididamente lo que poseemos y lo que debemos. La imaginación nos regocija con inciertas esperanzas; pero los golpes determinan el resultado verdadero. A ese fin se encamina la guerra.

Salen marchando

(1) Todo ello se cuenta, casi en los mismos términos, en la *Crónica* de Holinshed.

ESCENA V

DUNSINANE. —DENTRO DEL CASTILLO

Entran MÁCBETH, SÉYTON *y* SOLDADOS, *con tambores y banderas*

MÁCBETH. — ¡Desplegad nuestras banderas sobre los muros exteriores! (1). Se grita siempre. «¡Ahí vienen!»; pero la fuerza de nuestro castillo se reirá con desprecio de su asedio. ¡Que permanezcan aquí hasta que los devoren la fiebre y el hambre! Si no estuvieran apoyados por los que debían ser nuestros, podíamos salir a su encuentro, osadamente, cara a cara, y lanzarlos, batidos, hacia sus hogares. *(Gritos de mujeres dentro.)* (2). ¿Qué ruido es ése?

SÉYTON. — Son gritos de mujeres, buen señor. *(Sale.)*

MÁCBETH. — ¡Casi he olvidado el sabor del miedo! Hubo un tiempo en que un grito nocturno helaba mis sentidos y en que el relato de un suceso pavoroso erizaba mis cabellos, que se estremecían como si los animara la vida. ¡Me he saciado de horrores! La desolación, familiar a mis pensamientos de muerte, no me produce ya emoción alguna...
(Vuelve a entrar SÉYTON.) ¿Qué gritos eran ésos?

SÉYTON. — Señor, la reina ha muerto.

MÁCBETH. — ¡Debiera haber muerto más tarde! ¡Entonces habría yo tenido tiempo para entender una palabra así...! El mañana y el mañana y el mañana avanzan a pequeños pasos, de día en día, hasta la última sílaba del tiempo recordable; y todos nuestros ayeres han alumbrado a los locos el camino hacia el polvo de la muerte... ¡Extínguete, extínguete, fugaz antorcha...! ¡La vida no es más que una sombra que pasa, un pobre cómico que se pavonea y agita una hora sobre la escena, y después no se acuerda más...; un cuento narrado

(1) He aquí el primer síntoma de la debilidad de Mácbeth, que, en vez de salir con las banderas al campo de batalla, se contenta con que las desplieguen sobre los muros.

(2) Estos gritos son los de las mujeres que lloran la muerte de lady Mácbeth. Séyton sale para anunciar la nueva poco tiempo después.

por un idiota con gran aparato, y que nada significa...! (1). *(Entra un* MENSAJERO.) ¡A usar de tu lengua vienes; tu historia pronto!

MENSAJERO. — Mi gracioso señor, querría deciros que he visto lo que voy a decir, mas no sé cómo hacerlo.

MÁCBETH. — ¡Bien, hablad, señor!

MENSAJERO. — Estando de centinela en la colina he mirado del lado de Birnam (2) y acto seguido me ha parecido que el bosque comenzaba a moverse.

MÁCBETH. — ¡Embustero y miserable...! *(Le golpea.)* (3).

MENSAJERO. — ¡Que soporte vuestra cólera si no es así! A tres millas de este sitio podéis verlo llegar. Lo repito, un bosque en marcha.

MÁCBETH. — ¡Si mientes, serás colgado vivo del árbol más próximo, hasta que el hambre te diseque! ¡Si es verdad lo que dices, no me importa que hagas conmigo otro tanto...! Flaquea mi resolución y comienzo a sospechar el equívoco del demonio (4), que miente bajo la máscara de la verdad. «¡No temas nada, hasta que el bosque de Birnam venga a Dunsinane...!» ¡Y ahora un bosque viene hacia Dunsinane...! ¡A las armas! ¡A las armas! ¡Salgamos! ¡Si es cierto lo que éste afirma, importa poco que huya de aquí o me quede...! ¡Comienzo a hartarme del Sol, y ansío que se haga pedazos el universo...! ¡Suene la campana de alarma...! ¡Sopla, viento...! ¡Ven, destrucción! ¡Que al menos perezca con los arneses sobre la espalda...! (5). *(Salen.)*

---

(1) A poco que se profundice, se hallarán extrañas y misteriosas semejanzas entre Mácbeth y Hamlet, si se considera el pasaje anterior y si se ha seguido con atención el proceso melancólico y especulativo de los dos personajes en ambas obras. Y es Shakespeare mismo, su espíritu, que no puede por menos de transparentarse en los culminantes momentos...

(2) Para las necesidades de la acción dramática le ha sido forzoso a Shakespeare disminuir la distancia que separa Birnam de Dunsinane.

(3) *Striking him.* Esta indicación escénica no es del Folio, sino añadida por Rowe. La insertamos, no obstante parecernos superflua.

(4) *The fiend,* el enemigo, el diablo.

(5) Manifiéstase aquí una especie de rehabilitación del hombre. No se ve ya al tirano, sino al guerrero que conocimos en las primeras escenas, al héroe vencedor de Sweno y Macdonwald.

ESCENA VI

EL MISMO LUGAR. — LLANURA ANTE EL CASTILLO

Entran con tambores y banderas MÁLCOLM, *el viejo* SIWARD, MÁCDUFF, *etc., y su ejército, con ramas y árboles*

MÁLCOLM. — ¡Ya estamos cerca! Arrojad ahora esos cortinajes de ramas y mostraos tal cual sois... Vos, digno tío, con mi primo, vuestro muy noble hijo, mandaréis nuestro primer cuerpo de ejército. El esforzado Mácduff y nosotros nos encargaremos de lo que resta por hacer, conforme a nuetro plan de batalla.

SIWARD. — ¡Adiós...! ¡Que encontremos esta tarde las fuerzas del tirano, y que sea yo batido si no nos sabemos batir...!

MÁCDUFF. — ¡Resuenen todas nuestras trompetas...! ¡Echad todo el aliento a esos clamorosos mensajeros de la sangre y de la muerte...!

Salen. Continúan los toques de alarma

ESCENA VII

EL MISMO LUGAR. — OTRA PARTE DE LA LLANURA (1)

Entra MÁCBETH

MÁCBETH. — Me han amarrado a un poste. No puedo huir; pero, como el oso, debo hacer frente a la embestida... ¿Dónde está el que no ha nacido de mujer? ¡A ése es al que debo temer y no a ningún otro!

---

(1) Gracias a estos continuos cambios de escena, que están en admirable oposición con la regla de la unidad de lugar, de Aristóteles, Shakespeare puede hacernos asistir a todos los detalles de la acción, y patentizar a nuestros ojos lo que un poeta clásico, encadenado por tan caprichosa regla, hubiera tenido que describir simplemente con un relato. Prueba todo esto lo que decimos en el prólogo acerca de esta tragedia, tipo verdadero del sistema shakespeariano.

Entra el joven SIWARD

JOVEN SIWARD. — ¿Cuál es tu nombre?

MÁCBETH. — ¡Te aterrarías al saberlo!

JOVEN SIWARD. — ¡No, aunque llevaras un nombre más llameante que ninguno del infierno!

MÁCBETH. — ¡Mi nombre es Mácbeth!

JOVEN SIWARD. — ¡El mismo demonio no pronunciaría un título más odioso a mis oídos!

MÁCBETH. — ¡No, ni más temible!

JOVEN SIWARD. — ¡Mientes, tirano aborrecido! ¡Con mi espada te probaré tu mentira!

Se baten y el joven SIWARD *es muerto*

MÁCBETH. — ¡Habías nacido de mujer! ¡Me burlo de las espadas y desprecio las armas blandidas por el hombre que no haya nacido de mujer! *(Sale. Alarmas.)* (1).

Entra MÁCDUFF

MÁCDUFF. — El estrépito es de este lado. ¡Tirano, muestra tu cara! ¡Si no es mi mano lo que te mata, las sombras de mi mujer y de mis niños me acosarán siempre! No quiero pelear con miserables *kernes* cuyos brazos están alquilados para llevar bastones (2). ¡O tú, Mácbeth, o envainaré mi espada, intacta e inactiva...! Debes andar por aquí, pues ese gran clamoreo parece anunciar algún personaje de nota. ¡Tráelo ante mí, Fortuna! ¡No te pido más...! *(Sale. Alarmas.)*

Entran MÁLCOLM *y el viejo* SIWARD

SIWARD. — ¡Por aquí, señor! El castillo se ha rendido sin resistencia. Las tropas del tirano combaten en ambos ejércitos. Los nobles thanes cumplen bravamente con su deber. La

(1) Esta indicación escénica testimonia que la batalla se prosigue con vivacidad en otro lado del campo.

(2) *Staves*, plural de *staff*, verdaderos bastones de que se servían los irlandeses como armas ofensivas.

jornada misma se declara por vos y no queda casi nada por hacer.

MÁLCOLM. — Hemos hallado enemigos que fingían combatirnos y luchaban a nuestro lado.

SIWARD. — Entremos, señor, en el castillo. *(Salen. Alarmas.)*

Vuelve a entrar MÁCBETH

MÁCBETH. — ¿Por qué imitar al loco romano (1) y morir bajo mi misma espada? ¡Mientras vea vivos, las heridas estarán mejor en ellos que en mí!

Vuelve a entrar MÁCDUFF

MÁCDUFF. — ¡Vuélvete, perro (2) del infierno, vuélvete!

MÁCBETH. — A ti solo, de entre todos, he evitado. ¡Márchate! ¡Mi alma está demasiado cargada de la sangre de los tuyos!

MÁCDUFF. — ¡No tengo palabras...! ¡Mi voz está en mi espada! ¡Tú, monstruo el más sanguinario que la lengua pueda proclamar...! *(Se baten.)*

MÁCBETH. — ¡Trabajo perdido! ¡Antes que causarme ningún daño con el impulso de tu aguda espada, quizá puedas herir al viento impalpable (3). ¡Deja caer tu acero sobre vulnerables cimeras! ¡Mi vida está bajo un hechizo y no puede rendirse al hombre nacido de una mujer!

MÁCDUFF. — ¡Desconfía del hechizo! ¡Y deja al ángel del

---

(1) *The Roman fool.* Este loco romano de que habla Mácbeth es, sin duda, Catón cuyo suicidio se menciona en *Julio César* (acto V, escena I):

I did blame Cato for the death which he did give himself.

(2) *Hound*, un perro de caza propiamente.

(3) *The intrenchant air* en el texto inglés. *Intrenchant* es una voz inventada por Shakespeare, de la que no se halla más que este ejemplo. Los lexicógrafos la señalan como de uso incorrecto. No la encuentran exacta clasificación. Yo creo que Shakespeare la tomó del español, pues realmente lo que significa es "intrinchante" cosa que no puede trincharse, que no puede herirse, como es el aire. Ya al espectro de su padre le llamaba Hamlet *invulnerable*, que es sinónimo.

mal, de quien eres siervo, que te diga que Mácduff fue antes de tiempo del vientre de su madre!

MÁCBETH. — ¡Maldita sea la lengua que me lo ha revelado! ¡Ha abatido mi mejor parte de hombre! (1). ¡Que se crea nunca en estos demonios de juglares, que se burlan de nosotros con oráculos de doble sentido, que dan palabras de promesa a nuestros oídos y quiebran nuestras esperanzas...! ¡No pelearé contigo!

MÁCDUFF. — ¡Ríndete entonces, cobarde...! ¡Y vive para ser el ludibrio y espectáculo del universo! Te colocaremos, como a los monstruos raros, ante una barraca, y debajo escribiremos: «¡Aquí puede verse el tirano!»

MÁCBETH. — ¡No me rendiré para besar la tierra hollada por el joven Málcolm y para ser perseguido por las maldiciones de la canalla! ¡Aunque el bosque de Birnam ha venido a Dunsinane y tú no seas nacido de mujer, lo arriesgaré todo! ¡Ante mi cuerpo extiendo mi escudo de guerra! Hiere, pues, Mácduff, y maldito quien grite el primero: «¡Gracia, basta!» (2).

Salen luchando (3). *Retirada. Clarines y trompetas. Vuelven a entrar con tambores y banderas,* MÁLCOLM, *el viejo* SIWARD, ROSS, LÉNNOX, ANGUS, CAITHNESS, MENTEITH *y soldados*

MÁLCOLM. — Quisiera que estuviesen aquí, sanos y salvos, los amigos que faltan.

---

(1) *Hatch cow, my better part of man;* esto es, lo que había de mejor en mí.

(2) *And damn'd be him that first cries: "Hold, enough!" Be him* se toma por *be he,* a consecuencia del cambio, muy usado, de la forma pronominal. Según Tollet, que cita en apoyo de esta aserción el *Survey of Cornwall,* de Carew, el grito *hold* era el vocablo empleado en los duelos por los que deseaban rendirse.

(3) A continuación de esta advertencia escénica, la edición original lleva inmediatamente estas palabras: *Enter fightings, and Mácbeth slain* (Entran luchando y Mácbeth es muerto). En tiempo de Shakespeare y de Rowe, que ha mantenido esta indicación, Mácbeth no era muerto fuera de la escena, sino, ante los ojos mismos de los espectadores. ¿Era tal la intención de Shakespeare, lo que significaría la idea de Clarendon y otros, de que aquí acaba el drama y que lo que sigue es sospechoso? No lo creemos. El propio autor añade más abajo: *Entra Mácduff con la cabeza de Mácbeth.* Ahora,

SIWARD. — Forzoso es que algunos hayan perecido; y, sin embargo, a juzgar por los que restan, la jornada no nos ha costado demasiado cara.

MÁLCOLM. — Nos faltan Mácduff y vuestro noble hijo.

ROSS. — Vuestro hijo, señor, ha pagado su deuda de soldado. No ha vivido sino hasta que fue hombre. Apenas su valor probó que lo era, desde el puesto donde combatió sin retroceder, sucumbió como tal.

SIWARD. — ¿Murió, pues?

ROSS. — Sí, y ha sido retirado del campo de batalla. Vuestro dolor no puede hallarse en relación con su mérito, pues entonces no tendría fin.

SIWARD. — ¿Fue herido de frente?

ROSS. — Sí, cara a cara.

SIWARD. — ¡Pues entonces sea soldado de Dios! ¡Tuviera tantos hijos como cabellos, no les desearía una muerte tan magnífica! Su hora sonó.

MÁLCOLM. — Merece más lágrimas. Y yo las verteré...

SIWARD. — ¡No merece más! Se dice que ha sido bien muerto y que ha pagado su tributo... (1). He aquí venir un consuelo como ninguno.

Vuelve a entrar MÁCDUFF *con la cabeza de* MÁCBETH

MÁCDUFF. — ¡Salve, rey, pues ya lo eres! ¡Mira dónde traigo la cabeza maldita del usurpador! ¡El mundo es libre! ¡Te veo rodeado de las perlas del reino, que repiten mi homenaje en su corazón! ¡Que sus voces se unan gritando con la mía: ¡Salve, rey de Escocia!

TODOS. — ¡Salve, rey de Escocia! (2).

---

es posible que Shakespeare cediera al gusto del público que quería ver morir al héroe en escena.

(1) Bien a las claras está expresado en Siward el carácter heroico de los hombres de la Edad Media.

(2) Steevens, demasiado puntilloso, advierte que la prosodia exigía que los señores gritasen *King of Scotland, hail*, en vez de *Hail King of Scotland*. Cierto; pero la cosa no merece la pena.

MÁLCOLM.—No dejaremos pasar largos días sin haber ajustado cuentas con vuestras afecciones y sin saldarlas por nuestra parte. Mis thanes y parientes: desde hoy seréis condes, y los primeros en llevar este título en Escocia. Lo que resta por hacer, y que debe llevarse a cabo según las circunstancias —como levantar a nuestros amigos sus lejanos destierros, adonde huyeron para librarse de una vigilante tiranía; perseguir a los crueles ministros de ese verdugo muerto y de su infernal reina, que, según se dice, se quitó la vida con sus propias y violentas manos (1)—, esto, y todo lo demás que sea preciso y nos incumba, por la gracia de la Gracia, lo cumpliremos en su medida, tiempo y espacio. Gracias a todos y a cada uno de vosotros, y os invitamos a nuestra coronación en Scone.

Clarines y trompetas. Salen

(1) El doctor que la asistía demostró un gran conocimiento al advertir a la dama de servicio, en la escena primera del acto quinto, que retirara de lady Mácbeth los medios de hacerse mal, de destruirse —*the means of all annoyance*—. El doctor, pues, suponía, con fundamento, que la reina podría muy bien darse la muerte, como aconteció.

EL MERCADER DE VENECIA

UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
POTENTIOR EST
OMNIUM SAPIENTIA
FUNDADA EN 1620
QUITO


UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
POTENTIOR EST
OMNIUM
SAPIENTIA
FUNDADA EN 1620
QUITO

PERSONAJES

El Dux de Venecia, el Príncipe de Marruecos y el de Aragón, *pretendientes de Porcia.*
Antonio, *mercader de Venecia.*
Bassanio, *amigo suyo.*
Graciano, Salanio y Salarino, *amigos de Antonio y Bassanio.*
Lorenzo, *enamorado de Jessica.*
Shylock, *judío rico.*
Tubal, *judío, amigo suyo.*
Launcelot Gobbo, *bufón, criado de Shylock.*
El viejo Gobbo, *padre de Launcelot.*
Leonardo, *criado de Bassanio.*
Baltasar y Stephano, *criados de Porcia.*
Porcia, *rica heredera.*
Nerissa, *doncella suya.*
Jessica, *hija de Shylock.*

Magníficos de Venecia, funcionarios del Tribunal de Justicia, un carcelero, criados de Porcia y otras personas del acompañamiento.

Escena: *Parte en Venecia y parte en Belmont, residencia de Porcia, en el Continente.*


UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
POTENTIOR EST
OMNIUM
SAPIENTIA
FUNDADA EN 1620
QUITO

ACTO PRIMERO

ESCENA PRIMERA

VENECIA. — UNA CALLE

Entran ANTONIO, SALARINO *y* SALANIO

ANTONIO. — En verdad, ignoro por qué estoy tan triste. Me inquieta. Decís que a vosotros os inquieta también; pero cómo he adquirido esta tristeza, tropezado o encontrado con ella, de qué sustancia se compone, de dónde proviene, es lo que no acierto a explicarme. Y me ha vuelto tan pobre de espíritu, que me cuesta gran trabajo reconocerme.

SALARINO. — Vuestra imaginación se bambolea en el océano, donde vuestros enormes galeones, con las velas infladas majestuosamente, como señores ricos y burgueses de las olas, o, si lo preferís, como palacios móviles del mar, contemplan desde lo alto de su grandeza la gente menuda de las pequeñas naves mercantes, que se inclinan y les hacen la reverencia cuando se deslizan por sus costados con sus alas tejidas.

SALANIO. — Creedme, señor; si yo corriera semejantes riesgos, la mayor parte de mis afecciones se hallaría lejos de aquí, en compañía de mis esperanzas. Estaría de continuo lanzando pajas al aire para saber de dónde viene el viento. Tendría siempre la nariz pegada a las cartas marinas para buscar en ellas la situación de los puertos, muelles y radas; y todas las cosas que pudieran hacerme temer un acciden-

te para mis cargamentos me pondrían indudablemente triste.

SALARINO. — Mi soplo, al enfriar la sopa, me produciría una fiebre cuando me surgiera el pensamiento de los daños que un ciclón podría hacer en el mar. No me atrevería a ver vaciarse la ampolla de un reloj de arena sin pensar en los bajos arrecifes y sin acordarme de mi rico bajel *Andrés*, encallado y ladeado, con su palo mayor abatido por encima de las bandas para besar su tumba. Si fuese a la iglesia, ¿podría contemplar el santo edificio de piedra sin imaginarme inmediatamente los escollos peligrosos que, con sólo tocar los costados de mi hermosa nave, desperdigarían mis géneros por el océano y vestirían con mis sedas a las rugientes olas, y, en una palabra, sin pensar que yo, opulento al presente, puedo quedar reducido a la nada en un instante? ¿Podría reflexionar en estas cosas, evitando esa otra consideración de que, si sobreviniera una desgracia semejante, me causaría tristeza? Luego sin necesidad de que me lo digáis, sé que Antonio está triste porque piensa en sus mercancías.

ANTONIO. — No creedme; gracias a mi fortuna, todas mis especulaciones no van confiadas a un solo buque, ni las dirijo a un solo sitio; ni el total de mi riqueza depende tampoco de los percances del año presente; no es, por tanto, la suerte de mis mercancías lo que me entristece.

SALARINO. — Pues entonces es que estáis enamorado.

ANTONIO. — ¡Quita, quita!

SALARINO. — ¿Ni enamorado tampoco? Pues convengamos en que estáis triste porque no estáis alegre, y en que os sería por demás grato reír, saltar y decir que estáis alegre porque no estáis triste. Ahora, por Jano, el de la doble cara, la Naturaleza se goza a veces en formar seres raros. Los hay que están siempre predispuestos a entornar los ojos y a reír como una cotorra delante de un simple tocador de cornamusa, y otros que tienen una fisonomía tan avinagrada que no descubrirían sus dientes para sonreír, aun cuando el mismo grave Néstor jurara que acababa de oír una chirigota regocijante.

SALANIO. — Aquí llega Bassanio, vuestro nobilísimo pariente, con Graciano y Lorenzo. Que os vaya bien; vamos a dejaros en mejor compañía.

SALARINO. — Me hubiera quedado con vos hasta veros re-

cobrar la alegría, si más dignos amigos no me relevaran de esa tarea.

ANTONIO. — Vuestro mérito es muy caro a mis ojos. Tengo la seguridad de que vuestros asuntos personales os reclaman, y aprovecháis esta ocasión para partir.

Entran BASSANIO, LORENZO *y* GRACIANO

SALARINO. — Buenos días, mis buenos señores.

BASSANIO. — Buenos signiors, decidme uno y otro: ¿cuándo tendremos el placer de reír juntos? ¿Cuándo, decidme? Os habéis puesto de un humor singularmente retraído. ¿Está eso bien?

SALARINO. — Dispondremos nuestros ocios para hacerlos servidores de los vuestros. (*Salen* SALARINO *y* SALANIO.)

LORENZO. — Señor Bassanio, puesto que os habéis encontrado con Antonio, vamos a dejaros con él; pero a la hora de cenar, acordaos, os lo ruego, del sitio de nuestra reunión.

BASSANIO. — No os faltaré.

GRACIANO. — No poseéis buen semblante, signior Antonio; tenéis demasiados miramientos con la opinión del mundo; están perdidos aquellos que la adquieren a costa de excesivas preocupaciones. Creedme, os halláis extraordinariamente cambiado.

ANTONIO. — No tengo al mundo más que por lo que es, Graciano: un teatro donde cada cual debe representar su papel, y el mío es bien triste.

GRACIANO. — Represente yo el de bufón. Que las arrugas de la vejez vengan en compañía del júbilo y de la risa; y que mi hígado se caliente con vino antes que mortificantes suspiros enfríen mi corazón. ¿Por qué un hombre cuya sangre corre cálida en sus venas ha de cobrar la actitud de su abuelo, esculpido en estatua de alabastro? ¿Por qué dormir cuando puede velar y darle ictericia a fuerza de mal humor? Te lo digo, Antonio, te aprecio y es mi afecto el que te habla. Hay una especie de hombres cuyos rostros son semejantes a la espuma sobre la superficie de un agua estancada, que se mantienen en un mutismo obstinado con objeto de darse una reputación de sabiduría, de gravedad y profundidad, como si quisiera decir: «Yo soy el señor Oráculo, y

cuando abro la boca que ningún perro ladre.» ¡Oh, mi Antonio! sé de esos que sólo deben su reputación de sabios a que no dicen nada, y que si hablaran inducirían, estoy muy cierto, a la condenación a aquellos de sus oyentes que se inclinan a tratar a sus hermanos de locos. Te diré más sobre el asunto en otra ocasión; pero no vayas a pescar con el anzuelo de la melancolía ese gobio de los tontos, la reputación. Venid, mi buen Lorenzo. Que lo paséis bien, en tanto. Acabaré mis exhortaciones después de la comida.

LORENZO. — Bien; os dejaremos entonces hasta la hora de comer. Yo mismo habré de ser uno de esos sabios mudos, pues Graciano nunca me deja hablar.

GRACIANO. — Bien; hazme compañía siquiera dos años, y no conocerás el timbre de tu propia voz.

ANTONIO. — Adiós; esta conversación acabará por hacerme charlatán.

GRACIANO. — Tanto mejor, a fe mía; pues el silencio no es recomendable más que en una lengua de vaca ahumada y en una doncella que no pudiera venderse. (*Salen* GRACIANO *y* LORENZO.)

ANTONIO. — ¿Todo eso tiene algún sentido?

BASSANIO. — Graciano es el hombre de Venecia que gasta la más prodigiosa cantidad de naderías. Su conversación se asemeja a dos granos de trigo que se hubiesen perdido en dos fanegas de paja; buscaríais todo un día antes de hallarlos, y cuando los hubierais hallado, no valdrían el trabajo que os había costado vuestra rebusca.

ANTONIO. — Exacto; ahora, decidme: ¿quién es esa dama por la que habéis hecho voto de emprender una secreta peregrinación, de que me prometisteis informar hoy?

BASSANIO. — No ignoráis, Antonio, hasta qué punto he disipado mi fortuna por haber querido mantener un boato más fastuoso del que me permitían mis débiles medios. No me aflige verme obligado a cesar en ese plan de vida, sino que mi principal interés consiste en salir con honor de las deudas enormes que mi juventud, a veces demasiado pródiga, me ha hecho contraer. A vos es, Antonio, a quien debo más en cuanto a dinero y amistad, y con vuestra amistad cuento para la ejecución de los proyectos y de los planes que me permitirán desembarazarme de todas mis deudas.

ANTONIO. — Os lo ruego, mi buen Bassanio, hacédmelos conocer, y si se hallan de acuerdo con el honor que sé os es habitual, tened por seguro que mi bolsa, mi persona, mis últimos recursos, en fin, estarán todos a vuestro servicio en esta ocasión.

BASSANIO. — En el tiempo en que yo era colegial, si me sucedía perder una flecha, lanzaba otra, de un alcance igual, en la misma dirección, observándola más cuidadosamente, de manera que descubriese la primera; y así, arriesgando dos, encontraba a menudo las dos. Pongo por delante esta reminiscencia infantil porque se acuerda muy bien con la petición llena de candor que voy a haceros. Os debo mucho, y, por falta de mi juventud demasiado libre lo que os debo está perdido; pero si os place lanzar otra flecha en la dirección que habéis lanzado, como vigilaré su vuelo, no dudo que, o volveré a encontrar las dos, o, cuando menos, podré restituiros la última aventurada, quedando vuestro deudor agradecido por la primera.

ANTONIO. — Me conocéis bien, y, por tanto, perdéis vuestro tiempo conmigo en circunloquios. Me hacéis incontestablemente más daño poniendo en duda la absoluta sinceridad de mi afecto que si hubieseis dilapidado mi fortuna entera. Decidme, pues, simplemente lo que debo hacer, lo que puedo hacer por vos, según vuestro criterio, que estoy dispuesto a realizarlo; por consiguiente, hablad.

BASSANIO. — Hay en Belmont una rica heredera; es bella, y más bella aún de lo que esta palabra expresa, por sus maravillosas virtudes. Varias veces he recibido de sus ojos encantadores mensajes sin palabras. Su nombre es Porcia. No cede en nada a la hija de Catón, la Porcia de Bruto. Y el vasto mundo tampoco ignora lo que vale; porque los cuatro vientos le llevan de todos los confines pretendientes de renombre. Sus rizos color de sol caen sobre sus sienes como un vellocino de oro, lo que hace de su castillo de Belmont un golfo de Colcos, donde una multitud de jasones desembarcan para conquistarla. ¡Oh Antonio mío! Si tuvieses siquiera los medios de sostenerme contra uno de ellos en calidad de rival, algo me hace presagiar que defendería tan bien mi causa que incuestionablemente resultaría vencedor.

ANTONIO. — Sabes que toda mi fortuna está en el mar y

que no tengo ni dinero ni proporciones de levantar por el momento la suma que te sería necesaria. En consecuencia, inquiere; averigua el alcance de mi crédito en Venecia; estoy dispuesto a agotar hasta la última moneda para proveerte de los recursos que te permitan ir a Belmont, morada de la bella Porcia. Ve sin tardanza a enterarte dónde se puede encontrar dinero; haré lo mismo por mi lado, y no dudo que lo encuentre, sea por mi crédito, sea en consideración a mi persona. *(Salen.)*

ESCENA II

BELMONT. — UNA HABITACIÓN EN LA CASA DE PORCIA

Entran PORCIA *y* NERISSA

PORCIA. — Bajo mi palabra, Nerissa, que mi pequeña persona está fatigada de este gran mundo.

NERISSA. — Tendríais razón para estarlo, dulce señora, si vuestras miserias fuesen tan abundantes como vuestras prosperidades, y, sin embargo, por lo que veo, aquellos a quienes la hartura da indigestiones están tan enfermos como los que el vacío les hace morir de hambre. No es mediana dicha en verdad la de estar colocado ni demasiado arriba ni demasiado abajo; lo superfluo torna más aprisa los cabellos blancos; pero el sencillo bienestar vive más largo tiempo.

PORCIA. — Buenas máximas y bien expresadas.

NERISSA. — Valdrían más si estuvieran bien observadas.

PORCIA. — Si hacer fuese tan fácil como saber lo que es preferible, las capillas serían iglesias, y las cabañas de los pobres, palacios de príncipes. El buen predicador es el que sigue sus propios preceptos; para mí, hallaría más fácil enseñar a veinte personas la senda del bien que ser una de esas veinte personas y obedecer a mis propias recomendaciones. El cerebro puede promulgar a su gusto leyes contra la pasión; pero una naturaleza ardiente salta por encima de un frío decreto; la loca juventud se asemeja a una liebre en franquear las redes del desmedrado buen consejo. Pero este razonamiento de nada me vale para ayudarme a escoger

un esposo. ¡Oh, qué palabra, qué palabra ésta: «escoger»! No puedo ni escoger a quien me agrade, ni rehusar a quien deteste; de tal modo está doblegada la voluntad de una hija viviente por la voluntad de mi padre muerto. ¿No es duro, Nerissa, que no pueda ni escoger ni rehusar a nadie?

NERISSA. — Vuestro padre fue siempre virtuoso, y los hombres sabios tienen a su muerte nobles inspiraciones; es, pues, evidente que la lotería que ha imaginado con estos tres cofres de oro, de plata y de plomo (en virtud de la cual quienquiera que adivine su pensamiento obtendrá vuestra mano) no será comprendida más que por un hombre que os ame rectamente. Pero ¿cuál es la medida de vuestro afecto por esos pretendientes principescos que han venido ya?

PORCIA. — Te lo ruego, recítame la lista de sus nombres; según los enumeres te daré la descripción de ellos, y esta descripción te dará la medida de mi afecto.

NERISSA. — Primero está el príncipe napolitano.

PORCIA. — Sí, es un verdadero potro, pues no hace más que hablar de su caballo y señala entre el número de sus principales méritos el arte de herrarle por sí. Mucho me temo que su señora madre no haya claudicado con un herrador.

NERISSA. — Viene en seguida el conde palatino.

PORCIA. — No hace más que fruncir el entrecejo, como un hombre que quisiera decir: «Si no me amáis, declaradlo.» Oye sin sonreír siquiera las anécdotas más divertidas; temo que al envejecer no represente el tipo del filósofo compungido, cuando tan lleno de desoladora tristeza está en su juventud. Preferiría entregarme a una calavera con un hueso entre los dientes, que a cualquiera de esos dos. ¡Que el cielo me libre de ambos!

NERISSA. — ¿Qué decís del señor francés, monsieur Le Bon?

PORCIA. — Dios le ha creado, y, por consiguiente, debe pasar por hombre. En verdad, sé que la burla es un pecado. Pero ¡ese hombre!... Tiene un caballo mejor que el del napolitano; supera al conde palatino en la mala costumbre de fruncir el entrecejo; es todos los hombres en general y ningún hombre en particular; en cuanto canta un tordo, inmediatamente se pone a hacer cabriolas; sería capaz de batirse con su sombra; si me casase con él, me casaría con veinte maridos. Le perdonaría de buena gana, si llegara a

despreciarme; pues, aunque me amara hasta la locura, me sería imposible corresponderle.

NERISSA. — ¿Qué decís, entonces, de Faulconbridge, el joven barón de Inglaterra?

PORCIA. — Sabéis bien que no le digo nada porque ni me comprende ni le comprendo. No habla ni el latín, ni el francés, ni el italiano, y en cuanto a mí podrías jurar ante un tribunal que no sé ni un mal penique de inglés. Es el modelo de un hombre bello; pero, ¡ay!, ¿quién puede conversar con una pintura muda? ¡Y qué raramente vestido! Pienso si ha comprado su jubón en Italia, sus gregüescos en Francia, su gorra en Alemania y sus maneras en todas partes.

NERISSA. — ¿Qué pensáis del lord escocés, su vecino?

PORCIA. — Que está provisto de una caridad de buen vecino, porque ha recibido una bofetada del inglés y ha jurado que se la devolvería en cuanto pudiera. Creo que el francés le ha salido fiador y dado su garantía para otra bofetada.

NERISSA. — ¿Cómo encontráis al joven alemán, el sobrino del duque de Sajonia?

PORCIA. — Lo encuentro repugnante por la mañana, cuando está sereno, y más repugnante a la tarde, cuando está borracho; en sus mejores momentos es poco menos que un hombre, y en sus peores horas vale apenas más que una bestia. Si me ocurre, por desgracia, lo peor que pueda ocurrirme, espero que sabré arreglarme para desembarazarme de él.

NERISSA. — Si pudiera elegir entre los cofrecitos, y se le ocurriera el bueno, no podríais rehusarle por esposo sin rehusar la ejecución de la voluntad de vuestro padre.

PORCIA. — Así, por temor de ese infortunio, pon, te lo suplico, un gran vaso de vino del Rin sobre el cofrecito adverso, pues aun cuando el mismo diablo estuviese dentro, si esta tentación se halla afuera ya sé lo que escogerá. Haré cualquier cosa, Nerissa, antes que consentir casarme con una esponja.

NERISSA. — No tenéis que temer el casamiento con ninguno de esos caballeros, señora, pues me han informado de su resolución, que es regresar a su país y no importunaros más con sus demandas, a menos que puedan obteneros por otro medio que esa lotería de los cofrecitos, impuesta por vuestro padre.

PORCIA. — Aun cuando hubiera de vivir hasta la edad de la Sibila, moriría tan casta como Diana antes que ser conquistada de otro modo que por el de la voluntad de mi padre. Me alegro de que esa gavilla de pretendientes sea tan razonable, porque no hay uno de ellos por cuya ausencia suspire, y suplico al cielo que les otorgue una feliz partida.

NERISSA. — ¿Os acordáis, señora, en tiempo de vuestro padre, de un veneciano, a la vez literato y soldado, que vino aquí en compañía del marqués de Montferrat?

PORCIA. — Sí, sí; era Bassanio; así se llamaba, creo.

NERISSA. — Exactamente, señora; de todos los hombres que han visto hasta hoy mis humildes ojos, es, en mi opinión, el que mejor merece una bella dama.

PORCIA. — Me acuerdo bien de él, y recuerdo que era digno de las alabanzas que le dedicas.

Entra un CRIADO

¡Hola! ¿Qué ocurre? ¿Qué noticias hay?

CRIADO. — Los cuatro extranjeros os buscan para despedirse de vos, señora, y acaba de llegar el correo de un quinto, el príncipe de Marruecos, que trae la novedad de que el príncipe, su amo, estará aquí esta noche.

PORCIA. — Si pudiera desear la bienvenida a este quinto de tan buen grado como me dispongo a decir adiós a los otros cuatro, me sentiría dichosa con su llegada. Aunque tuviese las cualidades de un santo y el aspecto de un diablo, le querría mejor para confesor que para marido. Ven, Nerissa; marcha delante, granuja. Apenas hemos corrido el cerrojo tras de un pretendiente cuando otro llama a la puerta. *(Salen.)*

ESCENA III

VENECIA. — UNA PLAZA PÚBLICA

Entran BASSANIO *y* SHYLOCK

SHYLOCK. — ¿Tres mil ducados...? Bien.

BASSANIO. — Sí, señor; por tres meses...

SHYLOCK. — ¿Por tres meses...? Bien.

BASSANIO. — Por cuya suma, según os he dicho, Antonio saldrá fiador.

SHYLOCK. — ¿Antonio saldrá fiador...? Bien.

BASSANIO. — ¿Podréis servirme? ¿Queréis complacerme? ¿Conoceré vuestra respuesta?

SHYLOCK. — ¿Tres mil ducados por tres meses y Antonio como fiador?

BASSANIO. — Vuestra respuesta.

SHYLOCK. — Antonio es bueno.

BASSANIO. — ¿Habéis oído alguna imputación en contrario?

SHYLOCK. — ¡Oh!, no, no, no, no. Mi intención al decir que es bueno es haceros comprender que lo tengo por solvente. Sin embargo, sus recursos son hipotéticos; tiene un galeón con destino a Trípoli; otro en ruta para las Indias; he sabido, además, en el Rialto (1) que tiene un tercero en Méjico y un cuarto camino de Inglaterra. Posee algunos más, esparcidos aquí y allá. Pero los barcos no están hechos más que de tablas; los marinos no son sino hombres; hay ratas de tierra y ratas de agua; ladrones de tierra y ladrones de agua; quiero decir piratas. Además, existe el peligro de las olas, de los vientos y de los arrecifes. No obstante, el hombre es solvente. Tres mil ducados. Pienso que puedo aceptar su pagaré.

BASSANIO. — Estad seguro que podéis.

SHYLOCK. — Me aseguraré que puedo, y a fin de ratificarme, voy a reflexionar. ¿Puedo hablar con Antonio?

BASSANIO. — Si os agradase comer con nosotros.

SHYLOCK. — ¡Sí, para recibir el olor del puerco! ¡Para comer en la casa en que vuestro profeta, el Nazareno, hizo entrar, por medio de exorcismos, al diablo! Me parece bien comprar con vosotros, vender con vosotros, hablar con vosotros, pasearme con vosotros y asi sucesivamente; pero no quiero comer con vosotros, beber con vosotros, ni orar con vosotros. ¿Qué noticias hay del Rialto? ¿Quién llega aquí?

Entra ANTONIO

(1) El Rialto era la Bolsa o Cámara de Comercio, donde se reunían los mercaderes venecianos y se hacían las transacciones comerciales.

BASSANIO. — Es el signior Antonio.

SHYLOCK. — *(Aparte.)* ¡Qué fisonomía semejante a un hipócrita publicano! Le odio porque es cristiano, pero mucho más todavía porque en su baja simplicidad presta dinero gratis y hace así descender la tasa de la usura en Venecia. Si alguna vez puedo sentarle la mano en los riñones, satisfaré por completo el antiguo rencor que siento hacia él. Odia a nuestra santa nación, y hasta en el lugar en donde se reúnen los mercaderes se mofa de mí, de mis negocios y de mi ganancia legítimamente adquirida, que él llama usura. Maldita sea mi tribu si le perdono.

BASSANIO. — Shylock, ¿escucháis?

SHYLOCK. — Estoy haciendo la cuenta de mi capial disponible al presente; y a lo que puedo fiarme de mi memoria, veo que me es imposible afrontar inmediatamente la suma de tres mil ducados. ¿Qué importa? Tubal, un rico hebreo de mi tribu, me proveerá. Pero, vamos despacio... ¿Por cuántos meses deseáis esa suma? *(A Antonio.)* Que la dicha sea con vos, mi buen signior. Acabamos justamente de hablar de vuestra señoría.

ANTONIO. — Shylock, aunque yo no preste ni tome prestado con la condición de dar o de recibir más que lo tomado a préstamo o prestado, sin embargo, saldré esta vez de mis hábitos para subvenir a las apremiantes necesidades de mi amigo. *(A Bassanio.)* ¿Está informado de lo que necesitáis? (1).

SHYLOCK. — Sí, sí; tres mil ducados.

ANTONIO. — Y por tres meses.

SHYLOCK. — Había olvidado... tres meses. *(A Bassanio.)* Así lo habéis dicho, verdaderamente. *(A Antonio.)* Bien; entonces, venga el pagaré y concluyamos. Pero escuchad un poco; me parece que acabáis de decir que ni prestáis ni tomáis prestado a interés.

ANTONIO. — No lo hago nunca.

SHYLOCK. — Cuando Jacob llevaba a pastar los rebaños de su tío Labán, este Jacob, que fue de la familia de nuestro santo Abrahán, gracias a las medidas que su prudente madre tomó en su favor, el tercer descendiente...; sí, fue el tercero...

---

(1) Cuando la ocasión se ofrece, Antonio no habla directamente a Shylock, sino que, volviendo la cabeza, se dirige a Bassanio.

ANTONIO. — ¿Y a cuento de qué viene ahora Jacob? ¿Prestaba a interés?

SHYLOCK. — No recibía interés, no recibía directamente interés, como decís. Pero fijaos bien lo que hizo. Labán y él habían tomado el acuerdo de que todos los recentales (1) listados y moteados fueran para Jacob, en concepto de salario. Cuando al final del otoño los machos ardorosos buscaban a las hembras y la obra de gencración se efectuaba entre los lanudos seres, el astuto pastor se proveía de algunas cortezas de árboles, y mientras verificaban el acto de la reproducción la presentaba a las ovejas lascivas, que concebían en aquel momento, y en la época de parir daban a luz corderos de diversos colores, que pasaban a poder de Jacob. Esta era una manera de prosperar, y fue bendecida su ganancia, pues la ganancia es una bendición cuando no se roba.

ANTONIO. — Eso era una especie de casualidad, señor, sobre la que Jacob aventuraba sus servicios; una cosa que no estaba en sus manos obtener, sino que se hallaba regulada y determinada por la mano de Dios. Pero esta historia, ¿se ha estampado jamás en la Escritura para justificar la usura? ¿Vuestro oro y vuestra plata son ovejas y moruecos?

SHYLOCK. — No os lo puedo decir; les hago reproducirse todo lo posible; mas tomad buena nota de lo que digo, señor.

ANTONIO. — Fijaos en esto, Bassanio: el demonio puede citar la Escritura para justificar sus designios. Un alma perversa que apela a testimonios sagrados es como un bellaco de risueño semblante, como una hermosa manzana de corazón podrido. ¡Oh, qué bello exterior puede revestir la falsedad!

SHYLOCK. — Tres mil ducados es una suma bastante redonda. Tres meses de doce; veamos; el interés...

ANTONIO. — Bueno, Shylock; ¿quedaremos obligados a vos?

SHYLOCK. — Signior Antonio, veces y veces, en el Rialto, me habéis maltratado a propósito de mi dinero y de los intereses que le hago producir; sin embargo, he soportado ello con paciente encogimiento de hombros, porque la resignación es la virtud característica de nuestra raza. Me habéis llamado descreído, perro malhechor, y habéis escupido sobre

(1) Tal es en castellano el significado justo de *eanlings*, que trae el original, o sea los corderos de leche, o que no han pastado.

mi gabardina de judío, todo por el uso que he hecho de lo que me pertenece. Muy bien; pero parece ser que ahora tenéis necesidad de mi ayuda; venís a mí y me decís: «Shylock, tendríamos necesidad de dinero.» Y me lo decís vos, vos, que habéis expelido vuestra saliva sobre mi barba y me habéis echado a puntapiés, como echaríais de vuestro umbral a un perro vagabundo. Pedís dinero. ¿Qué debo contestaros? ¿No debería responderos: «Es que un perro tiene dinero? ¿Es posible que un mastín preste tres mil ducados?» O bien, inclinándome servilmente, y en el tono de un esclavo, con el aliento retenido y humildad de susurro, deciros así: «Arrogante señor, habéis escupido sobre mí el miércoles último; me habéis arrojado con el pie tal día; en otra ocasión me llamasteis dogo, y por todas esas cortesías, ¿voy a prestaros tanto dinero?»

ANTONIO. — Me dan ganas de llamarte otra vez lo mismo, de escupirte de nuevo y de darte también de puntapiés. Si quieres prestar ese dinero, préstalo, no como a tus amigos, pues ¿se ha visto alguna vez que la amistad haya exigido de un amigo sacrificios de un estéril pedazo de metal?, sino préstalo como a tus enemigos, de quienes podrás obtener más fácilmente castigo si faltan a su palabra.

SHYLOCK. — ¡Vaya, mirad cómo os amostazáis! Quisiera hacer pacto de amistad, ganar vuestro afecto, olvidar los ultrajes con que me habéis mancillado, subvenir a vuestras necesidades presentes, sin tomar algún interés por mi dinero, y no queréis escucharme; mi ofrecimiento es generoso.

ANTONIO. — Sería, en efecto, pura generosidad.

SHYLOCK. — Pues quiero probaros esta generosidad. Venid conmigo a casa de un notario, me firmaréis allí simplemente vuestro pagaré, y a manera de broma será estipulado que, si no pagáis tal día, en tal lugar, la suma o las sumas convenidas, la penalidad consistirá en una libra exacta de vuestra hermosa carne, que podrá ser escogida y cortada de no importa qué parte de vuestro cuerpo que me plazca.

ANTONIO. — Conforme, a fe mía; firmaré ese pagaré y diré que hay mucha generosidad en el judío.

BASSANIO. — No firmaréis por mí un compromiso como ése; prefiero continuar en el apuro en que estoy.

ANTONIO. — ¡Bah!, no temáis, hombre; no caeré en falta. De

aquí a dos meses, es decir, un mes antes de la expiración de ese pagaré, espero ingresos de tres veces el triple del valor del recibo.

SHYLOCK. — ¡Oh podre Abrahán! ¡Vaya unos cristianos, cuya crueldad de sus propios actos les enseña a sospechar de las intenciones del prójimo! Os lo suplico, responded a esto; si por casualidad él faltara al pago el día convenido, ¿qué ganaría yo al exigir el cumplimiento de la condición? Una libra de carne humana no tiene tanto precio ni puede aprovecharse tanto como la carne de carnero, de buey o de cabra. Os lo repito: para conquistar su afecto os hago esta oferta amistosa; si quere aceptarla, bien; si no, adiós. Y en reciprocidad de mi afecto, no me injuriéis, os lo ruego.

ANTONIO. — Sí, Shylock; firmaré ese pagaré.

SHYLOCK. — Entonces, esperadme en seguida en casa del notario; dadle las instrucciones necesarias para este divertido documento, y a mi llegada os embolsaré inmediatamente los ducados. Quiero dar un vistazo a mi casa, que he dejado temblando bajo la custodia poco segura de un pillo descuidado, y al momento me reúno con vosotros. *(Sale.)*

ANTONIO. — Apresúrate, amable judío. Este hebreo acabará por hacerse cristiano; ya va siendo obsequioso.

BASSANIO. — No me placen términos finos y alma de bribón.

ANTONIO. — Marchemos; no puede resultar nada desagradable. Mis barcos regresarán un mes antes del día convenido. *(Salen.)*

FUNDADA EN 1620
QUITO

ACTO SEGUNDO

ESCENA PRIMERA

UNA HABITACIÓN EN LA CASA DE PORCIA

Trompetería. Entran el PRÍNCIPE DE MARRUECOS, *con su séquito,* PORCIA, NERISSA *y otros acompañantes*

PRÍNCIPE DE MARRUECOS. — No me desdeñéis a causa de mi tez, librea oscura del sol bruñidor, del que soy vecino y bajo el que me he formado. Traedme el más blanco (1) de los hijos del Norte, donde el fuego de Febo funde apenas los carámbanos de nieve, y por nuestro amor nos practicaremos incisiones, para saber cuál sangre es más roja, la suya o la mía. Te lo digo, hermosa dama; este rostro ha aterrorizado a los bravos. Juro por el amor que me inspiras, que las vírgenes más consideradas de nuestro clima le han amado también. No quisiera, pues, cambiar mi tez por ninguna otra; a menos que con ello me fuera dable conquistar vuestros pensamientos, mi dulce reina.

PORCIA. — En punto a elección de esposo no puedo dejarme conducir solamente por la agradable dirección de los ojos de una joven. Además, la lotería de mi destino me prohíbe el derecho de una elección voluntaria, pero si mi padre

(1) *Fairest.* Creo que *fair* significa en esta ocasión blanco, a tenor de lo que pide la frase; de ahí la versión que damos al comparativo.

no hubiese limitado mi libertad y obligado con su prudencia ingeniosa a darme por mujer al que me conquiste según los medios que os he dicho, vos, príncipe renombrado, tendríais tantos derechos a mi afecto como ninguno de los pretendientes que hasta ahora he visto.

PRÍNCIPE DE MARRUECOS. — Os doy las gracias sólo por ello, y en consecuencia os ruego me conduzcáis cerca del cofrecito para que intente fortuna. Por esta cimitarra, que ha matado al Sofí y a un príncipe persa, que ha ganado tres batallas sobre el sultán Solimán, sería capaz, para conquistarte, ¡oh señora mía!, de fulminar con la mirada los ojos más amenazadores, de superar en bravura el corazón más intrépido de la tierra, de arrancar de las manos de la osa sus cachorros, y, más todavía, de burlarme del león cuando ruge tras de su presa. Pero, ¡ay ahora! Si Hércules y Licas juegan juntos a los dados a quién es más grande de los dos, puede que la fortuna haga que el tanto más alto salga de la mano más débil y que Alcides sea vencido por su paje. Así es como yo, conducido por la ciega suerte, puedo perder lo que otro menos digno alcance y morir de pena de mi derrota.

PORCIA. — Tenéis que aceptar vuestra suerte; y así, o renunciad a toda elección, o jurad antes de escoger que, si escogéis mal, no hablaréis nunca más de matrimonio con ninguna dama. Haced, por tanto, de modo que os decidáis con prudencia.

PRÍNCIPE DE MARRUECOS. — Consiento en esas condiciones; venid, llevadme hacia mi azar.

PORCIA. — Vamos primero al templo; después de cenar consultaréis la suerte.

PRÍNCIPE DE MARRUECOS. — Entonces, ¡que la fortuna me sea propicia! Puede hacerme el más feliz o el más desgraciado de los hombres. *(Trompetería. Salen.)*

FUNDADA EN 1620 QUITO

ESCENA II

VENECIA. — UNA CALLE

Entra LAUNCELOT GOBBO

LAUNCELOT. — Ciertamente la conciencia me hará abandonar la casa de ese judío, mi amo. El demonio me toca el codo y me tienta diciéndome: «¡Gobbo, Launcelot Gobbo, buen Launcelot!», o «¡Buen Gobbo!», o «¡Buen Launcelot Gobbo, servíos de vuestras piernas, dejad el campo, poneos en franquicia!» Mi conciencia me dice: «No, ten cuidado, honrado Launcelot; ten cuidado, honrado Gobbo», o, como he dicho anteriormente, «honrado Launcelot Gobbo; no te escapes, desprecia la idea de poner pies en polvorosa». Pero el intrépido demonio me ordena liar el petate: «¡Vía!» (1), dice el demonio. «¡Largo!», dice el demonio. «En nombre del cielo, toma una resolución enérgica y parte», dice el demonio. A su vez, mi conciencia, colgándose del cuello de mi corazón, me dice estas prudentísimas palabras: «Mi honesto amigo Launcelot, tú, que eres el hijo de un hombre honrado...» —valdría mejor decir el hijo de una mujer honrada, porque, para decir verdad, mi padre tuvo cierto resabio, cierta inclinación, cierto gusto especial—; mi conciencia me dicta, pues: «¡Launcelot, no te muevas!» «¡Muévete!», dice el demonio. «¡No te muevas!», dice mi conciencia. «Conciencia, le digo, no me aconsejas mal; demonio, le contesto, me aconsejas bien.» Si me dejo gobernar por mi conciencia, me quedaré con el judío mi amo, que es una especie de diablo; si me escapo de la casa del judío, tomaré por amo al demonio, quien, salvando vuestros respetos, es Satanás mismo. Ciertamente, el judío es una encarnación del propio diablo; y, en conciencia, mi conciencia es una especie de conciencia sin piedad, por aconsejarme que me quede con el judío. Es el demonio quien me

(1) Así en el original. Unions hace la palabra italiana *via*, equivalente a *on, go on, say on*. Sin embargo, la interjección se halla en nuestros más antiguos escritores. Es la forma anticuada de *¡Ea!* En los *Sueños*, de Quevedo, se lee, justamente, como en Shakespeare: "¡Vía!, dijo un diablo..."

da el consejo más amistoso; me escaparé, demonio; mis piernas están a tus órdenes; me escaparé.

Entra el viejo GOBBO *con un cesto*

GOBBO. — Mi joven señor, os lo suplico, ¿cuál es el camino de la casa del señor judío?

LAUNCELOT. — *(Aparte.)* ¡Oh cielos! Es el verdadero autor de mis días, que, estando más que medio ciego, tres cuartos ciego, no me conoce. Voy a hacer un experimento con él.

GOBBO. — Mi joven señor, os lo suplico, ¿cuál es el camino para ir a la casa del señor judío?

LAUNCELOT. — Torced a vuestra mano derecha en la primera esquina; pero en la última esquina de todas tomad a la izquierda, y en seguida en la primera esquina no torzáis, ¡pardiez!, ni a la derecha ni a la izquierda, sino descended indirectamente hacia la casa del judío.

GOBBO. — ¡Por los santos de Dios! He ahí un camino que será fácil encontrar. ¿Podéis decirme si un cierto Launcelot, que vive con él, vive o no con él?

LAUNCELOT. — ¿Habláis del joven maese Launcelot? *(Aparte.)* Ponedme atención ahora; voy a hacer correr las lágrimas (1). *(A* GOBBO.*)* ¿Habláis del joven maese Launcelot?

GOBBO. — No es maese, señor, sino el hijo de un pobre hombre; su padre, aunque sea yo quien lo diga, es un hombre honrado, extremadamente pobre, y, a Dios gracias, en buena disposición de vivir.

LAUNCELOT. — Bien; sea su padre lo que quiera, hablamos del joven maese Launcelot.

GOBBO. — Launcelot a secas, señor, para servir a vuestra señoría.

LAUNCELOT. — Pero os lo ruego, *ergo* anciano, *ergo*, os lo suplico; ¿es del joven maese Launcelot de quien habláis?

GOBBO. — De Launcelot, si place a vuestro honor.

LAUNCELOT. — *Ergo*, de maese Launcelot. No habléis de maese Launcelot, padre, pues el joven caballero, según los hados y los destinos y otras maneras raras de hablar, como las Tres Hermanas, y parecidas divisiones de la erudición, ha fa-

(1) *The waters*; literalmente "las aguas". Castellanizamos la expresión.

llecido, o, como diríamos en términos más corrientes, ha ido al cielo.

GOBBO. — ¡Pardiez! ¡No lo permita Dios! El muchacho era el báculo de mi vejez, mi verdadero sostén.

LAUNCELOT. — *(Aparte.)* ¿Me parezco a un garrote, a una viga, a un bastón, a un posté? *(A* GOBBO.) ¿Me reconocéis, padre?

GOBBO. — ¡Ay! No, no os conozco, joven caballero; pero decidme, per favor, si mi muchacho (Dios de reposo a su alma) está muerto o vivo.

LAUNCELOT. — ¿Me reconocéis, padre?

GOBBO. — ¡Ay! Señor, estoy casi ciego, no os reconozco.

LAUNCELOT. — En verdad, aunque tuvierais vuestros ojos, podríais muy bien no reconocerme: es un padre avisado el que conoce su propio hijo. Vamos, viejo, voy a daros noticias de vuestro hijo. *(Se arrodilla.)* Dadme vuestra bendición; la verdad sale siempre a luz; un crimen no puede estar oculto largo tiempo, pero sí un hijo para su padre; sin embargo, al final la verdad acaba siempre por descubrirse.

GOBBO. — Os lo ruego, señor, levantaos; estoy seguro de que no sois Launcelot, mi hijo.

LAUNCELOT. — Os lo suplico: no digamos más tonterías sobre este asunto, sino dadme vuestra bendición; soy Launcelot, el que era vuestro mocito, el que es ahora vuestro hijo, el que será siempre vuestro chico.

GOBBO. — No puedo creer que seáis mi hijo.

LAUNCELOT. — No sé lo que debo creer a este respecto; pero soy Launcelot, el criado del judío, y estoy seguro de que Margarita, vuestra mujer, es mi madre.

GOBBO. — Su nombre es Margarita, en verdad, y afirmaré bajo juramento que si eres Launcelot eres de veras mi propia carne y mi propia sangre. ¡Dios sea alabado! ¡Cómo te ha crecido la barba! Tienes más pelos en tu barbilla que *Dobbin*, mi limonero, tiene en la cola.

LAUNCELOT. — *Parecería* entonces que la cola de *Dobbin* crece en disminución; pues estoy seguro de que tenía más pelos en la cola que los que yo tengo en la cara, la última vez que le vi.

GOBBO. — ¡Dios mío, cómo estás de cambiado! ¿Cómo os

lleváis tu amo y tú? Le traía un regalo. ¿Cómo os lleváis ahora?

LAUNCELOT. — Bien; pero, por mi parte, he decretado mi fuga; así que no me detendré hasta que no esté a una buena distancia de él. Mi amo es un verdadero judío. ¡Darle un regalo! ¡Dadle una cuerda! Me muero de hambre en su servicio. Podéis contarme todos los dedos que tengo con mis costillas. Padre, me alegro de que hayáis venido; entregadme vuestro regalo para un tal Bassanio, que, por cierto, da a sus servidores hermosas libreas nuevas; si no le sirvo, huiré tan lejos como alcanza la tierra de Dios« ¡Oh!, rara fortuna; aquí llega el hombre de que se trata; dirijámonos a él, padre, porque voy a convertirme en judío si sirvo al judío más tiempo.

Entra BASSANIO *con* LEONARDO *y otros acompañantes*

BASSANIO. — Podéis arreglarlo así; pero que se haga tan aprisa que la cena esté dispuesta, lo más tarde, a las cinco. Ved de entregar esas cartas, dad a hacer las libreas y rogad a Graciano que venga en seguida a mi alojamiento. *(Sale un criado.)*

LAUNCELOT. — Vamos a él, padre.

GOBBO. — ¡Dios bendiga a vuestra señoría!

BASSANIO. — Muchas gracias. ¿Deseas algo de mí?

GOBBO. — Aquí está mi hijo, señor, un pobre muchacho...

LAUNCELOT. — No un pobre muchacho, señor, sino el criado del rico judío, que quería, señor, como mi padre os especificará...

GOBBO. — Tiene, como si dijéramos, una gran *infección* (1) a servir...

LAUNCELOT. — Para deciros la verdad, el resumen de mi asunto es que sirvo al judío y que tengo un deseo, como mi padre os especificará...

GOBBO. — Su amo y él, salvando los respectos de vuesa merced, no hacen buenas migas... (2).

---

(1) *Infection*, en el texto; equivocación del personaje por *affection*.

(2) *Are scarce cater-cousins*. Literalmente: son apenas primos en cuarto grado, o parientes lejanos. Hemos castellanizado la frase.

LAUNCELOT. — Para ser breve, la verdad verdadera es que el judío, habiéndome maltratado, me fuerza como mi padre, que es un viejo, os «fructificará»...

GOBBO. — Tengo aquí un plato de pichones que quisiera ofrecer a vuestra señoría, y mi demanda es...

LAUNCELOT. — Para abreviar: la demanda es «ajena» (1) a mí, como vuestra señoría lo sabrá por este anciano, que es un pobre hombre y mi padre...

BASSANIO. — Que hable uno solo por ambos. ¿Qué queréis?

LAUNCELOT. — Serviros, señor.

GOBBO. — Ahí está la verdadera clave del asunto, señor.

BASSANIO. — Te conozco perfectamente; tu petición está concedida. Shylock, tu amo, me ha hablado hoy y me ha propuesto hacerte progresar, si progreso supone abandonar el servicio de un rico judío para convertirse en sirviente de un tan pobre caballero.

LAUNCELOT. — El viejo proverbio se reparte muy bien entre mi amo Shylock y vos, señor; vos tenéis la gracia de Dios y él la opulencia.

BASSANIO. — Has dicho bien. Ve con tu hijo, padre; despídete de tu antiguo amo e inquiere las señas de mi casa. *(A sus criados.)* Que se le dé una librea más bella que la de sus camaradas; cuidad que se cumpla así.

LAUNCELOT. — Marchemos, padre. No sé solicitar una colocación, no; jamás hallo lengua fácil en la cabeza. *(Mirándose la mano.)* Bien; si hay un hombre en Italia que para prestar juramento pueda mostrar una más bella palma en que apoyar un libro, tendré toda clase de dichas. Ved, he aquí solamente esta línea de vida. Aquí hay una provisioncita de mujeres. ¡Ay! Quince mujeres, pero ¡eso no es nada! Once viudas y nueve doncellas constituyen una parte modesta para un hombre. Y luego escapar por tres veces a la sumersión y estar en trance de perder mi vida al borde de un lecho de pluma. ¡He aquí un buen número de pequeños riesgos! Pues bien: si la fortuna es mujer, forzoso es convenir que se muestra buena chica en este horóscopo. Padre, marchemos; voy a despedirme del judío en un abrir y cerrar de ojos. *(Salen* LAUNCELOT *y el viejo* GOBBO.)

---

(3) *Impertinent*, impertinente, inaplicable, *irrelevant;* nueva equivocación de Launcelot.

BASSANIO. — Te lo ruego, mi buen Leonardo, piensa en esto: una vez compradas y debidamente distribuidas todas esas cosas, vuelve a toda prisa, pues doy esta noche una fiesta a mis mejores amigos. Anda, apresúrate.

Entra GRACIANO

GRACIANO. — ¿Dónde está vuestro amo?
LEONARDO. — Allá, señor, se pasea. *(Sale.)*
GRACIANO. — ¡Señor Bassanio!
BASSANIO. — ¡Graciano!
GRACIANO. — Tengo una petición que haceros.
BASSANIO. — Os está concedida.
GRACIANO. — No me la podéis negar. Quiero acompañaros a Belmont.
BASSANIO. — Pues bien: puedes hacerlo. Pero escúchame, Graciano: eres demasiado petulante, demasiado brusco y de tono altanero. Esas maneras te van muy bien, y a nuestros ojos no parecen, de ningún modo, chocantes; pero allí donde no eres conocido parecen libres con exceso. Te ruego que te tomes el trabajo de moderar por medio de algunas frías gotas de reserva las vivacidades de tu carácter, por medio que tu extravagancia habitual no haga juzgarme mal en el sitio adonde voy y no destruya mis esperanzas.
GRACIANO. — Escuchadme bien, signor Bassanio: si no adopto una grave actitud, si no hablo con respeto y si me ocurre jurar con frecuencia; si no llevo en mis bolsillos un libro de rezos y si no miro con beatitud; más aún: si mientras que se dan las gracias no tapo los ojos con mi sombrero, de este modo, suspirando y diciendo amén; si, en una palabra, no observo todas las reglas de la civilidad tan estrictamente como un joven que ha estudiado la forma de darse un aspecto austero para agradar a su abuela, no tengáis jamás confianza en mí.
BASSANIO. — Bien; veremos vuestra conducta.
GRACIANO. — La veremos; pero descarto la noche de hoy de nuestro convenio; no me juzguéis por lo que haga en esta velada.
BASSANIO. — No, sería una lástima; rogaré más bien a vuestro ingenio para que despliegue esta noche su más hermoso

traje de alegría, pues contaremos con amigos que se proponen divertirse. Pero, adiós, tengo algunos quehaceres.

GRACIANO. — Y yo debo ir a encontrarme con Lorenzo y los otros; mas nos volveremos a ver a la hora de cenar. *(Salen.)*

ESCENA III

VENECIA. — UNA HABITACIÓN EN CASA DE SHYLOCK

Entran JESSICA *y* LAUNCELOT

JESSICA. — Estoy enfadada porque abandonas así a mi padre; nuestra casa es un infierno, y tú, alegre diablo, divertías un poco su atmósfera de fastidio. Sin embargo, que lo pases bien; aquí tienes un ducado para ti. Esta noche, en la cena, Launcelot, verás a Lorenzo, que es el convidado de tu nuevo amo; dale esta carta en secreto, y ahora, adiós; no querría que mi padre me viese hablar contigo.

LAUNCELOT. — ¡Adiós! Mis lágrimas hablan por mi lengua. ¡Encantadora pagana! ¡Deliciosa judía! Si algún cristiano no hace alguna fechoría y te consigue, mucho me equivocaré. Pero adiós, que estas necias lágrimas ahogan un poco mi valor varonil.

JESSICA. — Adiós, mi buen Launcelot. *(Sale* LAUNCELOT.*)* ¡Ay, qué aborrecible pecado cometo al avergonzarme de ser hija de mi padre! Pero, aunque soy su hija por la sangre, no lo soy por el carácter. ¡Oh Lorenzo! Si mantienes tu promesa, haré cesar la lucha, convirtiéndome en cristiana y tu amante esposa. *(Sale.)*

ESCENA IV

VENECIA. — UNA CALLE

Entran GRACIANO, LORENZO, SALANIO *y* SALARINO

LORENZO. — Eso es, nos escaparemos a la hora de cenar, nos disfrazaremos en mi casa y estaremos todos de regreso al cabo de una hora.

GRACIANO. — No hemos hecho bien nuestros preparativos.

SALARINO. — Ni apalabrado todavía a los hacheros.

SALANIO. — Eso es de poca monta, como no esté muy bien dispuesto, y, a mi juicio, vale más no ocuparse de ello.

LORENZO. — No son ahora más que las cuatro. Tenemos dos horas para prepararnos.

Entra LAUNCELOT *con una carta*

Amigo Launcelot, ¿qué noticias hay?

LAUNCELOT. — Si os gustara romper esto, puede que llegarais a saberlo.

LORENZO. — Conozco la mano; por mi fe, que es una bella mano, y una bella mano más blanca que el papel sobre el que ha escrito.

GRACIANO. — De seguro, noticias de amor.

LAUNCELOT. — Con vuestro permiso, señor...

LORENZO. — ¿Dónde vas ahora?

LAUNCELOT. — ¡Pardiez! Señor, a avisar a mi viejo amo el judío que venga a cenar esta noche con mi nuevo dueño el cristiano.

LORENZO. — Espera un poco, toma esto; di a la encantadora Jessica que no la faltaré; díselo en secreto, anda. (*Sale* LAUNCELOT.) Señores, ¿queréis hacer los preparativos para la mascarada de esta noche? Me he provisto de un portador de antorcha.

SALANIO. — Sí, ¡pardiez! Voy a ocuparme de ello.

SALARINO. — Y yo también.

LORENZO. — Venid a recogernos a mí y a Graciano en el alojamiento de Graciano de aquí a una hora.

SALARINO. — Eso es lo mejor. (*Salen* SALARINO *y* SALANIO.)

GRACIANO. — ¿No era carta de la bella Jessica?

LORENZO. — Fuerza es que te lo diga todo. Me informa de la manera que debo raptarla de la casa de su padre; me indica que se ha provisto de oro, de joyas y se ha procurado un disfraz de paje. Si alguna vez el judío, su padre, entra en el Paraíso, no será más que en consideración a su encantadora hija, y si alguna vez la mala fortuna obstruye el camino de Jessica, no podría hacer valer otra excusa que ésta: que es la hija de un judío infiel. Vamos, ven conmigo;

revisa de paso esta carta. La bella Jessica será mi portaantorcha. *(Salen.)*

ESCENA V

VENECIA. — DELANTE DE LA CASA DE SHYLOCK

Entra SHYLOCK *y* LAUNCELOT

SHYLOCK. — Bien; tú verás; tus ojos harán la distinción entre el viejo Shylock y Bassanio. ¡Eh Jessica! No te atracarás, como has hecho en mi casa. ¡Eh Jessica! Ni te darás a dormir y a roncar y a destrozar el traje. ¡Eh Jessica, digo!

LAUNCELOT. — ¡Eh Jessica!

SHYLOCK. — ¿Quién te manda llamar? No te he ordenado que llames.

LAUNCELOT. — Vuestra señoría tenía el hábito de reprocharme el no poder jamás hacer nada sin órdenes.

Entra JESSICA

JESSICA. — ¿Me llamáis? ¿Qué queréis?

SHYLOCK. — Estoy invitado a cenar, Jessica; he aquí mis llaves. Pero ¿por qué había de ir? No es por afecto por lo que me invitan; quieren adularme. ¡Bah! Iré por odio, nada más que por hartarme a expensas del pródigo cristiano. Jessica, hija mía, vigila en la casa. Salgo verdaderamente contra mi deseo; algo se fragua contra mi reposo, pues he soñado esta noche con sacos de dinero.

LAUNCELOT. — Os ruego, señor, que vayáis; mi joven amo aguarda vuestra «desgracia».

SHYLOCK. — Y yo la suya.

LAUNCELOT. — Y han conspirado juntos...; no quiero deciros que veréis una mascarada, pero si la veis no fue entonces baldío el que mi nariz sangrara el último lunes de Pascua, a las seis de la mañana, que caía este año el mismo día que el miércoles de Ceniza de hace cuatro años por la tarde.

SHYLOK. — ¡Cómo! ¿Hay máscaras? Escuchadme bien, Jessica. Cierra con cerrojo mis puertas, y cuando escuches el

tambor o el silbido ridículo del pífano de cuello encorvado, no te encarames a las ventanas ni alargues tu cabeza sobre la vía pública para embotarte ante los payasos cristianos de pintados semblantes, sino, al contrario, tapa los oídos de mi casa, quiero decir mis ventanas; no dejes entrar en mi severa morada los ruidos inútiles de la disipación. Por el báculo de Jacob juro que no tengo ninguna gana de festejar hoy; sin embargo, iré. Andad delante, bribón; decid que voy a llegar.

LAUNCELOT. — Os precederé, señor. *(Bajo a* JESSICA.) Señora, mirad por la ventana, a pesar de todo.

Delante de ella pasará un cristiano,
digno de que la mire una judía. *(Sale.)*

SHYLOCK. — ¿Qué dice ese imbécil de la estirpe de Agar? ¿Eh?

JESSICA. — Me decía: «Adiós, ama», nada más.

SHYLOCK. — Ese galopín no es mal muchacho del todo, pero come enormemente, es lento para el trabajo como un caracol y duerme por el día más que un gato montés. Los zánganos no tienen nada que hacer en mi colmena; así, pues, me separo de él y le dejo para que sirva a cierto individuo a quien quisiera que le ayudase a gastar la bolsa que ha pedido prestada. Vamos, Jessica, entrad ya. Es posible que esté inmediatamente de vuelta. Haz como te he dicho. cierra las ventanas tras ti. Quien guarda, halla. He aquí un proverbio que para un espíritu económico siempre es aplicable. *(Sale.)*

JESSICA. — Adiós, y si la fortuna no me es contraria, habremos perdido yo un padre y vos una hija. *(Sale.)*

ESCENA VI

VENECIA

Entran GRACIANO *y* SALARINO, *enmascarados*

GRACIANO. — He aquí el cobertizo bajo el cual nos ha rogado Lorenzo que le esperáramos.

SALARINO. — Ha pasado ya casi la hora en que nos había citado.

GRACIANO. — Y es verdaderamente extraño que esté en retraso con su hora, pues los amantes tienen siempre la costumbre de adelantarse al reloj.

SALARINO. — ¡Oh! Las palomas de Venus vuelan diez veces más aprisa cuando se trata de sellar lazos de amor nuevamente contraídos que cuando intentan evitar la ruptura de una fe empeñada.

GRACIANO. — Eso es de eterna aplicación. ¿Quién se levanta nunca de la mesa con un apetito tan abierto como cuando se ha sentado? ¿Donde está el caballo capaz de volver sobre las huellas de su fatigosa jornada con el fogoso brío con que la recorrió primero? Todas las cosas de este mundo se persiguen con más ardor que se gozan. ¡Cuán semejante a un jovenzuelo o a un niño pródigo es la barca empavesada que sale de la bahía natal acariciada y besada por el viento jugueton! ¡ Y cuán semejante también a! hijo pródico vuelve con sus flancos averiados por las borrascas, sus velas en jirones, estropeada, hendida, despojada de todo por el viento huracanado!

SALARINO. — Aquí está Lorenzo. Reanudaremos la conversación más tarde.

Entra LORENZO

LORENZO. — Gracias, queridos amigos, por haberme esperado tan pacientemente; la culpa de este retraso es de mis asuntos, no mía. Cuando os plazca haceros ladrones de esposas, os prometo tener tanta paciencia como vosotros. Acerquémonos. Aquí está la casa de mi padre, el judío. ¡Hola! ¿Quién hay dentro?

JESSICA *aparece en la ventana en traje de muchacho*

JESSICA. — ¿Quién sois? Decídmelo, para cerciorarme, aunque juraría que conozco esa voz.

LORENZO. — Lorenzo y tu amor.

JESSICA. — Lorenzo, ciertamente, y mi amor, ésa es la verdad, porque ¿a quién entonces amo yo tanto? En cuanto a

saber si soy el vuestro, no hay nadie más que vos que podáis decirlo, Lorenzo.

LORENZO. — El cielo y tu alma son testigos de que lo soy.

JESSICA. — Tomad, coged esta capita, vale la pena. Me alegro que sea de noche y no podáis contemplarme, porque me hallo avergonzada de mi disfraz. Felizmente, el amor es ciego y los amantes no pueden ver las bellas locuras que cometen ellos mismos; sin eso, el propio Cupido se ruborizaría de verme así transformada en muchacho.

LORENZO. — Descended, porque es preciso que me sirváis de portaantorcha.

JESSICA. — ¡Cómo! ¿Voy a tener que alumbrar mi vergüenza? A fe que mi vergüenza no está sino demasiado, demasiado a la luz. Pero, amor mío, ésa es una función propia para hacerme descubrir, y yo debiera mantenerme en la oscuridad.

LORENZO. — Estáis bastante disimulada, querida mía, con ese donoso traje de muchacho. Pero venid aprisa, pues la noche cerrada comprende la fuga y se nos espera en la fiesta de Bassanio.

JESSICA. — Voy a echar el cerrojo a las puertas y a dorarme con algunos ducados más; luego soy con vos inmediatamente. *(Se retira de la ventana.)*

GRACIANO. — Por mi capucha, es una gentil y no una judía.

LORENZO. — Maldito sea si no la amo con todo mi corazón porque es discreta, si la juzgo bien; es hermosa, si mis ojos no me engañan; es sincera, como lo ha probado hace un momento, y por eso, por hermosa, discreta y sincera, ocupará siempre de lleno mi alma constante.

Entra JESSICA

¡Qué! ¿Estáis aquí? En marcha, señores, en marcha. Nuestros compañeros de mascarada nos esperan. (LORENZO *sale con* JESSICA *y* SALARINO.)

Entra ANTONIO

ANTONIO. — ¿Quién va?

GRACIANO. — ¡Signior Antonio!

ANTONIO. — ¡Vaya, vaya, Graciano! ¿Dónde están todos los

demás? Son las nueve; odos nuestros amigos nos esperan. No habrá mascarada esta noche; el viento es bueno, y Bassanio se va a embarcar inmediatamente. He enviado más de veinte personas a buscaros.

GRACIANO. — Me alegro de esas noticias; no deseo nada con más placer que estar bajo las velas y embarcado esta noche. *(Salen.)*

ESCENA VII

BELMONT. — UNA SALA EN EL CASTILLO DE PORCIA

Trompetería. Entra PORCIA *con el* PRÍNCIPE DE MARRUECOS

PORCIA. — Andad, corred las cortinas y descubrid los diversos cofrecitos a los ojos de este noble príncipe. Ahora, haced vuestra elección.

PRÍNCIPE DE MARRUECOS. — El primero, que es de oro, lleva esta inscripción: *Quien me escoja ganará lo que muchos desean.* El segundo, de plata, que ofrece esta promesa: *Quien me escoja obtendrá tanto como merece.* El tercero, de plomo vil, con esta inscripción tan vulgar como su metal: *Quien me escoja debe dar y aventurar todo lo que tiene.* ¿Cómo sabré si elijo bien?

PORCIA. — Uno de estos cofrecitos contiene mi retrato príncipe; si escogéis éste, os perteneceré de lleno.

PRÍNCIPE DE MARRUECOS. — ¡Que Dios guíe mi juicio! Veamos; voy a releer las inscripciones. ¿Qué dice este cofrecito de plomo? *Quien me escoja debe dar y aventurar todo lo que tiene.* ¡Debe dar! ¿A cambio de qué? ¡A cambio de plomo! Aventurar todo por plomo. Este cofrecito amenaza; los hombres que lo aventuran todo lo hacen con la esperanza de hermosos beneficios. Un espíritu de oro no se rinde ante las cosas de desecho. No daré ni aventuraré nada por plomo. ¿Qué dice la plata con su color virginal? *Quien me escoja obtendrá tanto como merece.* ¡Tanto como merece! Detente aquí, príncipe de Marruecos, y pesa tu valía con mano imparcial. Si estás valuado según tu propia estima, mereces mucho; pero mucho no basta para hacerte llegar hasta esta

dama, y, sin embargo, dudar de mi mérito sería una pueril depreciación de mí mismo. ¡Tanto como merezco! Bien; pero es esta dama lo que merezco. La merezco por mi nacimiento y por mi fortuna, por mis atractivos y por mis cualidades de educación, y, más bien que todo eso, la merezco por mi amor. Pues bien: ¿y si no buscara más y escogiera este cofrecito? Veamos aún otra vez lo que dice esta divisa grabada sobre oro: *Quien me escoja ganará lo que muchos desean.* ¡Vaya! Eso es esta dama; el mundo entero la desea; de los cuatro extremos de la tierra vienen para besar a esta casta, a esta santa mortal. Los desiertos de Hircania y las inmensas soledades de la vasta Arabia están convertidos ahora en grandes caminos para los príncipes que vienen a visitar a la bella Porcia. El reino de las aguas, cuya cabeza ambiciosa escupe a la faz del cielo, no es una barrera suficiente para detener los ardores de los extranjeros; ellos lo atraviesan como un arroyuelo para ver a la bella Porcia. Uno de estos tres cofrecitos contiene su celeste efigie. ¿Es probable que esté en el cofrecito de plomo? Tener una idea tan mezquina fuera un sacrilegio; sería un metal demasiado tosco para encerrar incluso su sudario en la oscuridad de su tumba. ¿Pensaré que esa imagen está entre muros de plata, que se aprecia en diez veces menos que el oro? ¡Oh terrible pensamiento! Jamás una joya tan rica fue gastada en un metal inferior al oro. Hay en Inglaterra una moneda que lleva la figura de un ángel grabada sobre oro, pero es en la superficie solamente donde está grabada, mientras que aquí es interiormente en un lecho de oro donde se halla tendido un ángel. Dadme la llave; escojo este cofrecito, y suceda lo que quiera.

PORCIA. — Aquí la tenéis; tomadla, príncipe, y si mi efigie se encuentra en ese cofrecito, vuestra soy.

PRÍNCIPE DE MARRUECOS. — *(Después de haber habierto el cofre de oro.)* ¡Oh infierno! ¿Qué es lo que encuentro? Una calavera que en una de sus órbitas vacías contiene un rollo escrito. Voy a leer lo que dice. *(Lee.)*

No es oro todo lo que reluce.
Con frecuencia habéis oído esto.
Mas de un hombre ha vendido su vida

solamente por contemplar mi exterior.
Las tumbas doradas conservan los gusanos.
Si hubierais sido tan prudente como osado,
joven de cuerpo y viejo de juicio,
habrías obtenido otra respuesta que la de este rollo.
Pasadlo bien; vuestra esperanza está fallida.

Fallida, en efecto, y mis esfuerzos están perdidos. ¡Adiós, pues, llama abrasadora! ¡Salud, corazón de hielo! ¡Porcia, adiós! Tengo el corazón demasiado dolorido para una despedida tediosa. Así se retiran los que pierden. *(Sale con su séquito. Trompetería.)*

ESCENA VIII

VENECIA. — UNA CALLE

Entran SALARINO y SALANIO

SALANIO. — Sí, hombre, he visto a Bassanio embarcarse; Graciano ha partido con él, pero Lorenzo, estoy seguro de ello, no iba en su nave.

SALARINO. — Ese bribón de judío ha despertado al dux con sus gritos y la ha hecho venir con él a registrar la embarcación de Bassanio.

SALANIO. — Ha venido demasiado tarde. El bajel se había dado a la vela, pero sobre el puente se ha oído decir al dux que Lorenzo y su enamorada Jessica habían sido vistos juntos en una góndola. Además, Antonio ha certificado al dux que ellos no estaban en el bajel de Bassanio.

SALARINO. — No he oído jamás quejas tan desprovistas de razón, tan estrambóticas, tan terribles, tan variables como las que ese perro de judío ha hecho resonar por las calles: «¡Mi hija! ¡Mis ducados! ¡Oh, mi hija huida con un cristiano! ¡Oh, mis ducados cristianos! ¡Justicia! ¡La ley! ¡Mis ducados y mi hija! ¡Un saco, dos sacos llenos de ducados, de dobles ducados, que se ha llevado consigo mi hija! ¡Y joyas! ¡Dos piedras, dos ricas y preciosas piedras robadas por

mi hija! ¡Justicia! ¡Que se encuentre a mi hija! ¡Lleva encima las piedras y los ducados!»

SALANIO. — A fe que todos los chicos de Venecia le siguen gritando. «¡Sus piedras, su hija, sus ducados!»

SALARINO. — Que el bueno de Antonio ponga mucho cuidado en ser exacto el día dicho, o será él quien pague por esta aventura.

SALANIO. — ¡Pardiez!, me recordáis a este propósito que ayer, hablando con un francés, me dijo que, en los mares estrechos que separan Francia de Inglaterra, un barco de nuestro país, con rico cargamento, había naufragado; pensé que ese buque no fuera suyo.

SALARINO. — Haríais bien en informar a Antonio de lo que habéis oído; sin embargo, no lo hagáis precipitadamente, porque eso podría entristecerle.

SALANIO. — No pisa la tierra caballero más bondadoso. Los he visto separarse a Bassanio y a él. Bassanio le decía que apresuraría su regreso. El ha repondido: «No hagáis tal, no estropeéis vuestro negocio por un exceso de precipitación a causa mía, Bassanio, sino tomaos todo el tiempo necesario para que pueda madurar. En cuanto al pagaré que puse en manos del judío, no inquietéis por ello a vuestro enamorado espíritu; estad alegre y emplead vuestros mejores pensamientos en hacer vuestra corte y en desplegar todas las bellas pruebas de amor que os sea conveniente mostrar.» Y entonces, con los ojos llenos de lágrimas, volviendo la cara, le ha tendido la mano por detrás, y con una ternura singularmente expresiva ha oprimido la de Bassanio; luego se han separado.

SALARINO. — Creo verdaderamente que no vive en este mundo más que para Bassanio. Partamos, te lo ruego; tratemos de encontrarle y de sacudir esa melancolía que se ha apoderado de él por una causa o por otra.

SALANIO. — Sí, hagámoslo. *(Salen.)*

ESCENA IX

BELMONT. — UNA SALA DEL CASTILLO DE PORCIA

Entra NERISSA *con un criado*

NERISSA. — Pronto, pronto, te lo suplico; descorre inmediatamente la cortina. El príncipe de Aragón ha prestado su juramento y viene a hacer su elección al instante.

Trompetería. Entran el PRÍNCIPE DE ARAGÓN, PORCIA *y su séquito*

PORCIA. — Mirad, aquí están los cofrecitos, noble príncipe: si escogéis el que contiene mi retrato, las ceremonias de nuestro casamiento se celebrarán en seguida; pero si os equivocáis, deberéis, señor mío, sin hablar más, partir de aquí inmediatamente.

PRÍNCIPE DE ARAGÓN. — Me he comprometido bajo juramento a tres cosas: la primera, a no revelar jamás a nadie el cofrecito que elija; la segunda, a no hablar nunca del matrimonio a una doncella, durante toda mi vida, si me equivoco de cofrecito; la tercera, a despedirme de vos y partir si la fortuna me es contraria.

PORCIA. — Esas son las condiciones que debe jurar quienquiera que venga aquí a correr los azares de la suerte por mi insignificante persona.

PRÍNCIPE DE ARAGÓN. — Y así me he preparado. ¡Fortuna, responde ahora a las esperanzas de mi corazón...! Oro, plata y plomo vil. *Quien me escoja debe dar y aventurar todo lo que tiene.* Haréis bien en tomar más bello aspecto antes de que yo dé o aventure alguna cosa. ¿Qué dice el cofrecito de oro? ¡Ah, veamos! *Quen me escoja ganará lo que muchos desean.* ¡Lo que muchos hombres desean! Ese muchos debe, sin duda, entenderse de la loca multitud que escoge por la apariencia, que no sabe más que lo que le muestran sus ojos enamorados de la superficialidad, que no penetra en el interior de las cosas, sino que, como el vencejo, fabrica sumido a la intemperie, sobre el muro exterior, en medio de los peligros y en el camino mismo de los accidentes. No escogeré lo que muchos

desean porque no quiero ponerme al nivel de los espíritus vulgares y confundirme en las filas de las bárbaras muchedumbres. Bien; ahora a ti, palacio de plata; recítame de nuevo la inscripción que llevas. *Quien me escoja obtendrá tanto como merece.* Y está muy bien dicho, porque ¿quién intentará engañar a la fortuna y pretender elevarse en honores si no tiene méritos para ello? Nadie presuma investirse de una dignidad inmerecida. ¡Oh, si fuera posible que los bienes, las jerarquías, los empleos, no se alcanzaran por medio de la corrupción! ¡Si fuera posible que los honores se adquirieran siempre por el mérito del que los obtiene! ¡Cuántos hombres andarían vestidos que ahora van desnudos! ¡Cuántos son mandados que mandarían! ¡Cuánta baja rusticidad se encontraría al separar el buen grano del verdadero honor, y cuánto honor se recogería entre los escombros y las ruinas hechas por el tiempo, para restituirle a su antiguo esplendor! ¡Bien; hagamos nuestra elección! *Quien me escoja obtendrá tanto como merece.* Me detengo ante el mérito. Dadme la llave de este cofrecito, y abramos inmediatamente la puerta de mi fortuna. *(Abre el cofrecito de plata.)*

PORCIA. — Pausa excesivamente larga para el objeto que encontráis ahí dentro.

PRÍNCIPE DE ARAGÓN. — ¿Qué es esto? El retrato de un idiota parpadeando que me ofrece un rollo. Voy a leerlo. ¡Oh, cuán diferente eres tú de Porcia! ¡Cuán diferente de mis esperanzas y de mi mérito! *Quien me escoja obtendrá tanto como merece.* ¿Es que no merezco nada mejor que una cabeza de idiota? ¿Es esto todo lo que valgo? ¿Mis dotes no tienen más precio?

PORCIA. — Ofender y juzgar son dos actos distintos y de naturaleza opuesta.

PRÍNCIPE DE ARAGÓN. — ¿Qué hay escrito? *(Lee.)*

El fuego ha probado siete veces este metal;
siete veces también ha sido probado el juicio
de quien no ha errado nunca al escoger.
Los hay que abrazan a las sombras,
y ésos poseen una dicha de sombras.
Existen, lo sé, imbéciles vivientes,
plateados al exterior; éste era uno de ellos.

Casaos con la mujer que os plazca.
Mi cabeza será siempre la vuestra.
Partid, pues, de aquí; estáis despedido.

Mientras más tiempo permanezca en estos lugares, más insensato pareceré en ellos. He venido con una cabeza de necio para contraer matrimonio y me vuelvo con dos. Adiós, encantadora! Mantendré mi juramento y soportaré pacientemente mi desgracia. *(Sale con su séquito.)*

PORCIA. — Así la falena se ha quemado en la luz. ¡Oh, esos idiotas de reflexiones profundas! Cuando han de elegir, tienen la sabiduría de perder a fuerza de talento.

NERISSA. — No es una herejía el antiguo refrán que dice: «Matrimonio y mortaja del cielo bajan.»

PORCIA. — Salgamos; corre la cortina, Nerissa.

Entra un MENSAJERO

MENSAJERO. — ¿Dónde está mi señora?

PORCIA. — Aquí. ¿Qué desea mi señor?

MENSAJERO. — Señora, ha descendido en vuestra puerta un joven veneciano, que se ha adelantado para anunciar la llegada de su señor, de quien os trae tangibles homenajes, consistentes, además de los saludos y palabras corteses, en ricos regalos. No he visto todavía un embajador de amor que responda tan bien a su cometido. Nunca un día de abril ha venido tan deliciosamente a anunciar la próxima llegada del opulento estío como este mensajero la aproximación de su amo.

PORCIA. — No más, te lo ruego; casi tengo miedo de que vengas en seguida a decirme que es alguno de tu familia, al verte gastar en alabarle semejante talento de los días de fiesta. Ven, ven, Nerissa; porque tengo prisa de ver a ese correo del gentil Cupido que se presenta con tan buen augurio.

NERISSA. — ¡Oh señor Amor, haz que sea Bassanio! *(Salen.)*


UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
POTENTIOR EST
OMNIUM
SAPIENTIA
FUNDADA EN 1620
QUITO

ACTO TERCERO

ESCENA PRIMERA

VENECIA. — UNA CALLE

Entran SALANIO *y* SALARINO

SALANIO. — Hola, ¿qué noticias hay del Rialto?

SALARINO. — Pues bien: todavía corre el rumor, sin que sea desmentido, de que un buque ricamente cargado, de Antonio, ha naufragado en el estrecho; en los Goodwins, que tal es el nombre del sitio en que se ha sumergido: un escollo peligroso y fatal, donde los cascos de una multitud de grandes barcos han encontrado su sepultura, según se dice, si mi compadre el rumor es un honrado individuo fiel a su palabra.

SALANIO. — Quisiera que en esta circunstancia fuese tan embustero como la más embustera comadre que haya ingerido jengibre o hecho creer a sus vecinas que lloraba por la muerte de su tercer marido. Pero, sin incurrir en prolijidad o desviarnos del camino principal de la conversación, la verdad es que el buen Antonio, el honrado Antonio... ¡Oh, que no tenga un epíteto bastante honorable para acompañarlo a su nombre!

SALARINO. — Veamos, llega al final.

SALANIO. — ¡Ah! ¿Qué dices? ¡Vaya! El final es que ha perdido un bajel.

SALARINO. — Quisiera que ése fuese el final de sus pérdidas.

SALANIO. — Déjame decir muy aprisa amén, no sea que el diablo destruya el efecto de mi plegaria, porque ahí lo tienes, que llega bajo la figura de un judío.

Entra SHYLOCK

¡Hola, Shylock! ¿Qué novedades hay entre los mercaderes?

SHYLOCK. — Estáis enterados mejor que nadie, mejor que nadie, de la fuga de mi hija.

SALARINO. — Es cierto; por mí, conozco al sastre que ha confeccionado las alas con que ha huido.

SALANIO. — Y Shylock, por su parte, sabía que el ave tenía plumas; y es natural en las aves abandonar su nido cuando tienen plumas.

SHYLOCK. — Será condenada por eso.

SALARINO. — Indudablemente, si el diablo pudiera ser su juez.

SHYLOCK. — ¡Mi carne y mi sangre revelarse así!

SALANIO. — ¡Fuera, vieja carroña! ¿Es que se revela eso a tu edad?

SHYLOCK. — Digo que mi hija es mi carne y mi sangre.

SALARINO. — Existe más diferencia entre tu carne y la suya que entre el ébano y el marfil; más diferencia entre vuestras dos sangres que entre el vino tinto y el vino del Rin. Pero decidnos: ¿habéis oído o no decir que Antonio había tenido una pérdida en el mar?

SHYLOCK. — He ahí otro buen negocio más para mí. ¡Un quebrado, un pródigo, que apenas se atreve a asomar la cabeza por el Rialto! ¡Un mendigo, que tenía costumbre de venir a hacerse el elegante en el mercado! ¡Que tenga cuidado con su documento! Tenía el hábito de llamarme usurero; que tenga cuidado con su pagaré. Tenía la costumbre de prestar dinero por caridad cristiana; que tenga cuidado con su papel.

SALARINO. — ¡Bah! Estoy seguro de que, si no está en regla, no le tomarás su carne. ¿Para qué sería buena?

SHYLOCK. — Para cebar a los peces. Alimentará mi ven-

ganza, si no puede servir para nada mejor. Ha arrojado el desprecio sobre mí, me ha impedido ganar medio millón; se ha reído de mis pérdidas, se ha burlado de mis ganancias, ha menospreciado mi nación, ha dificultado mis negocios, enfriado a mis amigos, exacerbado a mis enemigos, ¿y qué razón tiene para hacer todo esto? Soy un judío. ¿Es que un judío no tiene ojos? ¿Es que un judío no tiene manos, órganos, proporciones, sentidos, afectos, pasiones? ¿Es que no está nutrido de los mismos alimentos, herido por las mismas armas, sujeto a las mismas enfermedades, curado por los mismos medios, calentado y enfriado por el mismo verano y por el mismo invierno que un cristiano? Si nos pincháis, ¿no sangramos? Si nos cosquilleáis, ¿no nos reímos? Si nos envenenáis, ¿no nos morimos? Y si nos ultrajáis, ¿no nos vengaremos? Si nos parecemos en todo lo demás, nos parecemos también en eso. Si un judío insulta a un cristiano, ¿cuál será la humildad de éste? La venganza. Si un cristiano ultraja a un judío, ¿qué nombre deberá llevar la paciencia del judío, si quiere seguir el ejemplo del cristiano? Pues venganza. La villanía que me enseñáis la pondré en práctica, y malo será que yo no sobrepase la instrucción que me habéis dado.

Entra un CRIADO

CRIADO. — Señores, mi amo Antonio está en su casa y desea hablaros.

SALARINO. — Le hemos buscado por todos sitios.

SALANIO. — He ahí llegar otro de la tribu. No se encontraría un tercero de la misma especie, a no ser que el diablo mismo se hiciese judío. *(Salen* SALANIO, SALARINO *y el* CRIADO.)

Entra TUBAL

SHYLOCK. — ¡Hola, Tubal! ¿Qué noticias hay de Génova? ¿Has hallado a mi hija?

TUBAL. — He parado en más de un lugar donde se hablaba de ella, pero no he podido encontrarla.

SHYLOCK. — ¡Oh, ay, ay, ay! ¡Un diamante perdido que

me había costado dos mil ducados en Francfort! La maldición no había nunca caído sobre nuestro pueblo hasta la fecha; yo no la había sentido jamás hasta hoy. ¡Dos mil ducados perdidos con ese diamante, y otras preciadas, muy preciadas alhajas! Quisiera que mi hija estuviera muerta a mis plantas, con las joyas en sus orejas; quisiera que estuviera enterrada a mis pies con los ducados en su féretro. ¿Ninguna noticia de los fugitivos? No, ninguna. Y no sé cuánto dinero gastado en pesquisas. ¡Ah! ¿Ves tú? ¡Pérdida sobre pérdida! ¡El ladrón ha partido con tanto, y ha sido necesario dar tanto para encontrar al ladrón, y ninguna satisfacción, ninguna venganza, ninguna mala suerte para otras espaldas que las mías, ningunos otros suspiros que los que yo lanzo, ningunas otras lágrimas que las que yo vierto!

TUBAL. — ¡Sí, otros hombres tienen también su mala suerte! Antonio, por lo que he sabido en Génova...

SHYLOCK. — ¿Qué, qué, qué? ¿Una desgracia? ¿Una desgracia?

TUBAL. — Ha perdido un galeón que venía de Trípoli.

SHYLOCK. — ¡Gracias a Dios! ¡Gracias a Dios! ¿Es verdad?

TUBAL. — He hablado con algunos de los marineros que han escapado del naufragio.

SHYLOCK. — Te doy las gracias, mi buen Tubal. ¡Buenas noticias! ¡Buenas noticias! ¡Ja, ja! ¿Dónde fue eso? ¿En Génova?

TUBAL. — Vuestra hija ha gastado en Génova, según he oído decir, ochenta ducados en una noche.

SHYLOCK. — Me hundes un puñal en el corazón; no volveré a ver más mi oro. ¡Ochenta ducados de una sola vez! ¡Ochenta ducados!

TUBAL. — Han venido en mi compañía, camino de Venecia, diversos acreedores de Antonio, que juraban que no podría evitar la bancarrota.

SHYLOCK. — Me alegro mucho de eso; le haré padecer, le torturaré. Estoy gozoso.

TUBAL. — Uno de estos acreedores me ha enseñado un anillo que había recibido de vuestra hija a cambio de un mono.

SHYLOCK. — ¡Maldita sea! Me atormentas, Tubal. Era mi

turquesa. La adquirí de Leah cuando era muchacho; no la habría dado por todo un desierto lleno de monos.

TUBAL. — Pero Antonio está ciertamente arruinado.

SHYLOCK. — Sí, sí, es verdad; es muy cierto. Anda, Tubal, tenme a sueldo un corchete; prevenle con quince días de anticipación. Si no está puntual en el día fijado, quiero tener su corazón; porque, una vez fuera de Venecia, podré hacer todo el negocio que se me antoje. Anda, Tubal, y ven a reunirte conmigo en nuestra sinagoga; anda, mi buen Tubal; a nuestra sinagoga, Tubal. *(Salen.)*

ESCENA II

BELMONT. — UNA SALA EN EL CASTILLO DE PORCIA

Entran BASSANIO, PORCIA, GRACIANO, NERISSA *y las gentes del séquito*

PORCIA. — No os apresuréis, os lo suplico; esperad un día o dos antes de consultar la suerte, pues si escogéis mal, pierdo vuestra compañía; así, pues, aguardad un poco. Hay algo que me dice —¡oh, no es el amor!— que no quisiera perderos, y sabéis vos mismo que no es el odio el que aconseja tal disposición de espíritu, sino el miedo de que no me comprendáis bien —y, sin embargo, una joven no tiene otro lenguaje que su pensamiento—; querría reteneros aquí un mes o dos antes de que os pusieseis por mi causa en manos de la fortuna. Podría enseñaros el medio de escoger bien, pero entonces sería perjura, y no lo seré jamás. Por otra parte, podéis perderme; y si eso ocurre, me haréis deplorar el no haber cometido el pecado de perjura. Malditos sean vuestros ojos. Me han embrujado y partido en dos mitades. La una es vuestra; la otra es a medias vuestra; mía, quiero decir; pero si es mía es vuestra, y de ese modo soy toda de vos. ¡Oh época malvada, que pone barreras entre los poseedores y sus derechos legítimos! Así, aunque de vos, no soy vuestra. Si las cosas se ponen mal, que sea la fortuna la que pague los vidrios rotos, y no yo. Hablo

demasiado, pero es por ganar tiempo, por estirarle, por alargarle, con el fin de haceros aplazar vuestra elección.

BASSANIO. — Dejadme elegir, pues en mi situación presente estoy en el potro del tormento.

PORCIA. — ¿En el tormento, Bassanio? Entonces declarad qué especie de traición está mezclada a vuestro amor.

BASSANIO. — Ninguna, si no es esa horrenda traición de la inquietud, que me hace temer por la posesión de mi amor. Igual podría existir pacto y amistad entre la nieve y el fuego que entre la traición y mi amor.

PORCIA. — Sí, pero habláis sobre el potro, que hace decir a las víctimas todo lo que se quiere.

BASSANIO. — Prometedme la vida y confesaré la verdad.

PORCIA. — Pues bien: entonces confesad y vivid.

BASSANIO. — Confesar que os amo y amaros habría sido el verdadero resumen de mi confesión. ¡Oh feliz tormento, puesto que mi atormentador me enseña las respuestas de liberación! Pero conducidme a los cofrecitos y hacia mi fortuna. *(Se descorre la cortina y aparecen los cofrecitos.)*

PORCIA. — Pues bien: sea entonces. Uno de estos cofrecitos contiene mi retrato; si me amáis, me descubriréis seguidamente. Nerissa, y vosotros todos, mantenecos a distancia. Que la música toque mientras elige, de manera que, si pierde, haga un final de cisne, y desaparezca durante la melodía. Y, con el objeto de que la comparación sea aún más justa, mis ojos serán las corrientes de agua que le servirán de húmedo lecho mortuorio. Puede ganar, y entonces, ¿qué será la música? Pues bien: entonces la música ocupará el lugar de esas bandas que acompañan las reverencias de los fieles súbditos ante un rey nuevamente coronado, o será como esos armoniosos sones que al amanecer se deslizan en los oídos del novio dormido para llamarle al matrimonio. Ahora se adelanta con tanta soberbia; pero con con más amor que el joven Alcides, cuando rescató a Troya doliente del tributo de las vírgenes, pagado al monstruo marino. Soy la víctima destinada al sacrificio, y las otras aquí presentes son las mujeres dárdanas, que con el terror en el semblante vienen a contemplar el resultado de la empresa. ¡Marcha, Hércules! Si vives, viviré. Contemplo este combate con mucho más espanto que tú, que sostienes la

lucha. *(La música acompaña este canto mientras* BASSANIO *busca mentalmente descubrir el secreto de los cofrecitos.)*

CANCIÓN

Dime dónde nace la pasión.
¿En el corazón o en el cerebro?
¿Cómo se engendra? ¿Cómo se nutre?
Responde, responde.
Se engendra en los ojos,
se nutre de miradas y muere
en la cuna donde reposa.

Repiquemos todos el toque funeral de la pasión.
Voy a comenzar: ¡Din, don, ton!

EL CORO

¡Din, don, ton!

BASSANIO. — Las más brillantes apariencias pueden cubrir las más vulgares realidades. El mundo vive siempre engañado por los relumbrones. En justicia, ¿qué causa tan sospechosa y depravada existe que una voz persuasiva no pueda, presentándola con habilidad, disimular su odioso aspecto? En religión, ¿qué error detestable hay, cuya enormidad no pueda desfigurar bajo bellos adornos un personaje de grave continente, bendiciéndolo y apoyándolo en textos adecuados? No hay vicio tan sencillo que no consiga dar en su aspecto exterior alguno de los signos de la virtud. ¡Cuántos cobardes, cuyos corazones son tan falsos como gradas de arena y a quienes cuando se les escruta interiormente se encuentra el hígado blanco como la leche, llevan en sus rostros las barbas de Hércules y Marte, con el ceño malhumorado! No se adornan con esas experiencias del valor más que para hacerse temibles. Contemplad una belleza y veréis que está comprada al peso; una especie de milagro se verifica que hace más livianas a aquellas que tienen una mayor cantidad. Así, esos bucles dorados, enroscados en serpentina, que voltejean lascivos con el viento, sobre una cabeza

de belleza supuesta, examinados de cerca resultan a menudo no ser sino los viudos de otra cabeza, cuyo cráneo que los sustentó yace en el sepulcro. El ornamento no es, pues, más que la orilla falaz de una mar peligrosa; el brillante velo que cubre una belleza indiana; en una palabra, una verdad superficial de la que el siglo, astuto, se sirve para atrapar a los más sensatos. Por eso te rechazo en absoluto, oro, alimento de Midas, y a ti también, pálido y vil agente entre el hombre y el hombre; pero a ti, débil plomo, que amenazas más bien que prometes, tu sencillez me convence más que la elocuencia, y es a ti al que escojo. ¡Que sea dichosa la elocuencia de esta elección!

PORCIA. — ¡Cómo se disipan en el aire todas las pasiones que me agitaban, excepto una sola: ansiedades de dudas, desesperación de la precipitación temeraria, temor tembloroso, celos de ojos verdes! ¡Oh amor, modérate; comprime tu éxtasis, haz derramar tu alegría mesuradamente, limita tu ardor! ¡Siento demasiado vivamente tu dicha; disminúyela, antes que llegue a trastornarme!

BASSANIO. — *(Abriendo el cofre de plomo.)* ¿Qué es lo que encuentro aquí? ¡El retrato de la bella Porcia! ¿Qué semidiós ha sabido aproximarse tanto a la creación? Estos ojos, ¿se mueven o parece que están en movimiento porque dejan atónitas las miradas de los míos? Aquí están los labios, entreabiertos, separados por una respiración aromada; tan dulce barrera merecería separar tan dulces amigos. En sus cabellos el pintor ha imitado a la araña y ha tejido una red de oro para prender los corazones de los hombres en más grande número que los insectos se enredan en las telarañas. Pero los ojos, ¿cómo ha podido verlos lo bastante para pintarlos? Parece que el pintar uno solo era lo suficiente para hacerle perder los dos suyos, y detenerle así en su tarea. Mirad, sin embargo. Tanto más daña la realidad de mis elogios a esta figura, al desvalorizarla, cuanto el mismo retrato queda cojo en comparación con la viviente realidad. Mas he aquí el rollito que contiene la expresión somera de mi suerte feliz. *(Lee.)*

¡A vos, que no escogéis por la apariencia,
suerte siempre tan feliz y elección tan verdadera!

Ya que esta buena fortuna os alcanza,
contentaos con ella y no busquéis otra nueva.
Si os sentís satisfecho con esto,
y si consideráis vuestra aventura para dicha vuestra,
volveos del lado de vuestra dama
y reclamadla con un beso de amor.

¡Rollo encantador! Bella dama, con vuestro permiso vengo con mi escrito en la mano para dar y recibir. *(La besa.)* Como cuando dos luchadores se disputan una victoria, el que piensa haberse portado bien a los ojos del pueblo, esperando los aplausos y los vítores unánimes, se detiene con el espíritu lleno de confusiones y calcula, indeciso, si esas aclamaciones elogiosas se dirigen a él o no; así, tres veces, bella dama, me detengo dudoso de saber si lo que veo es verdad, hasta que me lo hayáis afirmado, confirmado y ratificado.

PORCIA. — Vedme aquí, señor Bassanio, tal como soy. Por lo que a mí se refiere, no alimentaré ningún ambicioso deseo de ser mejor de lo que soy; pero por vos quisiera triplicarme veinte veces; quisiera ser mil veces más bella, mil veces más rica; y, en fin, solamente por elevarme más de lo que vos me estimáis, quisiera en riquezas, en virtudes, en hermosuras, en amigos, exceder todo cálculo. Pero la suma total de mi persona equivale a cero; es decir, para expresarme con brevedad, equivale a una joven sin instrucción, sin saber, sin experiencia, dichosa ante todo de no ser aún tan vieja que no pueda aún aprender; mas feliz, porque no es tan falta de talento que no pueda aprender, y dichosa por encima de todo de poder confiar mi espíritu dócil a los cuidados del vuestro para que lo dirija como su dueño, su gobernador y su rey. Mi persona y lo que me pertenece os son transferidos y se convierten en vuestros; no hace más que un instante yo era la soberana de este espléndido castillo, el ama de mis criados, la dueña de mí misma. Y ahora, ahora este castillo, estos criados, esa persona que soy, son vuestros, señor. Os lo doy con este anillo. Si alguna vez os separáis de él, lo perdéis o lo dais, que sea presagio de la ruina de vuestro amor, y para mí la legítima ocasión de quejarme de vos.

BASSANIO. — Señora, me habéis privado de todo poder de expresión; mi sangre solamente os responde en mis venas, y hay en mis facultades una confusión parecida a la que se manifiesta después de un discurso elocuente pronunciado por un príncipe popular entre la multitud henchida de satisfacción; cuando de esos murmullos de conjunto sale aquel ruido indistinto en que no hay nada más que una alegría demostrada y no demostrada a la vez. Pero cuando esta sortija se separe de mi dedo será que la vida me abandona. ¡Oh, entonces podréis decir decididamente: Bassanio ha muerto!

NERISSA. — Señor y señora: ahora nos corresponde a nosotros, que hemos sido espectadores y hemos visto cumplirse nuestros anhelos, gritar: ¡Felicidad completa, felicidad completa, señor y señora!

GRACIANO. — Señor Bassanio, y vos, noble dama: os deseo toda la dicha que podéis anhelar, pues estoy seguro de que vuestras aspiraciones no pueden estar en contra mía; así, cuando vuestras señorías solemnicen el contrato de su enlace, os pido que me permitáis casarme al mismo tiempo.

BASSANIO. — Con todo mi corazón, si logras encontrar mujer.

GRACIANO. — Doy gracias a vuestra señoría; me habéis hallado una. Mis ojos, señor, pueden tener miradas tan vivas como los vuestros. Vos contempláis al ama; yo contemplo a la doncella. Vos amáis; yo amo también, pues la pasividad no me va más a mí que a vos, señor. Vuestra fortuna dependía de esos cofrecitos, y las circunstancias hacían que la mía también dependiese de ellos; pues después de haber estado cortejando aquí hasta sudar a mares y haber prestado juramento de amor hasta secarme el paladar, tengo, al fin —si una promesa es un fin—, promesa de esta bella aquí presente de conseguir su amor si vuestra fortuna os hacía conquistar a su ama.

PORCIA. — ¿Es verdad, Nerissa?

NERISSA. — Sí, señora, si es de vuestro gusto.

BASSANIO. — Y vos, Graciano, ¿vais de buena fe?

GRACIANO. — Sí, señor; de buena fe.

BASSANIO. — Nuestras bodas serán muy realzadas con las vuestras.

GRACIANO. — Apostamos contra ellos mil ducados a quien tenga el primer hijo.

NERISSA. — ¡Cómo! ¿Y apostáis flojo?

GRACIANO. — No, en este juego no se gana nunca si se apuesta flojo. Pero ¿quién viene aquí? Lorenzo y su bella pagana. ¡Vaya, y también mi viejo amigo de Venecia, Salanio!

Enran LORENZO, JESSICA *y* SALANIO

BASSANIO. — Lorenzo y Salanio, sed aquí bien venidos, si es que mis títulos en estos lugares no son aún demasiado nuevos para permitirme desearos la bienvenida. Con vuestro permiso, dulce Porcia, deseo la bienvenida a mis amigos y a mis compatriotas.

PORCIA. — Hago lo mismo, señor; sean completamente bien venidos.

LORENZO. — Doy las gracias a vuestra señoría. Por mi parte señor, mi intención no era visitaros aquí; pero Salanio, a quien he encontrado en el camino, me ha comprometido de tal manera que no he podido rehusar.

SALANIO. — Es cierto, señor, y tenía mis razones para ello. El signior Antonio os saluda. *(Da una carta a* BASSANIO.)

BASSANIO. — Antes de abrir esta carta, decidme, os lo ruego, cómo le va a mi excelente amigo.

SALANIO. — No está enfermo, a menos que no esté enfermo del alma, y no está muy saludable tampoco, a menos que esté saludable del espíritu. Su carta, que aquí está, os dirá cómo se encuentra. (BASSANIO *lee la carta.)*

GRACIANO. — Nerissa, dispensad buena acogida a esa extranjera y dadla la bienvenida. La mano, Salanio. ¿Qué noticias hay de Venecia? ¿Cómo se encuentra ese mercader real, ese buen Antonio? Sé que estará contento de nuestra suerte. Somos los jasones; hemos conquistado el vellocino.

SALANIO. — Quisiera que hubieseis conquistado el toisón que él ha perdido.

PORCIA. — Esta carta contiene algunas malas noticias que hacen perder sus colores a las mejillas de Bassanio. Algún querido amigo muerto, sin duda, pues ninguna otra cosa en el mundo podría trastornar hasta ese punto la fisonomía

de un hombre de firme carácter. ¡Cómo! ¡De mal en peor! Con vuestro permiso, Bassanio, soy vuestra mitad, y debo generosamente compartir el efecto de las noticias que os traiga esa carta.

BASSANIO. — ¡Oh dulce Porcia! Esta carta contiene unas cuantas palabras de lo más desagradable que mancharon papel alguno jamás. Encantadora dama, cuando por primera vez os confesé mi amor, os dije francamente que toda mi riqueza corría por mis venas, que consistía en mi calidad de caballero, y entonces os dije la verdad. Y, sin embargo, querida señora, al valorarme en nada, veréis cuán jactancioso he sido. Cuando os dije que mi fortuna equivalía a cero, debí deciros que estaba por debajo de cero, porque verdaderamente me he empeñado con un amigo muy querido, y he hecho que se empeñe mi amigo con su enemigo más mortal para subvenir a mis gastos. He aquí una carta, señora, cuyo papel es como el cuerpo de mi amigo, y cada una de sus palabras como una herida abierta que deja escapar la vida con la sangre. Pero ¿es verdad, Salanio? ¿Todas sus expediciones han fracasado? ¿Ni una sola ha conseguido triunfar? ¡Cómo! ¿A la vez las de Trípoli, de Méjico, de Inglaterra, de Lisboa, de los Estados berberiscos, de la India? ¿Ni un solo bajel ha escapado al choque terrible de las rocas, ruina de los mercaderes?

SALANIO. — Ni uno solo, señor. Además, dijérase que aun cuando tuviera dinero para reembolsar al judío, éste no lo aceptaría. Jamás he visto una criatura, revestida de forma humana, más ávida y más anhelante de la pérdida de un hombre. Asedia de día y de noche al dux, y declara que no existe seguridad en Venecia si se le niega justicia. Veinte mercaderes, el dux mismo y los *magníficos* más notables han tratado de dulcificarle; pero nada puede disuadirle de su odiosa machaconería; incumplimiento de promesa, justicia, pagaré firmado.

JESSICA. — Cuando yo estaba con él, le he oído jurar ante Tubal y Chus, sus compatriotas, que quería mejor la carne de Antonio que veinte veces la suma que le debía; y sé, señor, que si la ley, la autoridad y el poder dejan marchar las cosas, la pasará mal ese pobre Antonio.

PORCIA. — ¿Es vuestro querido amigo el que se halla en semejante desgracia?

BASSANIO. — El más querido de mis amigos, el hombre más afectuoso, el alma más generosa y la más infatigable en rendir servicios; la persona en quien más que en ninguna otra alienta en Italia aparece el antiguo honor romano.

PORCIA. — ¿Qué suma debe al judío?

BASSANIO. — Le debe por mí tres mil ducados.

PORCIA. — ¡Cómo! ¿Nada más? Pagadle con seis mil y romped el pagaré; doblad esos seis mil y aun triplicad esta última suma antes que Bassanio deje que pierda un cabello por su culpa un amigo tal como lo describe. Venid primero conmigo a la iglesia y dadme el título de esposa y luego id a Venecia inmediatamente a encontraros con vueestro amigo, porque no os acostaréis jamás al lado de Porcia con el alma intranquila. Tendréis oro en cantidad suficiente para pagar veinte veces esa pequeña suma; cuando esté pagada, retornad trayendo ese amigo verdadero. Mi doncella Nerissa y yo viviremos durante ese tiempo como vírgenes y viudas. ¡Vamos, salgamos de aquí!, pues es menester que partáis el mismo día de vuestra boda. Haced buena acogida a vuestros amigos; mostradles alegre semblante. Puesto que os he comprado caro, os amaré caramente. Pero dejadme que oiga la carta de vuestro amigo.

BASSANIO. — *(Leyendo.)* «Mi querido Bassanio: mis barcos se han perdido todos; mis acreedores se muestran crueles; mi fortuna está en lo más bajo; mi pagaré suscrito al judío no ha sido satisfecho en su plazo, y como no pagándole es imposible que yo viva, todas vuestras deudas conmigo quedarán saldadas con sólo que os vea antes de morir. Sin embargo, obrad como os sea más agradable, y que mi carta no os obligue a venir, si vuestra amistad no llega a induciros a ello.»

PORCIA. — ¡Oh querido, despachad todos vuestros asuntos y partid.

BASSANIO. — Puesto que me dais permiso para partir, voy a obrar con diligencia; pero creed que, hasta mi regreso, ningún lecho será culpable de mi retrase, ningún descanso vendrá a interponerse entre nosotros dos. *(Salen.)*

ESCENA III

VENECIA. — UNA CALLE

Entran SHYLOCK, SALARINO, ANTONIO *y un* CARCELERO

SHYLOCK. — Carcelero, vigiladle. No me habléis de clemencia; ahí está el imbécil que prestaba dinero gratis. Carcelero, vigiladle.

ANTONIO. — Escuchadme aún, mi buen Shylock.

SHYLOCK. — Quiero que las condiciones de mi pagaré se cumplan; he jurado que serían ejecutadas. Me has llamado perro cuando no tenías razón ninguna para hacerlo; pero, puesto que soy un perro, ten cuidado con mis dientes. El dux me otorgará justicia. Me extraña, inútil carcelero, que seas lo bastante idiota para salir con él cuando te lo pide.

ANTONIO. — Te lo ruego, escúchame.

SHYLOCK. — Quiero que se cumplan las condiciones de mi pagaré; no quiero escucharte; por consiguiente, no me hables más. No haréis de mí uno de esos buenazos imbéciles, plañideros, que van a agitar la cabeza, ablandarse, suspirar y ceder a los intermediarios cristianos. No me sigas; no quiero discursos; quiero el cumplimiento del pagaré. (*Sale.*)

SALARINO. — Es realmente el perro más impenetrable a la piedad que haya tratado en la vida con los hombres.

ANTONIO. — Dejadle tranquilo; no le fatigaré más con súplicas inútiles. Pretende mi vida, y sé por qué; a menudo he sacado de sus garras a los deudores que venían a gemir ante mí; por eso me odia.

SALARINO. — Estoy seguro de que el dux no otorgará jamás la ejecución de ese contrato.

ANTONIO. — El dux no puede impedir a la ley que siga su curso, a causa de las garantías comerciales que los extranjeros encuentran cerca de nosotros en Venecia; suspender la ley sería atentar contra la justicia del Estado, puesto que el comercio y la riqueza de la ciudad dependen de todas las naciones. Por tanto, marchemos; estos disgustos me han aplanado tanto que apenas si estaré mañana en estado de suministrar una libra de carne a mi cruel acreedor. ¡Vamos, carcelero, marchemos! ¡Dios quiera que Bassa-

nio venga para verme pagar su deuda, y después no tendré ya más preocupaciones! *(Salen.)*

ESCENA IV

BELMONT. — UNA SALA EN EL CASTILLO DE PORCIA

Entran PORCIA, NERISSA, LORENZO, JESSICA *y* BALTASAR

LORENZO. — Señora, lo declaro, aunque estéis presente; tenéis de la divina amistad una idea noble y verdadera, y la mostráis valientemente por la manera como aceptáis la ausencia de vuestro esposo. Pero si sabéis a quién hacéis este honor, a qué leal caballero prestáis ayuda, a qué entrañable amigo de vuestro señor esposo, estoy seguro de que os mostraréis más envanecida de vuestra obra que si se tratara de cualquier otro beneficio ordinario.

PORCIA. — No me he arrepentido jamás de haber hecho el bien, y no me arrepentiré hoy, porque entre compañeros que viven en trato familiar y pasan el tiempo juntos, cuyas almas comparten un yugo igual de afecto, debe existir necesariamente una similitud de caracteres, de maneras y de sentimientos; lo que me impulsa a pensar que este Antonio debe de asemejarse forzosamente a mi señor, puesto que es el amigo del alma de mi señor. Si ello es así, ¡cuán pequeño es el premio que he dado para rescatar de la garra de una infernal crueldad esa imagen de mi amor! Pero este lenguaje se acerca excesivamente a la adulación personal; cortemos, pues, por lo sano y hablemos de otra cosa. Lorenzo, entrego en vuestras manos el manejo y la dirección de mi casa hasta el retorno de mi esposo. Por lo que a mí concierne, he dirigido al cielo un voto secreto de vivir dedicada al rezo y a la contemplación, en la sola compañía de Nerissa, hasta la vuelta de mi esposo y señor; hay un monasterio a dos millas de aquí; allí nos retiraremos. Me haréis el favor de no rehusar este encargo, que mi amor y ciertas necesidades me obligan ahora imponeros.

LORENZO. — Señora, con todo mi corazón; estoy dispuesto a obedecer todas vuestras amables órdenes.

PORCIA. — Mis gentes conocen ya mis intenciones y os escucharán a vos y a Jessica, como sustitutos del señor Bassanio y de mí misma. Así, buena salud; hasta el próximo día de nuestra entrevista.

LORENZO. — ¡Que hermosos pensamientos y horas alegres os acompañen!

JESSICA. — Deseo a vuestra señoría el cumplimiento de todos los votos de su corazón.

PORCIA. — Os agradezco vuestro deseo y os correspondo gozosa; adiós, Jessica. (*Salen* JESSICA *y* LORENZO.) Ahora, Baltasar, deseo encontrarte hoy como te he encontrado siempre: honrado y leal. Toma esta carta y emplea toda la diligencia posible en un hombre para personarte en Padua; entrégala cuidadosamente en propia mano a mi primo, el doctor Belario; toma los papeles y los vestidos que te dé y llévalos, te lo ruego, con toda la velocidad imaginable, al barco que hace el servicio de Venecia. No pierdas tiempo en palabras, sino parte; estaré allí antes que tú.

BALTASAR. — Señora, emplearé toda la diligencia posible. (*Sale.*)

PORCIA. — Ven, Nerissa; tengo entre manos una empresa de la que nada sabes todavía; veremos a nuestros esposos más pronto de lo que ellos piensan.

NERISSA. — Y ellos ¿nos verán?

PORCIA. — Nos verán, Nerissa, pero bajo tal ropaje que creerán que estamos provistas de lo que nos falta. Te apuesto lo que quieras a que cuando ambas estemos vestidas de jovenzuelos seré yo el más lindo muchacho de los dos, y llevaré la daga con gracia más arrogante, y sabré imitar mejor la voz de la edad fluctuante entre la infancia y la virilidad, cambiando ventajosamente nuestro andar menudo por las zancadas varoniles y hablando de pendencias como un guapo mozo fanfarrón y diciendo mentiras bonitas. Referiré, por ejemplo, cómo honorables damas han buscado mi amor y, no habiéndolo obtenido, han caído enfermas y muertas de pena, pero que no puedo remediarlo: en seguida afectaré arrepentirme, y diré que, después de todo, quisiera no haberlas muerto y otras veinte mentiras diminutas de esta clase; tan bien, que los hombres jurarán que no he salido del colegio desde hace más de un año. Tengo en mi cabeza

más de mil truhanerías de esos jaques jactanciosos, y me serviré de ellas.

NERISSA. — Qué, ¿vamos a cambiarnos en hombres?

PORCIA. — ¡Quita! ¡Vaya una pregunta! ¡Si tuvieras al lado algún maligno intérprete! Pero ven, te expondré todos mis planes cuando estemos en mi coche, que nos espera a la puerta del parque; apresurémonos, pues tenemos que hacer veinte millas hoy. *(Salen.)*

ESCENA V

BELMONT. — EL JARDÍN DE PORCIA

Entran LAUNCELOT *y* JESSICA

LAUNCELOT. — Sí, en verdad; pues ya lo veis, los pecados del padre recaen en los hijos; por tanto, os prometo que tiemblo por vos. Siempre he sido franco con vos; he ahí por qué os expreso ahora mi «irreflexión» en la materia. Así, pues, divertíos bien, porque, verdaderamente, creo que estáis condenada. No tenéis más que una esperanza que pueda seros de alguna ayuda, y esa esperanza es aún una especie de esperanza bastarda.

JESSICA. — ¿Y qué esperanza era ésa, me haces el favor?

LAUNCELOT. — ¡Pardiez!, la esperanza de que no seáis hija del judío.

JESSICA. — Esa sería, en efecto, una especie de esperanza bastarda; pues, si fuese así, los pecados de mi madre deberían recaer sobre mí.

LAUNCELOT. — Entonces, a la verdad, mucho me temo no estéis condenada a la vez por causa de vuestro padre y por causa de vuestra madre; así, cuando huyo de Scila, vuestro padre, caigo en Caribdis, vuestra madre. Bien; estáis perdida por los dos costados.

JESSICA. — Será salvada por mi marido; me ha hecho cristiana.

LAUNCELOT. — Razón, por cierto, para censurarle más; éramos ya bastantes cristianos; éramos aún más de los que necesitábamos para vivir en buena vecindad. Este furor de hacer

cristianos hará subir el precio de los cochinos; si nos ponemos a convertirnos en comedores de puercos, muy pronto no será posible, aun a precio fabuloso, hacer un asado a la parrilla.

JESSICA. — Voy a repetir lo que me dices a mi marido, Launcelot; mírale, aquí llega.

Entra LORENZO

LORENZO. — Voy a estar muy pronto celoso de vos, Launcelot, si continuáis de charla con mi mujer por los rincones.

JESSICA. — Nada tenéis que temer de nosotros, Lorenzo; Launcelot y yo estamos en discordia. Me dice rotundamente que no hay esperanza para mí en el cielo porque soy hija de un judío, y añade que no sois un buen ciudadano de la república porque al convertir los judíos en cristianos hacéis subir el precio del puerco.

LORENZO. — Me será más fácil justificarme de esta acción de la república que a vos explicar la redondez de la negra; la mora está encinta por obra vuestra, Launcelot.

LAUNCELOT. — Es, sin duda, *mortificante* que la mora esté fuera de cuenta; pero si no es en absoluto honrada, ¿qué tiene de extraño? Me sorprende que su virtud esté todavía tan viviente como lo está; hubiera creído en una virtud de *mora*.

LORENZO. — ¡Qué fácil es a todos los imbéciles jugar con las palabras! Creo que el más gracioso ornamento del espíritu será muy pronto el silencio, y que la palabra no será un mérito más que para los loros. Vamos, truhán, entra en casa y diles que hagan sus preparativos para la cena.

LAUNCELOT. — Los han hecho, señor; pues todos tienen estómago.

LORENZO. — ¡Dios bondadoso! ¡Qué hábil atrapador sois de equívocos! Vamos, id y decidles que preparen la cena.

LAUNCELOT. — También está, señor. Ahora es el cubierto, y no la cena, la palabra propia.

LORENZO. — ¡Vaya, bien! Sea, señor. Ve por el cubierto.

LAUNCELOT. — ¿Cubierto? ¡Oh!, no, señor, de ningún modo; conozco mi deber.

LORENZO. — ¡Siempre con escaramuzas a cada palabra que

pasa! ¿Quieres mostrar de una sola vez toda la riqueza de tu talento? Ten la bondad, te lo ruego, de comprender a un hombre sensato, que habla en términos sensatos; ve a buscar a tus camaradas, diles que cubran la mesa, que sirvan los platos y que vamos a ir a cenar.

LAUNCELOT. — Es la mesa, señor, la que será servida, y son los platos los que serán cubiertos; en cuanto a vuestra venida para la cena, señor, será como decidan vuestro capricho y vuestra fantasía. *(Sale.)*

LORENZO. — ¡Oh, caro sentido común! ¡Bonitos maridajes de palabras! ¡El idiota ha alineado en su memoria todo un ejército de buenos vocablos, y conozco numerosos imbéciles de alta jerarquía que están repletos de las mismas necedades que él y que por el placer de lanzar una palabra divertida llegan a desconcertar toda una conversación. Muy bien, Jessica; ¿cómo va eso? Ahora, prenda mía, dime tu opinión sobre la mujer del señor Bassanio. ¿La quieres mucho?

JESSICA. — Más allá de toda expresión. Será muy justo que el señor Bassanio lleve una vida ejemplar, pues teniendo en su mujer tal bendición, hallará aquí en la tierra las alegrías del cielo; si no encuentra esas alegrías en la tierra, le será verdaderamente muy inútil ir a buscarlas al paraíso. Sí, si los dioses hiciesen alguna apuesta en la que el envite fuesen dos mujeres terrestres y Porcia una de las dos, sería menester empeñar alguna cosa del lado de la segunda, pues en nuestro pobre y grosero mundo no halla semejante.

LORENZO. — Tienes en mí como marido lo que ella es como mujer.

JESSICA. — Ciertamente. Pedidme también mi opinión sobre eso.

LORENZO. — Es lo que haré más tarde. Vamos primero a cenar.

JESSICA. — No, dejadme alabaros mientras sienta de ello apetito.

LORENZO. — No; reserva tus alabanzas para la sobremesa; lo que digas entonces lo digeriré con lo demás.

JESSICA. — Muy bien; os haré de ello un puen plato. *(Salen,)*


UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
POTENTIOR EST
OMNIUM
SAPIENTIA
FUNDADA EN 1620
QUITO

ACTO CUARTO

ESCENA PRIMERA

VENECIA. — UNA SALA DE JUSTICIA

Entran el DUX, *los* MAGNÍFICOS, ANTONIO, BASSANIO, GRACIANO, SALANIO *y otros*

DUX. — Qué, ¿está aquí Antonio?

ANTONIO. — Presente; a las órdenes de vuestra gracia.

DUX. — Lo deploro por ti; pero has sido llamado para responder a un enemigo de piedra, a un miserable inhumano, incapaz de piedad, cuyo corazón vacío está seco de la más pequeña gota de clemencia.

ANTONIO. — He sabido que vuestra gracia se había esforzado mucho por lograr que moderase el encarnizamiento de sus persecuciones; pero, puesto que se mantiene inexorable y no existe ningún medio legal de sustraerme a los ataques de su malignidad, opondré mi paciencia a su furia y armaré mi espíritu de una firmeza tranquila capaz de hacerme soportar la tiranía y la rabia del suyo.

DUX. — Que vaya alguno a decir al judío que se presente ante el tribunal.

SALANIO. — Está en la puerta; aquí llega, señor.

Entra SHYLOCK

DUX. — Abrid paso y dejadlo que venga frente a nos. Shylock, el público piensa, y yo pienso también, que tu intención ha sido simplemente proseguir tu juego cruel hasta el último momento, y que ahora mostrarás una clemencia y una piedad más extraordinarias de lo que supone tu aparente crueldad. De suerte que, en lugar de exigir la penalidad convenida, o sea una libra de carne de ese pobre mercader, no solamente renunciarás a esa condición, sino que, animado de generosidad y de ternura humanas, cederás una mitad del principal, considerando con conmiseración las pérdidas recientes que han gravitado sobre él con un peso que bastaría para derribar a un mercader real y para inspirar lástima a pechos de bronce y corazones duros como rocas, a turcos inflexibles y a tártaros ignorantes de los deberes de la dulce benevolencia. Judío, todos esperamos de ti una respuesta generosa.

SHYLOCK. — He informado a vuestra gracia de mis intenciones, y he jurado por nuestro Sábado Santo obtener la ejecución de la cláusula penal de mi contrato; si me la negáis, que el daño que resulte de ello recaiga sobre la constitución y las libertades de vuestra ciudad. Me preguntaréis por qué quiero mejor tomar una libra de carroña que recibir tres mil ducados. A esto no responderé de otra manera más que diciendo que tal es mi carácter. La respuesta, ¿os parece buena? Si una rata perturba mi casa y me place dar diez mil ducados para desembarazarme de ella, ¿qué se puede alegar en contra? Veamos: ¿es aún buena respuesta? Hay gentes que no les agrada un lechón preparado (1); otras a quienes la vista de un gato les da accesos de locura, y otras que cuando la cornamusa les suena ante sus narices no pueden contener su orina, porque nuestra sensibilidad, soberana de nuestras pasiones, les dicta lo que deben amar o detestar. Ahora, he aquí la respuesta que pedís. Lo mismo

(1) *A paping pig* en el texto. La expresión ha sido muy controvertida. Algunas anotaciones creen que significa sencillamente "el gruñido de un lechón". Sin embargo, nos parece más acertado el juicio de Onions, que explica así la frase: *pig's head served on the table with its mouth wide open.* Vertemos sin parafrasear.

que no se puede dar razón acertada para explicar por qué éste no puede soportar el cochinillo preparado; aquél la vista del gato, animal necesario e inofensivo; este otro una cornamusa que suena y que está obligado a detenerse ante la misma; todos constreñidos a ceder a una humillante antipatía, que les impulsa a injuriar, porque son a su vez injuriados, así yo no puedo dar otra razón y no quiero dar otra que ésta: tengo contra Antonio un odio profundo, una aversión absoluta, que me impulsan a intentar contra él un proceso ruinoso para mí. ¿Estáis satisfecho de mi respuesta?

BASSANIO. — Hombre insensible, no es ésa una respuesta que pueda excusar el desbordamiento de tu crueldad.

SHYLOCK. — No estoy obligado a dar una respuesta que te cause placer.

BASSANIO. — ¿Es que todos los hombres matan lo que no aman?

SHYLOCK. — ¿Existe un hombre que aborrezca lo que no quisiera matar?

BASSANIO. — ¡Cómo! ¿Querrías que una serpiente te mordiera dos veces?

ANTONIO. — Pensad, os ruego, que estáis razonando con el judío. Tanto valdría iros a la playa y ordenar a la marea no suba a su altura habitual; podéis también preguntar al lobo por qué obliga a la oveja a balar en reclamo de su cordero; podéis asimismo prohibir a los pinos de las montañas que balanceen sus altas copas cuando son agitadas por los ventarrones celestes; podéis igualmente llevar a cabo la empresa más dura de ejecución antes de probar el ablandamiento (pues ¿hay nada más duro?) de su corazón judío. Por consiguiente, os ruego, no busquéis nuevos medios, sino, sin más tardar y sin más epilogar, haced lo que debéis hacer necesariamente. pronunciad mi sentencia y conceded al judío la pretensión que desea.

BASSANIO. — Por tus tres mil ducados, aquí tenéis seis mil.

SHYLOCK. — Aun cuando cada uno de esos seis mil ducados estuviese dividido en seis partes y cada una de esas partes fuese un ducado, no los recibiría; querría la ejecución de mi pagaré.

DUX. — ¿Cómo podrás esperar clemencia, si no concedes ninguna?

SHYLOCK. — ¿Qué sentencia he de temer, no habiendo hecho mal alguno? Tenéis entre vosotros numerosos esclavos que habéis comprado y que empleáis, como vuestros asnos, vuestros perros y vuestros mulos, en tareas abyectas y serviles, porque los habéis comprado. ¿Iré a deciros: ponedlos en libertad, casadlos con vuestras herederas? ¿Por qué los abrumáis bajo fardos, por qué sus lechos no son tan blandos como los vuestros, sus paladares regalados con los mismos manjares? Me responderéis: «Los esclavos son nuestros.» Yo os respondo a mi vez: «Esta libra de carne que le reclamo la he comprado cara, es mía, y la tendré. Si me la negáis, anatema contra vuestra ley. Los decretos de Venecia, desde ahora, no tienen fuerza. Espero de vos justicia. ¿Me la haréis? Responded.»

DUX. — En virtud de mi poder, me hallo autorizado para disolver el tribunal, a no ser que Belario, mi sabio doctor, que he mandado a buscar para decidir esta causa, no llegue hoy.

SALANIO. — Señor, un mensajero recientemente llegado de Padua con cartas del doctor espera a la puerta.

DUX. — Traednos las cartas. Haced entrar al mensajero.

BASSANIO. — ¡Buena esperanza, Antonio! Vamos, amigo, valor aún. El judío tendrá mi carne, mi sangre, mis huesos y toda mi persona, antes que pierdas por mí una gota de sangre.

ANTONIO. — Soy la oveja enferma del rebaño, la más adecuada, por consiguiente, para la muerte; la fruta más débil es la que cae primero al suelo. Que sea así conmigo. No podéis dedicaros a nada mejor, Bassanio, que a seguir viviendo y a escribir mi epitafio.

Entra NERISSA, *en traje de abogado*

DUX. — ¿Venís de Padua, de parte de Belario?

NERISSA. — Sí, señor; exactamente. Belario saluda a vuestra gracia. (NERISSA *le presenta una carta.)*

BASSANIO. — *(A* SHYLOK.) ¿Por qué afilas tu cuchillo con tanto brío?

SHYLOCK. — Para cortar a ese arruinado lo que por estipulación me adeuda.

GRACIANO. — No es en tu suela, sino en tu alma, áspero judío, donde sacas filo a tu cuchillo. Ningún metal, ni aun hacha de verdugo, corta la mitad que tu malicia aguzada. ¿Ninguna súplica puede, por tanto, ablandarte?

SHYLOCK. — No, ninguna que tu inteligencia pueda imaginar.

GRACIANO. — ¡Oh, condenado seas, perro inexorable, y que tu vida acuse a la justicia! Casi me has hecho vacilar en mi fe, para compartir esta opinión de Pitágoras: que las almas de los animales encarnan en los cuerpos de los hombres. Tu espíritu perruno animaba en otro tiempo a un lobo que fue ahorcado por el asesinato de un hombre. Su alma feroz se escapó de la horca y se insinuó en ti en el vientre mismo de tu pagana madre, pues tus deseos son los de un lobo, sanguinarios, hambientos y rapaces.

SHYLOCK. — En tanto que tus invectivas no borren la firma de mi pagaré, no harás, hablando tan alto, otra cosa que lesionar tus pulmones. Restaura tu entendimiento, buen joven, o va a caer en una ruina irremediable. Aguardo aquí la ejecución de la ley.

DUX. — Esta carta de Belario recomienda a nuestro tribunal a un joven y sabio doctor. ¿Dónde está?

NERISA. — Aguarda cerca de aquí, esperando la respuesta que debe dársele, si le admitís.

DUX. — Con todo mi corazón. Que tres o cuatro de vosotros vayan a buscarle para conducirle aquí con escolta cortés. Mientras tanto, el tribunal va a enterarse de la carta de Belario.

UN SECRETARIO. — *(Leyendo.)* «Vuestra gracia habrá de saber que en el momento que recibo vuestra carta estoy muy enfermo; pero vuestro mensajero se ha encontrado en mi casa con un joven doctor de Roma, cuyo nombre es Baltasar, que había venido a hacerme una visita amistosa. Le he expuesto el objeto del proceso entre Antonio el mercader, y el judío. Hemos consultado juntos numerosos autores; posee mi opinión sobre este asunto, mejorada por la propia ciencia (cuya extensión no sabré alabar bastante), y os la presenta a instancias mías para responder en mi nombre al requerimiento de vuestra gracia. Os suplico que no consideréis su extrema juventud como una razón para rehusarle una apreciación respe-

tuosa, pues no he visto jamás una cabeza más vieja sobre un cuerpo tan joven. Lo encomiendo a vuestra benévola acogida la prueba que hagáis con él dirá más altamente de su mérito que sus palabras.»

DUX. — Conocéis lo que me ha escrito el doctor Belario. Y he aquí, me parece que llega el doctor.

Entra PORCIA, *en traje de doctor en leyes*

Dadme la mano. ¿Venís de parte del viejo Belario?

PORCIA. — Sí, señor.

DUX. — Sed bien venido. Ocupad vuestro sitio. ¿Estás enterado del proceso que está actualmente pendiente ante el tribunal?

PORCIA. — Estoy por completo al corriente de la causa. ¿Cuál es aquí el mercader y cuál el judío?

DUX. — Antonio, y tú, viejo Shylock, avanzad los dos.

PORCIA. — ¿Vuestro nombre es Shylock?

SHYLOCK. — Shylock es mi nombre.

PORCIA. — La demanda que hacéis es de naturaleza extraña, y, sin embargo, de tal manera legal que la ley veneciana no puede impediros proseguirla. (*A* ANTONIO.) Caéis bajo su acción, ¿no es verdad?

ANTONIO. — Sí, es lo que dice.

PORCIA. — ¿Reconocéis este pagaré?

ANTONIO. — Sí.

PORCIA. — Entonces el judío debe mostrarse misericordioso.

SHYLOCK. — ¿Por efecto de qué obligación, queréis decirme?

PORCIA. — La propiedad de la clemencia es que no sea forzada; cae como la dulce lluvia del cielo sobre el llano que está por debajo de ella; es dos veces bendita; bendice al que la concede y al que la recibe. Es lo que hay de más poderoso en lo que es todopoderoso; sienta mejor que la corona al monarca sobre su trono. El cetro puede mostrar bien la fuerza del poder temporal, el atributo de la majestad y del respeto que hace temblar y temer a los reyes. Pero la clemencia está por encima de esa autoridad del cetro; tiene su trono en los corazones de los reyes; es un atributo de Dios mismo, y el poder terrestre se aproxima tanto como es posible al poder de Dios cuando la clemencia atempera la justicia.

Por consiguiente, judío, aunque la justicia sea tu punto de apoyo, considera bien esto: que en estricta justicia ninguno de nosotros encontrará salvación; rogamos para solicitar clemencia, y este mismo ruego, mediante el cual la solicitamos, nos enseña a todos que debemos mostrarnos clementes con nosotros mismos. No he hablado tan largamente más que para instarte a moderar la justicia de tu demanda. Si persistes en ella, este rígido tribunal de Venecia, fiel a la ley, deberá necesariamente pronunciar sentencia contra el mercader aquí presente.

SHYLOCK. — ¡Que mis acciones caigan sobre mi cabeza! Exijo la ley, la ejecución de la cláusula penal y lo convenido en mi documento.

PORCIA. — ¿Es que no puede reembolsar el dinero?

BASSANIO. — Sí, ofrezco entregárselo aquí ante el tribunal. Más aún: ofrezco dos veces la suma. Si no basta, me obligaré a pagar diez veces la cantidad, poniendo como prenda mi cabeza, mis manos, mi corazón; si no es suficiente aún, está claro entonces que la maldad se impone a la honradez. Os suplico por una sola vez que hagáis flaquear la ley ante vuestra autoridad; haced un pequeño mal para realizar un gran bien y doblegad la obstinación de ese diablo cruel.

PORCIA. — No puede ser; no hay fuerza en Venecia que pueda alterar un decreto establecido; un precedente tal introduciría en el Estado numerosos abusos; eso no puede ser.

SHYLOCK. — ¡Un Daniel ha venido a juzgarnos, sí, un Daniel! ¡Oh joven y sabio juez, cómo te honro!

PORCIA. — Dejadme, os ruego, examinar el pagaré.

SHYLOCK. — Vedle aquí, reverendísimo doctor, vedle aquí.

PORCIA. — Shylock, se te ofrece tres veces tu dinero.

SHYLOCK. — Un juramento, un juramento, he hecho un juramento al cielo. ¿Echaré sobre mi alma un perjurio? No, ni por Venecia entera.

PORCIA. — Bien; este pagaré ha vencido sin ser pagado, y por las estipulaciones consignadas en él el judío puede legalmente reclamar una libra de carne, que tiene derecho a cortar lo más cerca del corazón de ese mercader. Sed compasivo, recibid tres veces el importe de la deuda; dejadme romper el pagaré.

SHYLOCK. — Cuando haya sido abonado conforme a su tenor.

Parece que sois un digno juez; conocéis la ley; vuestra exposición ha sido muy sólida. Os requiero, pues, en nombre de la ley, de la que sois una de las columnas más meritorias, a proceder a la sentencia. Juro por mi alma que no hay lengua humana que tenga bastante elocuencia para cambiar mi voluntad. Me atengo al contenido de mi contrato.

ANTONIO. — Suplico al tribunal con todo mi corazón que tenga a bien dictar su fallo.

PORCIA. — Pues bien: aquí está entonces. Os es preciso preparar vuestro pecho al cuchillo.

SHYLOCK. — ¡Oh noble juez! ¡Oh excelente joven!

PORCIA. — En efecto, el objeto de la ley y el fin que persigue están estrechamente en relación con la penalidad que este documento muestra que se puede reclamar.

SHYLOCK. — En muy verdad, ¡oh juez sabio e íntegro! ¡Cuánto más viejo eres de lo que indica tu semblante!

PORCIA. — En consecuencia, poned vuestro seno al desnudo.

SHYLOCK. — Sí, su pecho; es lo que dice el pagaré, ¿no es así, noble juez? «El sitio más próximo al corazón», tales son los términos precisos.

PORCIA. — Exactamente. ¿Hay aquí balanza para pesar la carne?

SHYLOCK. — Tengo una dispuesta.

PORCIA. — Shylock, ¿habéis tomado algún cirujano a vuestras expensas para vendar sus heridas, a fin de que no se desangre y muera?

SHYLOCK. — ¿Está eso enunciado en el pagaré?

PORCIA. — No está enunciado; pero ¿qué importa? Sería bueno que lo hicieseis por caridad.

SHYLOCK. — ¡No veo por qué! ¡No está consignado en el pagaré!

PORCIA. — Acercaos mercader, ¿tenéis algo que decir?

ANTONIO. — Poca cosa. Estoy armado de valor y preparado para mi suerte. Dadme vuestra mano, Bassanio, ¡adiós! No sintáis que me haya ocurrido esa desgracia por vos, que en esta ocasión la fortuna se ha mostrado más compasiva que de costumbre. Es un hábito dejar al desdichado sobrevivir a su riqueza para contemplar con ojos huecos y arrugada frente una pobreza interminable. Pues bien: ella me libra del

lento castigo de semejante miseria. Encomendadme al recuerdo de vuestra honorable mujer; referidle todas las peripecias del fin de Antonio; decidle cómo os quería; hablad bien de mí después de mi muerte, y cuando vuestro relato haya terminado, instadle a que decida si Bassanio no era su verdadero amigo un tiempo. No os arrepintáis de perder vuestro amigo y él no se arrepentirá de pagar vuestra deuda; pues si el judío corta bastante profundamente, voy a pagar vuestra deuda con mi corazón entero.

BASSANIO. — Antonio, estoy casado con una mujer que me es tan querida como la vida misma; pero la vida, mi mujer, el mundo entero no me son tan caros como tu vida. Sacrificaré todo, lo perderé todo por librarte de ese diablo.

PORCIA. — Si vuestra mujer estuviese aquí cerca y os oyera hacer un ofrecimiento parecido, os daría bien pocas gracias por ello.

GRACIANO. — Tengo una mujer que amo, lo declaro. Pues bien: quisiera que estuviera en el cielo, a fin de que intercediese con alguna potencia divina para cambiar el corazón de ese feroz judío.

NERISSA. — Hacéis bien de expresar un voto como ése en su ausencia. Expresado en su presencia, turbaría la tranquilidad de vuestra casa.

SHYLOCK. — *(Aparte.)* He aquí los maridos cristianos. Tengo una hija: mejor hubiera querido que se casase con uno de la raza de Barrabás que verla con un cristiano por esposo. *(En voz alta.)* Perdemos tiempo; te lo ruego, acaba tu sentencia.

PORCIA. — Te pertenece una libra de carne de ese mercader: la ley te la da y el tribunal te la adjudica.

SHYLOCK. — ¡Rectísimo juez!

PORCIA. — Y podéis cortar esa carne de su pecho. La ley lo permite y el tribunal os lo autoriza.

SHYLOCK. — ¡Doctísimo juez! ¡He ahí una sentencia! ¡Vamos, preparaos!

PORCIA. — Detente un instante; hay todavía alguna otra cosa que decir. Este pagaré no te concede una gota de sangre. Las palabras formales son éstas: *una libra de carne.* Toma, pues, lo que te concede el documento; toma tu libra de carne. Pero si al cortarla te ocurre verter una gota de sangre cristiana,

tus tierras y tus bienes, según las leyes de Venecia, serán confiscados en beneficio del Estado de Venecia.

GRACIANO. — ¡Oh juez íntegro! ¡Adviértelo, judío! ¡Oh recto juez!

SHYLOCK. — ¿Es ésta la ley?

PORCIA. — Verás tú mismo el texto; pues ya que pides justicia, ten por seguro que la obtendrás, más de lo que deseas.

GRACIANO. — ¡Oh docto juez! ¡Adviértelo, judío! ¡Oh recto juez!

SHYLOCK. — Acepto tu ofrecimiento entonces; páguenme tres veces el valor del pagaré y déjese marchar al cristiano.

BASSANIO. — Aquí está el dinero.

PORCIA. — ¡Despacio! El judío tendrá toda su justicia. ¡Despacio! Nada de prisas. No tendrás nada más que la ejecución de las cláusulas penales estipuladas.

GRACIANO. — ¡Oh judío! ¡Un juez íntegro, un recto juez!

PORCIA. — Prepárate, pues, a cortar la carne; no viertas sangre y no cortes ni más ni menos que una libra de carne; si tomas más o menos de una libra precisa, aun cuando no sea más que la cantidad suficiente para aumentar o disminuir el peso de la vigésima parte de un simple escrúpulo; más aun: si el equilibrio de la balanza se descompone con el peso de un cabello, mueres, y todos tus bienes quedan confiscados.

GRACIANO. — ¡Un segundo Daniel! Aquí os tengo ahora, en la cadera (1), pagano.

PORCIA. — ¿Por qué se detiene el judío? Toma tu retractación.

SHYLOCK. — Dadme mi principal y dejadme partir.

BASSANIO. — Tengo el todo preparado para ti; aquí está.

PORCIA. — Lo ha rehusado en pleno tribunal. Obtendrá estricta justicia y lo que le conceda su pagaré.

GRACIANO. — ¡Un Daniel, te lo repito, un segundo Daniel! Te doy gracias, judío, por haberme enseñado esa palabra.

SHYLOCK. — ¿No conseguiré pura y simplemente mi principal?

PORCIA. — No tendrás sino la retractación estipulada para que a tu riesgo la tomes, judío.

---

(1) *On the hip* es el equivalente de nuestra expresión "en el puño". Graciano quiere decir que tiene cogido a Shylock.

SHYLOCK. — Pues bien: entonces que el diablo le dé la liquidación. No quedaré aquí más tiempo discutiendo.

PORCIA. — Aguarda, judío; la ley tiene todavía otra cuenta contigo. Está establecido por las leyes de Venecia que si se prueba que un extranjero, por medios directos o indirectos, ha buscado atentar contra la vida de un ciudadano, una mitad de sus bienes pertenecerá a la persona contra la cual ha conspirado, y la otra mitad al arca reservada del Estado, y que la vida del ofensor dependerá enteramente de la misericordia del dux, que podrá hacer prevalecer su voluntad contra todo fallo. He aquí, a mi juicio, el caso en que te encuentras, porque es evidente, por tus actos manifiestos, que has conspirado directa y también indirectamente contra la vida misma del demandado, e incurrido, por tanto, en la pena precedente enunciada por mí. Arrodíllate pues, e implora la clemencia del dux.

GRACIANO. — Suplica que te den permiso para ahorcarte en persona; sin embargo, como todas tus riquezas están confiscadas en provecho del Estado, no te queda el valor de una cuerda; por tanto, debes ser ahorcado a expensas del Estado.

DUX. — Para que veas bien la diferencia de nuestros sentimientos, te perdono la vida antes de que lo solicites. En cuanto a tus bienes, la mitad pertenecen a Antonio y la otra mitad pertenecen al Tesoro público. Esa confiscación, tu humildad puede hacérnosla transformar en multa.

PORCIA. — Sí, por lo que respecta al Estado, pero no por lo que concierne a Antonio.

SHYLOCK. — No, tomad mi vida y todo. No excuséis eso más que lo restante. Os apoderáis de mi casa cuando me quitáis el apoyo que la sostiene; me quitáis mi vida cuando me priváis de los medios de vivir.

PORCIA. — ¿Qué perdón podéis concederle, Antonio?

GRACIANO. — Una cuerda gratis. Nada más, en nombre del cielo.

ANTONIO. — Ruego a mi señor el dux y al tribunal que se reduzca la multa a una mitad de sus bienes. Me contentaré con tener el simple uso de la otra mitad para otorgarla a su muerte al caballero que recientemente ha raptado a su hija. Pido que sean impuestas, además, dos condiciones a esta gracia: la primera, que se vuelva sin demora cristiano; la segun-

da, que haga aquí, delante del tribunal, una donación legal de todo lo que posea en el momento de su muerte a su yerno Lorenzo y a su hija.

DUX. — Llenará estas condiciones; en otro caso, rectifico el perdón que he renunciado aquí recientemente.

PORCIA. — ¿Estáis satisfecho, judío? ¿Qué dices, pues?

SHYLOCK. — Estoy satisfecho.

PORCIA. — Escribano, redactad un acta de donación.

SHYLOCK. — Os lo ruego: dadme permiso para salir de aquí; no me siento bien; enviad el acta a casa y la firmaré.

DUX. — Vete, pero mantén la palabra.

GRACIANO. — En el bautismo tendrás dos padrinos; si yo hubiese sido juez, habrías tenido diez para conducirte a la horca y no a la pila bautismal. *(Sale* SHYLOCK.)

DUX. — Señor, os ruego que aceptéis venir a cenar conmigo.

PORCIA. — Suplico humildemente a vuestra gracia que tenga a bien excusarme. Tengo que ponerme esta noche en camino hacia Padua y es necesario que parta inmediatamente.

DUX. — Deploro que no dispongáis de tiempo para quedaros. Antonio, recompensad a ese caballero; pues, a mi juicio, le debéis mucho. *(Sale el* DUX *con su séquito.)*

BASSANIO. — Dignísimo caballero, por vuestra discreción, mi amigo y yo nos hemos librado de castigos crueles. En recompensa, estos tres mil ducados, que eran del judío, los concedemos libremente a vuestros amables servicios.

ANTONIO. — Y además, por encima de todo, quedamos para siempre vuestros deudores en afecto y devoción.

PORCIA. — Está bien pagado el que se halla contento de sí. Yo lo estoy por haberos librado; y, en consecuencia, me tengo por bien pagado; mi alma no se ha mostrado nunca más mercenaria. Procurad reconocerme, os lo ruego, cuando vuelva a encontraros. Os deseo salud, y ahora me despido de vos.

BASSANIO. — Mi querido señor, permitidme que insista todavía cerca de vos; aceptad de nosotros algún recuerdo como homenaje, si no como honorarios. Concededme dos cosas, os lo suplico: no desairarme y excusarme.

PORCIA. — Me apremiáis mucho; es forzoso, pues, que ceda. *(A* ANTONIO.) Dadme vuestros guantes; los llevaré como recuerdo vuestro. *(A* BASSANIO.) Y por vuestro afecto aceptaré

ese anillo. No retiréis vuestra mano. No tomaré nada más. Y vos, por amistad mía no me lo negaréis.

BASSANIO. — Este anillo, mi buen señor es una bagatela. ¡Ay!, me avergonzaría de dároslo.

PORCIA. — No quiero más que ese anillo. Estoy ahora encaprichado con él.

BASSANIO. — Tiene para mí un precio muy por encima de su valor. Haré buscar y os daré el anillo más rico que haya en Venecia; pero por éste os ruego que me excuséis.

PORCIA. — Veo, señor, que sois liberal en palabras; sois vos quien me ha enseñado a mendigar y ahora me parece que me enseñáis cómo se debe responder a los mendigos.

BASSANIO. — Mi buen señor, este anillo me fue dado por mi mujer, y cuando me lo puso en el dedo me hizo jurar que jamás lo vendería, lo daría ni lo perdería.

PORCIA. — Esta es una de las excusas que sirven a muchas gentes para negar sus dádivas; pero si vuestra mujer no está loca, y sabe cuánto he merecido este anillo, no permanecerá siempre enojada con vos por habérmelo dado. Está bien. Quedaos en paz. *(Salen* PORCIA *y* NERISSA.)

ANTONIO. — Señor Bassanio, dadle el anillo. Que sus servicios y mi amistad compensen el mandato de vuestra mujer.

BASSANIO. — Anda, Graciano, corre y alcánzale; dadle el anillo y llévale, si puedes, a casa de Antonio. ¡Marcha! ¡Apresúrate! *(Sale* GRACIANO.) Vámonos los dos a nuestra casa inmediatamente, y mañana temprano tomaremos nuestro vuelo para Belmont. Venid, Antonio. *(Salen.)*

ESCENA II

VENECIA. — UNA CALLE

Entran PORCIA *y* NERISSA

PORCIA. — Infórmate de la casa del judío, dale esta acta y haz que la firme. Partiremos esta noche y estaremos de regreso un día antes que nuestros esposos. Esta donación será la bienvenida de Lorenzo.

Entra GRACIANO

GRACIANO. — Mi buen señor, felizmente os encuentro. Mi señor Bassanio, después de más amplia reflexión os envía este anillo y solicita el honor de vuestra compañía para cenar.

PORCIA. — Esta última cosa no puede ser. En cuanto a su anillo, lo acepto con gran reconocimiento; decídselo así, os lo suplico. Además, os ruego que mostréis a mi joven amanuense la casa del viejo Shylock.

GRACIANO. — Lo haré.

NERISSA. — Señor, quisiera hablaros. *(Aparte a* PORCIA.) Voy a ver si puedo quitar a mi esposo el anillo que le he hecho jurar guarde siempre.

PORCIA. — *(Aparte a* NERISSA.) Podrás, te lo garantizo. Nos jurarán por todo lo del mundo que han dado sus anillos a hombres; pero les desmentiremos y confundiremos. ¡En marcha! Date prisa. Ya sabes dónde te aguardo.

NERISSA. — Venid, mi buen señor, ¿queréis enseñarme esa casa? *(Salen.)*

UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
POTENTIOR EST OMNIUM SAPIENTIA
FUNDADA EN 1620
QUITO

ACTO QUINTO

ESCENA UNICA

BELMONT. — LA AVENIDA DEL CASTILLO DE PORCIA

Entran LORENZO *y* JESSICA

LORENZO. — La luna brilla resplandeciente. En una noche como ésta, mientras los suaves céfiros besaban cariñosamente a los árboles silenciosos; en una noche como ésta, a lo que pienso, Troilo escaló las murallas de Troya y exhaló su alma en suspiros frente a las tinieblas griegas donde Crésida dormía.

JESSICA. — En una noche como ésta, Tisbe, andando con paso temeroso a través del rocío, vio la sombra del león antes de ver al león mismo, y se escapó llena de espanto.

LORENZO. — En una noche como ésta, Dido, con una rama de sauce en la mano, manteniéndose en pie sobre la playa desierta del mar, suplicaba con sus gestos a su amante que volviera a Cartago.

JESSICA. — En una noche como ésta, Medea cogió las hierbas mágicas que rejuvenecieron al viejo Esón.

LORENZO. — En una noche como ésta, Jessica se fugó de la casa del rico judío y con ella su amante atolondrado huyó de Venecia hasta Belmont.

JESSICA. — En una noche como ésta, el joven Lorenzo le juró que la amaba tiernamente, y robó su alma con mil ju-

ramentos de fidelidad, de los que no había uno solo sincero.

LORENZO. — En una noche como ésta, la encantadora Jassica, cual una pilluela, calumnió a su amante, que la perdonó.

JESSICA. — Os batiría mencionando noches si no viniera nadie; pero, ¡chitón!, oigo pasos de un hombre.

Entra STEPHANO

LORENZO. — ¿Quién viene tan precipitadamente en el silencio de la noche?

STEPHANO. — Un amigo.

LORENZO. — ¡Un amigo! ¿Qué amigo? Vuestro nombre, haced el favor, amigo.

STEPHANO. — Stephano es mi nombre, y vengo a anunciaros que mi ama estará de vuelta antes de rayar el día, aquí, en Belmont; se detiene a alguna distancia, delante de las cruces sagradas, a cuyos pies se arrodilla e implora felices días de matrimonio.

LORENZO. — ¿Quién viene con ella?

STEPHANO. — Nadie, si no es un santo ermitaño y su criada. ¿Está ya mi amo de regreso, me hacéis el favor?

LORENZO. — No; y no hemos sabido noticias suyas. Pero os lo ruego, Jessica, entremos y hagamos algunos preparativos de fiesta para desear la bienvenida a la dueña de casa.

Entra LAUNCELOT

LAUNCELOT. — ¡Hola, hola! ¡Ah de la casa! ¡Hola, hola!

LORENZO. — ¿Quién llama?

LAUNCELOT. — ¡Hola! ¿Habéis visto a maese Lorenzo? ¡Maese Lorenzo, hola, hola!

LORENZO. — Déjate de tus holas, hombre; acércate un poco.

LAUNCELOT. — ¡Hola! ¿Dónde? ¿Dónde?

LORENZO. — Aquí.

LAUNCELOT. — Decidle que ha llegado un correo de parte de mi amo con su trompa llena de buenas noticias; mi amo estará aquí antes de amanecer.

LORENZO. — Entremos, querida mía, y esperemos su llegada. Y, sin embargo, es inútil. ¿Por qué hemos de entrar? Amigo Stephano, por favor, id a anunciar en la casa que vuestra

ama está para llegar, y decid a vuestros músicos que vengan aquí, al aire libre. *(Sale* STEPHANO.) ¡Cuán dulcemente duerme el claro de luna sobre ese bancal de césped! Vamos a sentarnos allí y dejemos los acordes de la música que se deslicen en nuestros oídos. La dulce tranquilidad y la noche convienen a los acentos de suave armonía. Siéntate, Jessica. ¡Mira cómo la bóveda del firmamento está tachonada de innumerables patenas de oro resplandeciente! No hay ni el más pequeño de esos globos que contemplas que con sus movimientos no produzca una angelical melodía que concierte con las voces de los querubines de ojos eternamente jóvenes. Las almas inmortales tienen en ella una música así; pero hasta que cae esta envoltura de barro, que las aprisiona groseramente entre sus muros, no podemos escucharla.

Entran los músicos

¡Eh, venid y despertad a Diana con un himno! ¡Que vuestros más dulces sones vayan a impresionar los oídos de vuestra señora y traedla hasta su morada con música! *(Suena la música.)*

JESSICA. — Jamás estoy alegre cuando oigo una dulce música.

LORENZO. — La razón es que todos vuestros sentidos están atentos. Fijaos un instante cómo se conduce un rebaño montaraz y retozón, una yeguada de potros jóvenes sin domar haciendo locas cabriolas, soplando y relinchando con gran estrépito, acciones a que les impulsa naturalmente el calor de su sangre; si ocurre que por casualidad esos potros oyen un sonido de trompetas, o si alguna tonada musical llega a herir sus oídos, los veréis, bajo el mágico poder de la música, quedarse inmóviles como por acuerdo unánime, y sus ojos tomar una tímida expresión. Por esta razón el poeta imaginaba que Orfeo atraía a los árboles, las piedras y las olas, pues no hay cosa tan estúpida, tan dura, tan llena de cólera como la música, en un instante, no le haga cambiar su naturaleza. El hombre que no tiene música en sí, ni se emociona con la armonía de los dulces sonidos, es apto para las traiciones, las estratagemas y las malignidades; los movimientos de su alma son sordos como la noche y sus sentimientos te-

nebrosos como el Erebo. No os fiéis jamás de un hombre así (1). Escuchad la música.

Entran PORCIA *y* NERISSA, *a distancia*

PORCIA. — Esa luz que percibimos arde en mi aposento. ¡Cuán lejos lanza sus rayos esa diminuta candela! De igual modo resplandece una buena acción en un mundo malo.

NERISSA. — Cuando brillaba la luna no percibíamos la candela.

PORCIA. — Así eclipsa una gran gloria a una gloria menor; el lugarteniente de un rey brilla con tan grande esplendor como el monarca hasta el momento en que éste se presenta; entonces su grandeza va decreciendo, parecida a un arroyuelo que desde el interior de las tierras va a perderse en la inmensidad del océano. ¡La música! ¡Escuchemos!

NERISSA. — Son los músicos de vuestra casa, señora.

PORCIA. — Ninguna cosa, según veo, es buena fuera de las circunstancias. Dijera que esa música suena más dulcemente que durante el día.

NERISSA. — Es el silencio el que le presta esa virtud, señora.

PORCIA. — El cuervo canta tan melodiosamente como la alondra cuando nadie hay que les escuche; y creo que si el ruiseñor cantara durante el día, mientras todos los gansos graznan, no sería juzgado mejor músico que el reyezuelo. ¡Cuántas cosas deben su verdadera perfección y sus alabanzas legítimas a la oportunidad de las circunstancias! ¡Silencio! ¡La luna duerme con Endimión, y no le agradaría ser despertada!

(Cesa la música)

LORENZO. — O mucho me equivoco, o ésa es la voz de Porcia.

---

(1) Shakespeare ha expresado la misma desconfianza —que compartimos— para todos los que no se conmueven con la música, en *Julio César*. Como dice Cervantes (*Quijote*, part. II, cap. 84): "Donde hay música no puede haber cosa mala."

PORCIA. — Me reconoce, como el ciego reconoce al cuco, por la voz desagradable.

LORENZO. — Querida señora, bien venida seáis a vuestra casa.

PORCIA. — Hemos ido a rezar por el éxito de nuestros esposos, que, como esperamos, se acrecentará por nuestras oraciones. ¿Han regresado?

LORENZO. — Todavía no, señora; pero ha venido un mensajero para anunciar su llegada.

PORCIA. — Entra, Nerissa; ordena a los criados que no hagan nada que pueda revelar que hemos estado ausentes. Quedaos, vos, Lorenzo, y vos también, Jessica.

(Se oye un toque de trompeta)

LORENZO. — Vuestro marido está para llegar. Oigo la trompeta. No somos indiscretos, señora. No tengáis ningún temor de nosotros.

PORCIA. — Parece como si esta noche no fuera sino el pleno día enfermo. Solamente que está un poco más pálido. Es un día semejante a los días en que el sol se oculta.

Entran BASSANIO, GRACIANO, ANTONIO *y sus acompañantes*

BASSANIO. — *(A* PORCIA.) Tendríamos el sol al mismo tiempo que los antípodas si os paseaseis habitualmente en la ausencia del sol.

PORCIA. — Admitido que yo brille, con tal que no sea ligera como esa luz, porque una mujer ligera hace insoportable a su esposo, y no quiero que Bassanio sea para mí nada parecido. Pero ¡Dios sobre todo! Bienvenido seáis, dueño mío.

BASSANIO. — Os doy las gracias, señora. Desead la bienvenida a mi amigo; éste es el hombre, éste es Antonio, a quien estoy tan infinitamente obligado.

PORCIA. — Debéis en todos los sentidos estarle muy obligado; pues, por lo que sé, se había comprometido extremadamente por vos.

ANTONIO. — Obligación que no excede al pago que he recibido por ella.

PORCIA. — Señor, sois muy bien venido a mi casa; os lo mostraré mejor que con palabras. Por eso abrevio las frases de cortesía.

GRACIANO. — *(A* NERISSA.) Por la luna que allí veis os juro que me juzgáis mal. A fe mía, que lo he dado al amanuense del juez. Quisiera que el que lo tiene quedara castrado, puesto que tomáis la cosa tan a pecho, amor mío.

PORCIA. — ¿Una riña ya? ¿Cuál es la causa?

GRACIANO. — Un aro de oro, un anillo insignificante que me dio, cuya cifra, dirigiéndose a todo el mundo, como las divisas que los cuchilleros graban sobre los cuchillos, decía: «Amame y no me abandones.»

NERISSA. — ¿A qué viene hablar de su cifra o de su valor? Me jurasteis, cuando os lo di, que lo llevaríais hasta la hora de vuestra muerte, y que lo guardaríais con vos hasta la tumba. Debisteis, si no por mí, al menos por la vehemencia de vuestros juramentos, ser un poco menos olvidadizo y conservar ese anillo. ¡Darlo al amanuense de un juez! ¡No, que el cielo me valga! Ya sé que el escribiente a quien lo habéis dado no llevará nunca pelo en la cara.

GRACIANO. — Lo llevará, si vive hasta la edad de hombre.

NERISSA. — Sí, por cierto, si una mujer puede convertirse en hombre.

GRACIANO. — Por esta mano extendida juro que lo he dado a un joven, una especie de niño, un mozalbete achaparrado (1), más alto que tú, el escribiente del juez; un muchacho charlatán, que me lo ha pedido en calidad de honorarios. No he tenido corazón para negárselo.

PORCIA. — Habéis estado censurable, os lo digo francamente, al deshaceros tan ligeramente del primer regalo de vuestra mujer, de un objeto añadido a vuestro dedo con juramentos, y unido de ese modo por la fe a vuestra carne. También di mi anillo y mi amor y le hice jurar que nunca se separaría de él. Aquí está presente, y me atrevería a afirmar, en nombre suyo, que no lo daría ni lo quitaría de su dedo por toda la riqueza que encierra el mundo. En verdad, Graciano, ha-

(1) *Scrubbed*, en el texto; es decir, *stunted*. La voz no ha sido empleada por ningún escritor antes de Shakespeare.

béis dado a vuestra mujer un excesivo motivo de disgusto. Si ese disgusto me lo hubieen dado a mí, me volvería loca.

BASSANIO. — *(Aparte.)* ¡Pardiez! Valdría más cortarme la mano izquierda y jurar que he perdido el anillo defendiéndolo.

GRACIANO. — El señor Bassanio ha dado el anillo al juez, que se lo pidió, y lo merecía verdaderamente; luego su escribiente, que había hecho algunos trabajos, me pidió el mío, y ni el amo ni el servidor han querido tomar otra cosa que los dos anillos.

PORCIA. — ¿Qué anillo habéis dado, señor? No será, supongo, el que habéis recibido de mí.

BASSANIO. — Lo negaría si pudiera añadir una mentira a una falta; pero veis que mi dedo no tiene anillo. No lo conservo.

PORCIA. — Vuestro corazón hipócrita carece de fe, igual que vuestro dedo de anillo. Por el cielo que no entraré en vuestro lecho como no haya visto mi anillo.

NERISSA. — Ni yo en el vuestro como no haya vuelto a ver el mío.

BASSANIO. — Mi dulce Porcia: si supierais a quién he dado el anillo; si supierais por qué he dado el anillo; si pudierais concebir por qué he dado el anillo; si supierais con cuánta repugnancia he dado el anillo, cuando no se quería aceptar otra cosa que el anillo, moderaríais la vivacidad de vuestro desagrado.

PORCIA. — Si hubierais conocido la virtud del anillo, o la mitad del valor de la que os dio el anillo, o hasta qué punto vuestro honor estaba empeñado en guardar el anillo, no os habríais separado jamás del anillo. ¿Hay un hombre tan poco razonable, si os hubierais complacido en defender vuestro anillo con un tanto así de celo, que cometiera la indiscreción de exigir una cosa considerada por vos como sagrada? Nerissa me enseña lo que debo creer; que me muera si no es una mujer la que ha recibido el anillo.

BASSANIO. — No, por mi honor, señora; por mi alma, ninguna mujer lo ha recibido; es un simple doctor en Derecho, que no ha querido de mí tres mil ducados, y me ha pedido el anillo, que le negué, dejándole partir lleno de enojo; es el mismo doctor que ha salvado la vida de mi querido amigo.

¿Qué he de deciros, dulce señora mía? Me vi forzado a hacer que corrieran tras él. Estaba entre la espada y la pared, y mi honor no podía permitir que la ingratitud lo manchase hasta ese punto. Perdonadme, excelente dama; pues juro por esas luminarias sagradas de la noche que, si hubieseis estado allí vos misma, me habríais pedido, estoy seguro de ello, que diera el anillo a ese digno doctor.

PORCIA. — Que no venga jamás ese doctor a mi casa; porque, ya que ha obtenido la joya que lo estimaba y que por mí jurasteis guardar, me mostraré tan liberal como vos y no le negaré nada de lo que poseo; no, nada, ni mi propio cuerpo, ni el lecho de mi marido. Le reconoceré, estoy muy segura de ello. No os acostéis fuera de casa ni una sola noche, guardadme como Argos; pues si no lo hacéis, si me dejáis sola, por mi honor, que todavía es propiedad mía, tomaré a ese doctor por compañero de lecho.

NERISSA. — Y yo a su escribiente. Por tanto, poned mucha atención en no abandonarme a mi propia guarda.

GRACIANO. — Bien, obrad así; y que no encuentre yo al joven escribiente, porque si doy con él, le romperé la pluma.

ANTONIO. — Soy la desgraciada causa de todas esas querellas.

PORCIA. — No os preocupéis, señor; sois, no obstante, bien venido.

BASSANIO. — Porcia, perdóname esta falta, a la que he sido forzado; te lo juro ante estos numerosos amigos, te lo juro por tus hermosos ojos, en que me contemplo...

PORCIA. — Fijaos un poco. Se ve doble en mis dos ojos. Un Bassanio en cada ojo; jurad por vuestro doble yo; he aquí un juramento que se podrá creer.

BASSANIO. — ¡Oh!, ten la bondad de escucharme... Perdona esta falta y juro por mi alma que jamás faltaré a un juramento que te haya hecho.

ANTONIO. — Interesado por su suerte presté una vez mi cuerpo, que habría salido malparado sin el que ha conseguido el anillo de vuestro esposo. Me atrevo de nuevo a comprometerme, y esta vez mi alma servirá de prenda, que vuestro señor no romperá nunca más voluntariamente su promesa.

PORCIA. — Entonces seréis su fiador. Dadle este anillo y recomendadle que lo guarde mejor que el otro.

BASSANIO. — ¡Por el cielo! ¡Es el mismo que di al doctor!

PORCIA. — Lo he obtenido de él; perdonadme, Bassanio, pues mediante este anillo el doctor me hizo suya.

NERISSA. — Y perdonadme, mi gentil Graciano, pues ese mismo mozalbete achaparrado, el escribiente del doctor, mediante este anillo, durmió conmigo la noche última.

GRACIANO. — ¡Cómo! Eso se parece a las reparaciones que se hacen en verano en los caminos reales, hallándose las rutas bastante buenas. ¿Que somos cornudos antes de haberlo merecido?

PORCIA. — No habléis tan groseramente. Todos estáis extrañados. Aquí está esta carta. Leedla con detenimiento. Viene de Padua, de Belario; leeréis en ella que Porcia era el doctor y Nerissa, aquí presente, su escribano. Lorenzo será testigo de que he partido al tiempo que vos y que acabo de regresar. Todavía no he entrado en casa. Antonio, sed bien venido. Tengo reservadas para vos noticias mejores de las que os esperabais. Abrid bien pronto esta cara. Veréis en ella que tres de vuestros galeones han llegado repentinamente a puerto con ricos cargamentos. No sabréis por qué extraño accidente ha caído esta carta en mis manos.

ANTONIO. — Estoy mudo.

BASSANIO. — ¿Erais el doctor y no os he reconocido?

GRACIANO. — ¿Erais el escribiente que debe hacerme cornudo?

NERISSA. — Sí, pero el escribiente que no tiene intención de haceros cornudo, a menos que se convierta en hombre.

BASSANIO. — Mi dulce doctor, seréis mi compañero de lecho cuando me ausente; os permito que os acostéis con mi mujer.

ANTONIO. — Mi dulce dama, me habéis devuelto la vida y el medio de vivir, pues esta carta me da la certeza de que mis barcos han llegado a buen puerto.

PORCIA. — ¡Hola, Lorenzo! Mi escribiente tiene para vos una carta que os causará placer.

NERISSA. — Sí, y se la daré sin honorarios. Os entrego a vos y a Jessica una donación especial, hecha por el rico judío, de todos los bienes de que sea poseedor a su muerte.

LORENZO. — Bellas damas, hacéis caer el maná en la ruta de las gentes hambrentas.

PORCIA. — La mañana se acerca; y, sin embargo, estoy segura de que no os halláis satisfechos de los detalles de estos acontecimientos. Entremos, hacednos preguntas y responderemos a ellas con toda fidelidad.

GRACIANO. — Sea así. El primer interrogatorio a que mi Nerissa responderá bajo juramento será, si quiere continuar levantada hasta la noche próxima, o aprovechar las dos horas que nos quedan para ir a acostarnos. Pero si llegara el día, quisiera que fuese de noche, a fin de poder acostarme con el escribiente del doctor. Bien; durante toda mi existencia en nada pondré tanto celo como en conservar a salvo el anillo de Nerisa. *(Salen.)*

UNIVERSIDAD ... DEL ECUADOR
POTENTIOR EST
OMNIUM SAPIENTIA
FUNDADA EN 1620
QUITO

SIB - UCE

FECHA DE DEVOLUCIÓN		

5020986

822
S527mac Shakespeare, William
Macbeth y el mercader de V...

UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
POTENTIOR EST OMNIUM SAPIENTIA
FUNDADA EN 1620
QUITO

EDITORIAL CAMPOS

20 grandes maestros

teatro

serie rojo

UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR
FUNDADA EN 1620
QUITO